



Inseparable

A SECOND CHANCE ROMANCE

MIA FORD

Inseparable

Autora de Best Seller en USA

MIA FORD

1º Edición Septiembre 2021

©Mia Ford

INSEPARABLE

Título original: Inseparable

©2021 EDITORIAL GRUPO ROMANCE

©Editora: Teresa Cabañas

tcgromance@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, así como su alquiler o préstamo público.

Gracias por comprar este ebook.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Amanda

El camarero miró el asiento vacío que había frente a mí en mi mesa, mientras llenaba mi vaso de agua por segunda vez. Ordené el tenedor sobre la servilleta de lino que tenía delante y suspiré, poniendo las manos en mi regazo. El restaurante estaba lleno, y había gente esperando mesa en la parte delantera. Me sentí un poco incómoda al estar sentada allí sin pedir nada, pero aún no estaba muy segura de lo que pasaba. Detuve al camarero antes de que abandonara mi mesa y le pedí una copa de chardonnay, para que al menos no estuviera allí sentada con las manos vacías. Había quedado con mi mejor amiga Lindsey para repasar algunos detalles de la boda.

Lindsey había sido mi mejor amiga desde antes de que pudiera recordar. Habíamos crecido juntas y continuábamos nuestras vidas en el mismo lugar, Los Ángeles, California. Éramos chicas de Los Ángeles y eso nunca cambiaría. Lindsey había conocido a su prometido Jordan Smith en una hora feliz en ese mismo restaurante, y a partir de ahí todo fue historia. Me gustaba mucho Jordan, y los dos encajaban perfectamente. A veces me ponía celosa, pero luego recordaba la clase de imbéciles que podían ser los hombres.

En cualquier caso, Lindsey debía estar allí para hablar de su próxima boda. Yo era la dama de honor, y el gran día estaba a sólo un mes de distancia y había unas mil cosas por hacer. La quería, pero a veces era como si pensara que esas cosas se resolverían mágicamente si las ignoraba. La planificación de la boda había empezado con fuerza tras su compromiso, pero cuanto más nos acercábamos, más agotada la veía con todo ello. Todos estábamos en el punto en el que sólo queríamos que la boda llegara. Metí la mano en el bolso y saqué mi teléfono, que estaba vibrando salvajemente.

—¿Dónde estás? —susurré con irritación.

—Lo siento mucho, Amanda —dijo—. Tengo una sesión de fotos en marcha, y pensé que se acabaría, pero las cosas están tardando demasiado. No creo que pueda ir a la cena hoy. Lo reprogramaremos muy pronto.

Lindsey era una de esas chicas con un cuerpo perfecto, una tez perfecta y curvas en todos los lugares adecuados. No era sólo una modelo en potencia, sino una modelo de verdad. Llevaba una vida de lujo, y siempre me hacía gracia verla en diferentes anuncios por la ciudad. Era tan tonta en la vida real pero tan seria cuando se trataba de su trabajo. Suspiré y tomé un trago de mi vino.

—Está bien —dije—. Llámame cuando hayas terminado y cambiaremos la fecha.

—Gracias —dijo dulcemente—. Te quiero mucho. Tengo que irme. El fotógrafo va a volver.

Colgué el teléfono y mi sonrisa se desvaneció rápidamente. Intenté ser comprensiva, pero estaba un poco irritada. Llevaba más de veinte minutos sentada allí sola. Miré a mi alrededor, sintiendo que mi estómago refunfuñaba y decidí que por qué no comer allí. Ya estaba allí sentada. Hice señas al camarero y le susurré.

—Mi invitada no viene —le dije—. Me voy a quedar, pero me iré a la barra para que esta

mesa quede libre para otra persona.

—Muy bien, señora —dijo con una sonrisa y un asentimiento—. Haré que le transfieran la cuenta.

—Lo siento mucho —dije, poniéndome de pie y cogiendo mi cartera de la mesa.

—De verdad que no hay problema —dijo amablemente, acompañándome a la barra—. Sucede a menudo.

Sonreí y me hice a un lado mientras él se daba la vuelta y se dirigía a la parte de atrás. Sacudí la cabeza, ligeramente avergonzada por tener que anular una mesa así, pero lo último que quería era sentarme sola en una mesa a comer. Me acerqué a la barra y sonreí, colgué mi bolso sobre el respaldo del taburete y me puse de puntillas para sentarme. Apoyé mi cartera en la barra y miré por encima del hombro, observando al hombre realmente guapo que estaba sentado dos sillas más allá. Me sonrió y me sonrojé, volviendo a mirar al camarero mientras me entregaba la carta. Mientras ojeaba la lista de platos principales y pedía, pude ver que el chico guapo se cambiaba a mi lado.

—¿Te importa si me siento? —me preguntó.

—En absoluto —respondí, sintiendo una atracción instantánea entre ambos.

—Soy Nathan —dijo, extendiendo la mano.

—Amanda —respondí con una sonrisa.

—¿Qué te trae hoy aquí sola, Amanda?

—Tenía que encontrarme con mi mejor amiga, pero el trabajo la mantuvo alejada —dije.

—Ella se lo pierde, yo lo gano —respondió con una sonrisa encantadora.

—¿Y tú?

—Ahogando mis penas —dijo con una risa—. Sólo estoy bromeando. Quería alejarme de las multitudes, supongo.

—Puedo entenderlo —dije, riendo.

Nos sentamos, comimos, bebimos y hablamos durante toda la noche. Era realmente encantador, y resultaba que tenía su propia empresa de tecnología, aunque no estaba segura de cuál. Por el aspecto del Rolex en su muñeca y el traje de Louis Vuitton que llevaba, sospeché que no le iba nada mal. Las bebidas empezaban a subírseme a la cabeza, pero no me importaba en absoluto. Estaba disfrutando de este encuentro inesperado.

—Tuve que convencerla de que no usara el estampado floral para las damas de honor. —Me reí—. Ha sido una pesadilla.

—Eso parece. —Se rio, terminando su bebida y mirando alrededor del restaurante, que se estaba vaciando—. Parece que nos hemos pasado de la raya.

—Oh, Dios —dije, mirando la hora—. ¿Te gustaría ir a mi casa para tomar otra copa?

—Pensé que nunca me lo pedirías —dijo, llamando al camarero—. Dame la cuenta de los dos.

—No tienes que hacer eso —dije, negando con la cabeza.

—Por favor, me haría sentir como un caballero. —Sonrió.

Me reí y recogí mis cosas mientras él pagaba las cuentas. Salimos a la calle, y él saludó a un sedán negro aparcado al final de la manzana. El coche avanzó y se detuvo frente a nosotros. El conductor salió y abrió la puerta.

—¿Vamos? —preguntó.

—Pues claro —dije, impresionada.

Cuando llegamos a mi casa, Nathan le indicó al conductor que llamaría cuando estuviera listo. Abrí la puerta principal y entré con él detrás. Me dirigí a la cocina donde guardaba el alcohol y

cogí el whisky del estante superior. Me quedé helada al sentir las manos de Nathan rodeando mi cintura y su entrepierna rozando mi culo. Cerré los ojos cuando me pasó los labios por el cuello antes de girarme para mirarle. Apoyó su mano en mi cara y apretó sus labios apasionadamente contra los míos, sin perder tiempo. Los dos sabíamos que esa era la razón por la que le había invitado a mi casa, y yo sabía que quería quitarle esa ropa y pasar mis manos por su pelo oscuro.

Me levantó y me senté a horcajadas sobre él, con mis brazos rodeando su cuello y mis labios aún pegados a los suyos. Se echó hacia atrás y me miró con sus grandes ojos marrones, con un destello de sonrisa cruzando sus labios. Apoyó mi culo en el borde de la encimera y me subió la mano por el muslo, deteniéndose después de cruzar el borde de mi corta falda y entreteniéndose bajo ella.

—¿Dónde está el dormitorio? —preguntó.

Sonreí y le besé los labios. Luego bajé de un salto, le cogí de la mano y tiré de él atravesando el salón y el pasillo hasta mi dormitorio. Cerró la puerta de una patada cuando entramos. Avancé hacia la cama, sonriendo tímidamente y sacando mi top por encima de la cabeza, y él me miró con lujuria.

Se acercó, se quitó la chaqueta del traje y la corbata y bajó la cremallera de mi falda. Me la quité y me senté en la cama, deslizándome hasta que mi espalda se apoyó en el cabecero. Observé cómo se desnudaba, quitándose la camisa y revelando sus duros y bronceados músculos debajo. Era absolutamente maravilloso, y yo quería follar con él.

Cuando se quedó en calzoncillos negros, se arrastró hacia mí, me agarró por los tobillos y me acercó a él. Me reí mientras me deslizaba y apoyaba la cabeza en las almohadas. Me quitó lentamente las bragas y las tiró a un lado. Me eché la mano a la espalda y me desabroché el sujetador, dejando que mis pechos rebotasen. Él sonrió y se tumbó boca abajo, apoyando mis piernas sobre sus hombros. Pasé la mano por su pelo oscuro y cerré los ojos mientras su lengua empezaba a rozar mi clítoris. Separó mis pliegues y lamió a través de mis jugos, volviéndome absolutamente loca.

—Date la vuelta —gemí.

Giró su cuerpo y se tumbó junto a mí. Me levanté y le bajé los calzoncillos hasta las rodillas, sacando su enorme y dura polla y rodeándola con mis labios. Él gimió cuando me giré hacia un lado, sintiendo su cara sumergirse de nuevo entre mis piernas, mi cabeza se movía arriba y abajo de su eje vibrante. La sensación de su boca contra mi coño fue demasiado para mí, y chupé con fuerza su polla antes de echar la cabeza hacia atrás y gritar de éxtasis. Todo mi cuerpo se puso rígido, mi orgasmo fluyó por cada vena y cada músculo de mi cuerpo. Levantó la cabeza, sonriendo, y se quitó los bóxers del todo, inclinándose sobre la cama y cogiendo un condón. Me retorcí sobre las sábanas y mi cuerpo empezó a relajarse justo cuando él deslizó la goma por su erección y separó mis piernas. Introdujo su polla en mi interior.

Grité, sintiendo cómo me llenaba por completo con su enorme eje, empujando y sacando a través del torrente de jugos. Levantó la mano y me agarró las tetas, golpeando su polla dentro de mí una y otra vez, mientras el sudor se acumulaba en su firme pecho. Me mordí el labio y tiré de él hacia abajo, pasando mi lengua por su boca y gimiendo en su garganta. Me agarró por los hombros y bombeó sus caderas una y otra vez, con los ojos oscuros de pasión. Levantó su cuerpo y bombeó varias veces más antes de retirarse y darme la vuelta.

Me levanté a cuatro patas y me agarré a las sábanas mientras él volvía a empujar dentro de mí. Su mano se deslizó por mi espalda y se inclinó hacia delante, poniendo la otra alrededor de mí y deslizándola sobre mi clítoris. Sus dedos se restregaron con fuerza sobre mi clítoris mientras me

empujaba con pasión, con nuestras pieles golpeando con fuerza una contra otra. Grité, sintiendo que el fuego de mi vientre empezaba a aumentar mientras él gruñía profundamente, excitándome aún más.

—Dios —gimió—. Frota tu coño para mí.

Volví a meter una mano y reemplacé sus dedos, frotando círculos alrededor de mi clítoris mientras él se sentaba, me agarraba de las caderas y me penetraba una y otra vez. Mis gemidos alcanzaron un tono febril, y pude sentir que el fuego comenzaba a explotar. Grité, frotándome más rápido entre las piernas antes de estremecerme salvajemente. Me corrí con fuerza, mi cuerpo se tambaleó en éxtasis mientras él se introducía profundamente en mi interior y gruñía, su cuerpo palpitaba mientras él también se corría. Su semilla caliente llenó el preservativo mientras mi coño vibraba contra su eje.

Cuando los dos habíamos sentido todo el curso de nuestro placer, se retiró y se dirigió al baño para limpiarse. Cuando volvió, se subió a mi cama y me acercó a él, rodeándome con sus grandes brazos y dejando escapar un profundo suspiro. Normalmente, no dejaba que mis parejas de una noche se durmieran en mi cama, pero cuando sus ojos se cerraron y su respiración se hizo más profunda, me sentí demasiado cómoda para moverme. Me dejé llevar, cayendo en un sueño sin sueños, envuelta en los brazos de este hombre interesante y sexy.

Capítulo 2

Nathan

Abrí los ojos lentamente, recordando antes que estaba en la casa de Amanda y no en la mía. Miré a la hermosa chica que dormía sobre mi pecho, con su larga y oscura cabellera desordenada a su alrededor. Le pasé la mano por el costado, sintiendo el calor de su suave piel bajo mis dedos. Ella gimió ligeramente y levantó la cabeza, sonriendo dulcemente, con las pestañas batiendo sus grandes ojos azules. Era impresionante. Bostezó y se acercó a mí, estirando los brazos por encima de la cabeza.

—Buenos días —dije con una sonrisa—. ¿Cómo has dormido?

—Como un bebé —gimió—. ¿Y tú?

—Creo que no me he movido ni un centímetro en toda la noche —dije, mirando al ventilador y luego a ella—. ¿Tienes planes para esta mañana?

—No —dijo ella, tapándose con la sábana—. ¿Y tú?

—Tengo una reunión más tarde, pero nada esta mañana —respondí—. Deja que te lleve a desayunar.

—De acuerdo —dijo tras un momento de contemplación—. Supongo que me vendría bien desayunar después de todo el alcohol que bebí anoche.

—A mí también —dije, saliendo de la cama—. Vamos, vistámonos y vayamos. Conozco un lugar tranquilo.

Ella sonrió y saltó de la cama, dejando al descubierto las perfectas curvas de su pequeño cuerpo. Nos vestimos y me dio un cepillo de dientes para que lo usara. Cuando estuvimos listos, bajamos al coche y nos dirigimos a una pequeña cafetería al otro lado de la ciudad. Pasamos el desayuno conociéndonos un poco mejor.

—Entonces, ¿qué empresa tienes? —me preguntó.

—Soy el dueño de iTech —dije.

Ella tragó saliva.

—¿Qué?

—Sí, quería esperar para soltar esa pequeña joya. —Me reí.

—Lo puedo entender, eso podría ser intimidante para alguien. —Se rio.

—No es tan intimidante como descubrir que la gente solo está interesada en mi amistad por mi dinero —dije.

—Oh —respondió ella, arrugando la nariz—. Lo siento.

—Y tú quieres abrir tu propia clínica de salud mental para niños —afirmé.

—Sí —respondió, asintiendo—. Con el tiempo. Sólo me gradué hace dos semestres, así que todavía estoy tanteando el terreno.

La observé atentamente mientras hablaba con pasión de sus planes futuros. Me di cuenta de que me gustaba mucho estar con ella. Era interesante e instructiva en ciertos aspectos. Por supuesto, estaba más buena que el infierno, con esa adorable nariz y su enorme sonrisa, pero en

su interior estaba motivada y quería ayudar a los demás, algo que no se encuentra en mucha gente hoy en día. No era la típica conejita de playa de Los Ángeles que solía encontrar aquí. Era una mujer real con aspiraciones reales. Escucharla me hizo sentir ese cosquilleo de emoción que tuve cuando empecé a crear mi propia empresa.

No era frecuente que conociera a una chica que me hiciera sentir así. De hecho, no había disfrutado de una mujer así desde antes de que mi prometida y yo rompiéramos. Habíamos estado juntos durante años, y ella había estado ahí por el dinero. Creía que la relación era sólida, pero entonces descubrí que me engañaba. Y lo que es peor, le había estado contando a su novio lo ricos que iban a ser los dos una vez que ella terminara conmigo. Fue desgarrador y chocante, como mínimo, y después de romper con ella, me costaba confiar en cualquier mujer. Sentía que la santidad de la confianza había sido alterada, y que no podría volver a confiar en otra mujer.

Sin embargo, con Amanda pude sentir la emoción y el nerviosismo que había sentido antes. No creía que fuera posible volver a sentirme así, y casi confiaba en que ella estaba siendo sincera con sus pensamientos hacia mí. Sin embargo, tenía que tener en cuenta que era una mujer y que el primer período de tiempo con alguien era el más peligroso. Las hormonas estaban en plena ebullición, las emociones estaban a flor de piel y era fácil tomar decisiones rodeado de deseos y no de los hechos que tenías delante. Quería mantener los pies en la tierra, pero me resultaba difícil hacerlo.

Había algo en esta chica que me atraía. Sentí que teníamos magnetismo, y me decepcioné cuando miré mi reloj y vi que el tiempo había pasado muy rápido. No quería dejar a esta chica. Sentía que la separación sería dolorosa. Las visiones de su sensual cuerpo rodando sobre el mío inundaron mi cabeza mientras ella hablaba, y pude sentir que el calor en mi estómago comenzaba a subir una vez más. Normalmente, si me acostaba con una chica, se acababa esa noche. Nada de desayunos, nada de coqueteos, y definitivamente nada de pensamientos lujuriosos. Sin embargo, esto era diferente. Quería pasar todo el día con ella, escuchándola hablar de sus sueños y arrastrándola de nuevo a esa cálida y cómoda cama suya.

En mi mente, quería preguntarle si ella sentía lo mismo, pero no quería ser demasiado atrevido y asustarla. Parecía una chica sensata, y aunque yo solía ser igual, estaba flotando en las nubes. De todos modos, mantuve la boca cerrada y la observé mientras pasaba de un tema a otro, soltando su historia sobre las tortitas y los huevos. Por el sonido de su voz y la forma en que me miraba desde el otro lado de la mesa, me di cuenta de que sus sentimientos eran similares a los míos. Me pregunté si este sería nuestro único desayuno o si sería capaz de atraerla una vez más. Mis pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido de la alarma de mi teléfono, que me hizo saber que era hora de ir a mi reunión.

Pagué la cuenta y acompañé lentamente a Amanda al exterior. Se aferró a mi brazo mientras caminábamos hacia el coche, todavía hablando del futuro. Era muy dulce, y me costaba mucho hacer caso a los mensajes que me llegaban al teléfono.

—Así que sí. —Se rio—. Esa es mi historia.

—Y es una historia increíble —dije, inclinándome y besando su mejilla—. Escucha, lo siento. Tengo que llegar a esta reunión. El coche te llevará a casa. Cogeré un taxi. ¿Me das tu número? Quizá podamos cenar pronto.

—Eso sería genial. —Ella sonrió, cogiendo mi teléfono y grabando su número en la agenda.

—Te llamaré pronto. —Sonreí, poniendo mi teléfono en mi bolsillo y cerrando la puerta del coche.

Observé cómo el coche se dirigía hacia el final de la calle y doblaba la esquina. Luego cogí un

taxi y me dirigí a mi apartamento para prepararme para la reunión del almuerzo, a la que ya llegaba tarde. Me cambié rápidamente y me encontré con el coche abajo, con el pelo todavía mojado por la ducha. Había quedado con mi mejor amigo y mano derecha, John, y algunos inversores para comer en un pequeño y elegante café del centro. No quería ir a una reunión así un sábado, pero era el único momento en que podíamos reunirnos con esos tipos. Cuando llegué, ya estaban empezando los aperitivos, y me disculpé profusamente por llegar tarde.

Los chicos hablaron de negocios, y John divagó sobre las cifras y el crecimiento del año anterior. Yo zarandé la lechuga en mi plato y centré mis pensamientos en Amanda. Ella se había infiltrado en mi mente, y no podía apartar la sensación eléctrica de mi pecho cada vez que pensaba en el sexo caliente que habíamos tenido la noche anterior. Era una distracción, por decirlo suave, pero por suerte, tenía a John para llevar el peso durante la reunión. Por lo general, siempre dominaba la situación, y John me dio varios codazos por debajo de la mesa para indicarme que dijera algo. Por suerte, fue el único que se dio cuenta, y al final del almuerzo, los inversores estaban dispuestos a seguir adelante con el nuevo proyecto que teníamos en marcha.

—Gracias, os prometo que no os arrepentiréis —dije, estrechando sus manos.

John pagó la cuenta mientras yo recogía las carpetas de la mesa, y justo entonces me di cuenta de que habíamos cerrado el trato. Probablemente debería haber prestado más atención, pero mi mente no me lo permitía. John se acercó de nuevo y me estrechó la mano.

—Ha sido fácil. —Se rio—. Aunque sentí que estaba solo en esa reunión. ¿Qué te pasa? ¿Dónde estaba tu cabeza durante todo este rato? Parecías extremadamente distraído, y sé que eso significa que algo está pasando.

—Lo siento —dije.

—No lo sientas. Sólo dime qué pasa. —Se rio.

—Anoche fui a *Maggio's* para cenar, tomar unas copas y despejarme —le expliqué—. Ese lugar es lo suficientemente tranquilo como para que la gente no sepa quién soy.

—Sí —dijo, caminando conmigo fuera.

—Conocí a alguien mientras estaba allí —dije—. Es una zorrita adorable que me dejó sin palabras. Acabamos bebiendo y luego fuimos a su casa. La llevé a desayunar esta mañana. Por eso llegué tarde. Perdí completamente la noción del tiempo.

—Vaya —dijo John, asintiendo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada. —Se rio—. Sólo estoy sorprendido. Eso es todo. Juraste dejar de lado a las mujeres después de que Tracy te fastidiara.

—No fui a buscarla —respondí.

—Lo sé —dijo—. Sólo quiero que tengas cuidado. Eso es todo. No quiero que las cosas terminen como la última vez. Te acuerdas de la última vez, ¿verdad? Te dije desde el principio que no confiaba en Tracy, y tenía razón. No estoy diciendo eso de esta chica, no la conozco, pero me preocupas. Las chicas tienen la tendencia de meterse en tu cerebro, y te quedas ciego por un tiempo. Sólo quiero que mantengas los ojos abiertos, que veas las cosas con claridad y que te asegures de que su interés está en ti y no en tu dinero. Es una mierda que tengas que vivir tu vida sospechando de todo el mundo, pero te has hecho multimillonario a los veinticinco años. Eso tiene sus desventajas.

—No va a terminar como la última vez —dije—. Y lo sé, me salvaste de una farsa de matrimonio. Te debo la vida por eso, y no voy a dar por sentado tu consejo la próxima vez. Además, ni siquiera sé si volveré a ver a esta chica. Tengo su número, le dije que la llamaría,

pero no sé si realmente lo haré.

—Deberías —dijo encogiéndose de hombros—. No veo que te excites por una chica muy a menudo.

—No estoy excitado, sólo recordando el sexo caliente que tuvimos. Eso es todo. —Me reí, dándole una palmadita en el hombro—. Ahora, ve a disfrutar del resto de tu fin de semana. Yo me voy a casa a dormir un poco, tal vez a ver el partido de los Lakers en la televisión o algo así.

—De acuerdo. —Se rio, subiendo a la parte trasera del coche—. Nos vemos luego.

Asentí con la cabeza y vi cómo se alejaba el coche antes de subir al mío. Mientras nos dirigíamos a mi casa, pensé en lo que había dicho John, y me alegré de haber optado por no dar importancia a sus cosas. Claro que lo que sentía era bastante intenso, especialmente para mí, pero él no necesitaba saberlo. Necesitaba descubrirlo por mí mismo primero, demostrarle que podía juzgar el carácter de esta chica y que había aprendido de mis errores. Había sido mi mejor amigo desde la universidad, y mi hermano de fraternidad, y no iba a ignorar su consejo sin pensarlo seriamente.

Capítulo 3

Amanda

Cuando me desperté el domingo, me alegré de que Lindsey tuviera el día libre y pudiera quedar conmigo para comer. Había estado tan ocupada con el encuentro con Nathan que me había olvidado por completo de reprogramar las cosas con ella. Me preparé y me dirigí a una pequeña cafetería en el centro de la ciudad. Salí del coche sonriendo mientras saludaba a Lindsey, que estaba en la esquina. Era tan hermosa, con su larga cabellera rubia, su cuerpo perfecto y sus ojos azules, que todos los hombres se enamoraban de ella inmediatamente. El mundo entero lloró cuando Lindsey anunció su compromiso con Jordan, las fantasías de miles de hombres se desmoronaron. Para mí, sin embargo, sólo era Lindsey, la chica inocente que cayó en el mundo de la moda por accidente y se dejó llevar. Desearía que mi vida estallara en el superestrellato sin siquiera intentarlo.

—Hola, cariño —dijo, besando mi mejilla—. Siento de nuevo lo del viernes. Fue una pesadilla.

—No pasa nada. Me mantuve ocupada. —Sentí que mis mejillas se sonrojaban mientras mantenía la puerta abierta y la seguía adentro.

Nos sentamos y pedimos unas ensaladas y un café, y saqué mi cuaderno. Por fin íbamos a poder hablar de todos los detalles sobre los que la había perseguido durante meses. Repasamos cada página, riendo y marcando las decisiones que finalmente había tomado. Estábamos cerrando todo, pero mientras yo estaba extremadamente ansiosa por ello, ella parecía fría como una lechuga.

—Deberíamos haber llevado a todos a Tahití y habernos fugado. —Ella suspiró.

—Sí, deberíais haberlo hecho. —Me reí—. Me vendría bien el bronceado.

—A mí también —dijo, tragando su bocado de ensalada—. ¿Has decidido si vas a traer acompañante o no?

—No, probablemente no —dije—. Tendré demasiadas cosas que hacer como tu Dama de Honor como para tener que vigilar también a mi cita.

—Haces que tu título suene como si fueras mi niñera. —Ella soltó una risita.

—¿No lo soy? —pregunté—. No, sólo quiero asegurarme de que todo sea perfecto y de que no tengas que preocuparte por nada. Ese es mi trabajo como tu Dama de Honor.

Siguió hablando con entusiasmo de los vestidos que habían llegado un par de semanas antes, agradeciéndome profusamente por haberla convencido de no usar el estampado floral. Mi mente divagaba mientras ella hablaba, volviendo a la conversación que Nathan y yo tuvimos durante el desayuno. Realmente era una persona increíble, de las que se quieren tener cerca, y no había sido capaz de sacarlo de mi mente desde que nos separamos el sábado por la mañana.

—Uh, ¿hola? Amanda, ¿estás ahí?

—¿Eh?

—¿Qué pasa? —preguntó—. Pareces ligeramente distraída.

—¿La verdad?

—Bah. —Puso los ojos en blanco.

—He conocido a alguien —dije, dándome cuenta de que tenía que sacarlo.

—Oh, Dios mío, cuéntamelo todo —dijo, inclinándose hacia delante.

—Bueno, después de que cancelaras la cena, me fui al bar y conocí a un tipo muy sexy —dije

—. Cenamos, bebimos, hablamos mucho y luego fuimos a mi casa.

—Traviesa —dijo ella, moviendo las cejas—. ¿Quién es?

—Se llama Nathan Roberts, y es el dueño de...

—¡Tech —soltó ella—. Santo cielo. ¿Te has acostado con Nathan Roberts? Eso es una locura. Jordan trabaja para él en el departamento de informática.

—¿Es para quien trabaja Jordan?

—Ya te lo dije —dijo emocionada.

—No, me dijiste que era vicepresidente de tecnología de alguna gran empresa —dije, asombrada—. Es una locura.

—¿Vas a volver a verlo?

—No lo sé —dije, encogiéndome de hombros—. Quiero decir, creo que quiero hacerlo.

—¿Crees?

—Vale, sé que quiero, pero le he dado mi número y tengo que esperar a que me llame —dije, bajando la vista al teléfono.

—Uf, los chicos siempre esperan una eternidad para devolver la llamada —dijo—. Jordan no me llamó para una segunda cita hasta que pasó una semana. Es tan agotador.

—Las dos sabemos que viven en su propio mundo, pensando esas locuras sobre perseguir a una chica —dije—. Es como si pensarán que si llaman el mismo día o al siguiente, parecerán necesitados. Personalmente, si me llaman en un par de días, sé que están realmente interesados y que no me dejan de reserva porque tienen algo mejor en la agenda.

—¿Verdad?

—Jordan, por supuesto, es la excepción porque todos sabemos que se enamoró de ti la primera vez que te vio —le recordé—. ¿Y la razón por la que no te llamó durante una semana no fue porque estaba cuidando a su abuela enferma?

Sí —dijo señalándome—. Es cierto. Lo había olvidado.

—¿Cómo pudiste olvidar eso? —pregunté—. Es como la cosa más tierna de la historia.

—Estoy segura de que te llamará pronto —dijo.

—O no lo hará —respondí—. Realmente no puedo esperar mucho. Le conocí en un bar y lo llevé a casa esa misma noche. Entregué la mercancía enseguida.

—Eso significa que sabes lo que quieres —dijo ella, sacudiendo la cabeza.

—O que quería echar un polvo. —Me reí—. Creo que fue un poco de las dos cosas. De todos modos, si no llama, que así sea. No es la primera vez que me decepciona un hombre.

Justo cuando dije eso, mi teléfono zumbó sobre la mesa, haciéndome saltar. Miré la pantalla y vi un número que no reconocí. Volví a mirar a Lindsey con los ojos muy abiertos.

—¿Es él? —preguntó.

—No lo sé. No tengo su número, ¿recuerdas?.

—Contesta —dijo ella.

—¿Hola?

—Hola, guapa, soy Nathan —dijo.

—Hola —respondí, negando con la cabeza a Lindsey—. ¿Cómo estás?

—Estoy fenomenal. ¿Te he pillado en mal momento?

—No —dije con indiferencia—. Sólo estaba almorzando con mi mejor amiga.

—¿La que se va a casar?

—Sí, la que se va a casar y que me dejó plantada el viernes —dije, sacándole la lengua.

—Dile que gracias por eso. —Se rio.

Mis mejillas se pusieron inmediatamente rojas y no repetí lo que había dicho. No podía creer que hubiera llamado tan rápido. Quizá debería haber tenido un poco más de fe en él de la que tenía al principio. Si llamaba tan rápido, significaba que yo estaba en su mente, tal vez tanto como él en la mía. Definitivamente quería volver a verlo, pero quería que fuera él quien me lo pidiera.

—¿Por qué siento que te estás sonrojando ahora mismo? —preguntó.

—Porque es así. —Solté una risita, viendo cómo la cara de Lindsey se volvía de sorpresa al oír mi risa de niña.

—No quiero apartarte de tus obligaciones de boda —dijo—. Sólo te llamaba para saber si podía volver a verte. Me lo pasé muy bien el viernes, y también el sábado por la mañana. Bueno, en realidad todo el tiempo. Me divertí continuamente todo ese tiempo, y quería empezar todo eso de nuevo en una cita real en la que yo te preguntara y tú aceptarás.

—Entonces, ¿asumes que aceptaré? Sólo estoy bromeando. —Me reí, al escuchar su silencio—. Sí, puedes volver a verme, me gustaría.

—Eso es increíble —dijo, riéndose—. ¿Qué vas a hacer mañana por la noche?

—¿Mañana por la noche? —pregunté, sonriendo a Lindsey—. Nada.

—¿Qué tal si te recojo en tu casa a las seis y vamos a cenar a *Iliad's*?

—¿*Iliad's*? ¿No hay que tener una reserva como con un año de antelación?

—Normalmente, pero el dueño es un amigo, así que tengo una reserva permanente —dijo tímidamente.

—Oh, pues entonces sí, me encantaría —dije moviendo la cabeza.

—Perfecto —respondió—. Te veo a las seis entonces. Y convence a tu amiga para que haga toda la boda en cachemir. Eso sería mucho más interesante.

—Lo haré —me reí—. Y te veré a las seis.

Colgué el teléfono y me quedé sentada un segundo, pensando en lo que acababa de pasar. Acababa de terminar de hablar sobre los chicos que llamaban en unos días, y entonces mi teléfono sonó. ¿Significaba eso que estaba interesado en mí más allá que dentro del dormitorio? Sacudí la cabeza y miré a Lindsey.

—¿Y bien? —preguntó.

—Vamos a cenar mañana por la noche en *Iliad's* —dije en voz baja.

—Es un sitio bonito. —Ella sonrió—. Allí es donde Jordan me pidió que me casara con él.

—No creo que tenga nada que ponerme para ir a un sitio así —dije.

—Ven a mi casa —dijo, agitando la mano hacia mí—. Tengo un montón de cosas para lugares como ese. Puedo arreglarte para tu cita. Ya sabes que me gusta hacer ese tipo de cosas.

—Sí. —Me reí—. ¿Como cuando me enviaste al baile de graduación echa un desastre?

—He mejorado mucho desde el baile. —Se rio—. He aprendido algunos trucos del oficio en el camino.

—Eso espero —dije, sacudiendo la cabeza.

—Sólo ten cuidado —añadió—. Vi lo mucho que te dolió cuando pillaste a tu ex engañándote.

—¿Con tu hermana, quieres decir? —pregunté.

—Sí. —Puso los ojos en blanco—. Mi hermana y otras cuatro mujeres. Es que no quiero volver a verte herida de esa manera. Quiero decir, te convirtió en una tacaña en lo que respecta al amor, y pensé que nunca lo superarías.

—¿Alguna vez se supera algo así?

—Espero que sí. —Ella sonrió—. Porque eres demasiado increíble para no compartir tu vida con otra persona. Tienes un maldito corazón de oro, Amanda, y hay un tipo por ahí que lo apreciará. Lo sé. Tal vez sea Nathan, tal vez no, pero estoy feliz de que estés aprovechando la oportunidad de tantear el terreno más allá de la línea de un rollo de una noche, que es lo único que has tenido desde que tú y el gilipollas rompisteis.

—¿El gilipollas? ¿Así es como lo llamas?

—Siempre le he llamado así —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. Sólo creo que ahora es seguro llamarlo así cerca de ti, en vez de en una conversación cuando no estás escuchando.

—Pero no se lo digas a tu hermana —dije.

—Por supuesto que no —respondió Lindsey—. En realidad ni siquiera hablo con ella. Ella pensó que fue una traición cuando me puse de tu lado durante todo el drama. No sé por qué iba a pensar que la apoyaría después de haberse acostado con tu novio. La sangre puede ser más espesa que el agua, pero yo también te considero mi hermana. Ella no necesita saber nada de lo que pasa en tu vida.

Me parecía una locura que Nathan fuera el dueño de la empresa en la que trabajaba el prometido de Lindsey. Dejando de lado todo el drama del pasado, me entusiasmaba conocerlo mejor. No sólo conocía a Jordan, sino que me iba a llevar al lugar donde se comprometieron. Empezaba a pensar que el destino estaba metiendo la mano en todas estas cosas. Pero aparté ese pensamiento, recordando lo peligroso que podía ser pensar en las relaciones como si estuvieran diseñadas. Se tiende a perder la noción de la realidad y es entonces cuando se pasan por alto las cosas que podrían ser grandes señales de alarma. Lo había hecho una vez en mi vida, y una vez fue suficiente.

—Sólo quiero que tengas cuidado —dijo ella, sonriendo al camarero mientras le quitaba el plato—. He oído que Nathan es un poco playboy.

—Creo que finalmente estoy en un lugar donde puedo manejarme —dije—. Aunque te quiero y te agradezco que seas una gran amiga.

—Siempre —dijo ella—. Entonces, ¿hemos terminado con toda la charla de la boda?

—Creo que sí —dije, revisando mis notas.

—Bien, vamos a pensar qué vas a ponerte mañana por la noche —dijo Lindsey.

Capítulo 4

Nathan

Cuando terminé con el trabajo del día, cogí la chaqueta del traje y salí corriendo de la oficina. Tenía que prepararme para mi cita con Amanda y no quería llegar tarde a recogerla. Esta iba a ser nuestra primera cita real, y quería impresionarla en todos los sentidos. Cuando llegué a casa, me metí en la ducha y elegí un bonito traje para la cena. Me peiné y me aseguré de que todos los pelos estuvieran en su sitio. Tenía que admitir que me quedaba muy bien un traje de cinco mil dólares, aunque odiaba pagar tanto por él. Podía ser multimillonario, pero era exigente con lo que gastaba.

Mientras estaba delante del espejo para quitar las pelusas de la parte inferior de la chaqueta del traje, noté que se me revolvía el estómago. Me miré a mí mismo y respiré hondo, dándome cuenta de que estaba mucho más nervioso de lo que pensaba. Esta chica había puesto mi mundo patas arriba en un abrir y cerrar de ojos. Era hermosa, inteligente, ambiciosa y sexy de una manera que me ponía caliente sólo con el contacto de su mano. Normalmente, esperaba una semana antes de llamar a una chica, pero con Amanda, tenía que volver a verla enseguida. Me ponía nervioso que se sintiera desanimada por mi atrevimiento, pero por teléfono parecía tan emocionada de verme como yo de verla a ella. Llevarla a *Iliad's* era algo muy importante para mí, ya que nunca había tenido citas allí, aunque no es que haya tenido muchas.

Me quité los nervios de encima y terminé de prepararme, viendo que me quedaba poco tiempo. Salí a la calle donde me esperaba la limusina que tenía preparada para la noche. El conductor me abrió la puerta y sonrió cuando subí al interior. Pensé que sería un buen detalle recogerla en una limusina de lujo en lugar de un simple coche urbano. Cuando llegué a su casa, se acercó a la puerta y me sorprendió con un pequeño vestido negro que le quedaba por los hombros. Era ajustado y abrazaba todas sus curvas, y le llegaba justo por debajo de la rodilla. Llevaba tacones de quince centímetros y el pelo le caía en cascada sobre los hombros. Estaba preciosa.

—Estás increíble —le dije, guiándola hacia la limusina.

—Gracias —indicó ella, con los ojos muy abiertos al ver el coche aparcado fuera.

—Pensé que sería bueno viajar con estilo —afirmó, ayudándola a entrar.

—¿Sabías que el prometido de mi mejor amiga trabaja para ti? Se llama Jordan.

—Jordan —dije, riendo—. El mundo es muy pequeño.

—Eso es lo que dije cuando me enteré —respondió—. Lindsey me dijo a qué se dedicaba, pero nunca la empresa para la que trabajaba, así que no me sonó hasta que lo mencioné ayer en la comida. No pude evitar pensar en lo extraño que era que estuviéramos conectados de esa manera.

—Estoy bastante seguro de que Jordan le pidió a Lindsey que se casara con él en el restaurante al que vamos a ir esta noche —dije, pensando en ello.

—Lo hizo —apuntó emocionada—. Quiero decir, yo no estaba allí, pero cuando le dije a Lindsey a dónde íbamos, alucinó. Le encanta el lugar.

—Creo que nunca he conocido a Lindsey —aseguró—. Sin embargo, he oído hablar de ella. Jordan está locamente enamorado, y todos supimos que era ella cuando empezó a hablar de ella. Es modelo, ¿verdad?

—Sí, consiguió su primer trabajo cuando tenía unos dieciséis años y ha estado haciéndolo desde entonces —explicó—. Es curioso pensar en ella de esa manera, al menos para mí. La conozco de toda la vida.

—Estoy seguro de que es una mujer increíble —dije—. Jordan es un tío cojonudo.

—Lo es, y son perfectos el uno para el otro —aseguró como en un sueño.

—De hecho, voy a ir a su boda —afirmó, riendo—. Espero que no los hayas convencido de ir de cachemir.

Se rio.

—No, no cumplí tu petición sobre el cachemir —dijo—. Ya es todo suficiente locura.

—¿Estás preparando gran parte de la planificación con ella?

—¿Quieres decir para ella? Claro. —Se rio—. Estoy trabajando estrechamente con la planificadora de la boda y tratando de arrancarle decisiones a Lindsey. Me nombró su Dama de Honor, lo cual fue muy emocionante hasta que me di cuenta de lo que significaba exactamente. Lindsey es todo lo contrario a una novia. Los invitados a los que ha invitado esperan una gran fiesta, pero estoy segura de que ella sería feliz casándose en el salón de su casa.

—Pobre chica. —Me reí.

—No, no creo que entienda realmente todo lo que está pasando —dijo, poniendo los ojos en blanco—. Está atrapada en esta nube de amor y sólo firma los cheques. Si yo no estuviera allí, seguiríamos con el tema de las flores, y nadie comería nada más que los rollos de langosta que ella dijo que quería allí. De todos modos, realmente no sé por qué está organizando comida. La mitad de la lista de invitados está compuesta por modelos de pasarela. Podría haber servido simplemente lechuga y agua.

—Pero entonces yo tendría hambre —comentó, sonriendo—. ¿Desde cuándo sois amigas Lindsey y tú?

—Dios, toda nuestra vida, más o menos —explicó—. Mi madre solía cuidarla cuando tenía unos dos años, y después nos hicimos inseparables. Cuando la eligieron para ser modelo, pensé que las cosas podrían cambiar, pero es la misma chica de siempre, con la que solía escabullirme de casa, sólo que con mejor estilo.

—Es bueno tener ese tipo de amigos —dije, sonriendo—. Los que sabes que siempre estarán ahí, sin importar lo que pase en sus vidas. Mi mano derecha, John, es ese tipo de amigo para mí. Nos conocimos en la universidad y somos los mejores amigos desde entonces. A veces no sé qué haría sin él.

—Parece un gran amigo —señaló ella, sonriendo—. Yo tampoco sé qué haría sin Lindsey. Ella ha mantenido mis pies en el suelo durante mucho tiempo.

—Pareces muy sensata —dije.

—Lo soy, pero sigo siendo humana —se burló—. Cometo errores a puñados mientras descubro la vida.

—Ese soy yo hasta la médula. —Me reí.

—¿Cuánto hace que conoces a Jordan?

—Hombre, conocí a Jordan en una conferencia de tecnología en la universidad —dije, recordando—. Confié en él enseguida y pude ver lo brillante que era. Fue justo antes de crear la empresa. Le encantó la idea y ha estado a bordo desde entonces. En cuanto pude permitírmelo, le

nombré Vicepresidente de Tecnología, y es el siguiente en ocupar el puesto de Presidente. Mi hombre principal estaba en el puesto justo antes de que conociera a Jordan, así que están a la par en cuanto a antigüedad. De hecho, es uno de mis mayores activos profesionales. Es la mente que hay detrás de algunas de las mayores creaciones tecnológicas por las que es conocida la empresa.

—Vaya, no tenía ni idea —señaló—. Sabía que era muy inteligente y que tenía éxito, pero no sabía hasta qué punto. Lindsey no entiende muy bien su trabajo, no es que yo sea un genio, pero eso le impide hablar de ello con nadie. Es muy cuidadosa con lo que habla ya que no quiere que le pongan la etiqueta de modelo tonta que circula por su mundo.

—Puedo entenderlo —dije—. Es una elección inteligente. Para ser sincero, no siempre entiendo todo lo que hace Jordan. Estamos cerca y trabajamos juntos todos los días, pero no somos los mejores amigos ni nada parecido. A veces, es difícil estar tan cerca de todos en tu empresa. Te puede complicar las cosas. Sin embargo, sé que es un gran tipo. Oh, parece que estamos llegando a *Iliad's*.

El conductor abrió la puerta de la limusina y ayudó a Amanda a salir, y yo salí detrás de ella. Antes de que llegáramos a la puerta, la anfitriona la tenía abierta, saludándonos como a viejos amigos. Llevaba yendo allí desde que mi empresa tuvo su primera cotización en bolsa. La mayoría de la gente tenía que reservar con seis meses de antelación, pero como yo era quien era y conocía bastante bien a los dueños, siempre había una mesa disponible para mí. Era una de las ventajas a las que me había acostumbrado, y me gustaba la reacción que provocaba en Amanda, estaba poniendo mirada de corderito. Quería impresionarla, y empezaba a pensar que lo estaba haciendo muy bien. En cualquier caso, estaba feliz de estar allí con ella, cogiéndole la mano mientras caminábamos por el restaurante y nos dirigíamos a nuestra mesa en la esquina junto a la ventana.

La anfitriona retiró la silla de Amanda y la empujó mientras se sentaba. Inmediatamente, los camareros se apresuraron a preparar la mesa y a traer mi elección habitual de vino. Amanda vio cómo se apresuraban a nuestro alrededor, tratándonos como si fuéramos parte de la familia real. Uno de los camareros le sonrió dulcemente mientras probaba el vino, sonriendo y asintiendo con la cabeza. Pude ver, por su mirada, lo emocionada que estaba de estar allí, especialmente cuando se acercó y tomó mi mano. El personal encendió las velas en el centro de la mesa y se retiró, esperando entre bastidores a que estuviéramos listos para pedir nuestros aperitivos.

—¿Te gusta esto? —pregunté.

—Es increíble —susurró—. Y creo que ese de ahí es Robert Deniro, cenando.

Sonreí y me di la vuelta, saludándole desde la distancia. Él me devolvió el saludo y asintió a Amanda, sonrojando sus mejillas. Sacudió la cabeza y se rio mientras colocaba la servilleta en su regazo.

—No puedo creerlo —afirmó, tratando de bajar la voz—. Estás loco.

Después de una copa de vino, empezó a relajarse y hablamos de todo, desde nuestra infancia hasta mi empresa. Me contó la historia de la pérdida de su madre y lo unida que estaba a su padre. Mi corazón casi se rompió cuando habló de ello, con destellos de tristeza cruzando su rostro. Pero luego, como si le volviera la inspiración, la emoción estalló en ella al explicar que esa era la razón por la que quería fundar una clínica para niños. Estaba descubriendo que esta chica me gustaba de verdad, y no era sólo el enamoramiento lo que me impulsaba. Todo lo que decía coincidía con lo que yo sentía sobre el mundo y, por primera vez en mucho tiempo, sentía que podía estar cómodo hablando con una mujer.

Cuando la cena y el postre terminaron, la conduje hacia la calle, observando y sonriendo

mientras ella cerraba los ojos y respiraba el aire caliente. Subimos a la limusina y nos dirigimos a su casa. La acompañé hasta la puerta, sintiéndome tan nervioso como la primera vez que salí con una chica cuando era apenas un adolescente. Se giró en la puerta y me sonrió.

—¿Quieres entrar? —preguntó.

—Me encantaría —dije—. Pero, por desgracia, tengo una reunión muy temprano, y creo que si entro, podría no ser capaz de dejarte.

—Entonces terminaremos las cosas como debe terminar una primera cita —comentó ella, sonriendo.

Rodeé su cara con mis manos y apreté mis labios contra los suyos, besándola suavemente mientras la cálida brisa soplaba a nuestro alrededor. Sentí que la electricidad me recorría el cuerpo cuando nuestra piel se tocaba, y me costó separarme. Cuando finalmente lo hice, la miré a los ojos durante unos instantes.

—Dulces sueños —dije, dándome la vuelta y caminando hacia el coche.

Dulces sueños, en efecto.

Capítulo 5

Amanda

Tenía el día completo, y eso que no tenía trabajo. Esta boda había ocupado toda mi vida, y estaba empezando a pensar que había tropezado con un cambio de carrera. Entonces me di cuenta de lo mucho que odiaba formar parte del mundo de las bodas y me devolví a la realidad. Aquella mañana estuve haciendo un montón de cosas para la boda, ya que Lindsey no pudo acudir a la reunión con la planificadora. Sin embargo, no fue tan mal, ya que había conseguido las opciones que había elegido Lindsey antes de tiempo. Revisé las selecciones que los proveedores habían presentado en la oficina de la planificadora, tratando de encontrar lo que Lindsey quería. Hoy estábamos ultimando las flores y los centros de mesa, lo que era muy importante para todo el tema.

—Este es perfecto —apuntó, de pie frente a los altos candelabros escalonados con flores y luces que se arremolinaban alrededor del brillante platino—. El otro no parecía encajar.

—Genial —afirmó la planificadora, anotándolo en su libro—. Entonces, eso es todo por hoy.

—Perfecto —dije, mirando mi reloj—. Tengo planes para el almuerzo.

—Por favor, que Lindsey me llame —señaló la planificadora—. Necesito saber si está contenta con la elección del menú para la cena de ensayo. Los futuros suegros lo eligieron, por supuesto, pero querían su aprobación.

—Se lo diré —aseguré, sonriendo.

Salí de la oficina de la planificadora y me dirigí a la delicatessen que estaba a un par de manzanas. Había pedido algo para llevar y tenía que recogerlo de camino a la cita con Lindsey. Ese día tenía una sesión de fotos y estaría rodando hasta bien entrada la noche. Acepté llevarle el almuerzo para que no tuviera que volver a comer del carrito. Me dijo que iba a vomitar si comía otra magdalena de arándanos para el almuerzo.

Cuando llegué al rodaje, me dirigieron a la caravana de Lindsey, que estaba esperando en la puerta. Cerró la puerta tras de mí y se dejó caer en el sofá. Saqué la comida y le di la ensalada de pollo que había pedido.

—Eres una salvavidas —dijo metiéndose un trozo de pollo en la boca—. Te juro que intentan matarme de hambre.

—Eres una modelo —afirmé, encogiéndome de hombros—. Sólo tienes que decirles lo que quieres.

—Ojalá funcionara así. —Se rio—. Soy el caballo de batalla de la marca, no la estrella. La ropa ridícula es la estrella del espectáculo. Estoy bastante segura de que esta semana de la moda en Nueva York va a ser una pesadilla de cachemir.

Me reí, casi atragantándome con mi sándwich. Pensé en la broma silenciosa que Nathan y yo teníamos cuando se trataba de cachemir. Era como si el universo me mostrara señales de que debía estar con él. Empezaba a ser un poco extraño.

Lindsey me miró con curiosidad y me entregó una servilleta.

—¿Cómo estáis tú y Nathan?

Inmediatamente, sentí las mejillas calientes y supe que me sonrojaba desde la frente hasta el cuello. Intenté controlarlo, pero no pude evitarlo. Incluso el mero hecho de pensar en su nombre me producía mariposas en el estómago. Era como si volviera a ser una adolescente enamorada, y aunque normalmente pondría los ojos en blanco ante ese tipo de cosas, estaba disfrutando cada segundo. Fue en esos momentos cuando comprendí la neblina en la que Lindsey había estado caminando durante los dos últimos años. La sensación de electricidad en el pecho no me había abandonado desde que conocí a Nathan, y sabía que eso tenía que significar algo. Estaba luchando contra mí misma en este tema, y eso era natural después de lo que había pasado con mi ex, pero estaba empezando a verme bajando la guardia y dejando entrar la idea de Nathan completamente en mi vida.

—Vaya, mira esa reacción. —Lindsey soltó una risita—. Creo que nunca te había visto con ese tono de rojo.

—Las mariposas están por todas partes. —Suspiré—. Ni siquiera puedo oír su nombre sin que se me sonroje la cara.

—Parece que ya te has enamorado de este chico —dijo.

—Pues no puedo mentirte; creo que podría haberlo hecho —señaló, dándome cuenta en ese momento—. Es una locura, lo sé, pero mis emociones no me dejan sentir otra cosa. He intentado mantener ese muro, ser precavida y pensar en todo antes de hacerlo, pero cuando estoy con él, todo se va por la ventana. Cuando me besó la otra noche, juro que pensé que mis piernas se iban a derretir debajo de mí.

—Eso es increíble —afirmó Lindsey. Su teléfono sonó y lo cogió—. Oh, maldita sea. Es mi hermana. Lo siento, dame un segundo.

Asentí con la cabeza y me levanté, caminando hacia el otro lado de la caravana. Ella era la última persona en la que necesitaba pensar en un momento así. Se había acostado con mi novio varias veces, incluso después de saber que le había pillado. No podía culparla por el hecho de que lo había perdonado como una idiota cada vez. Estaba enamorada y ciega ante el hecho de que una vez que él me había engañado, volvería a hacerlo. Ni siquiera sabía si cinco era el recuento total, pero ese era el número de veces que le había pillado con las manos en la masa. Él era la razón por la que no había salido con nadie antes de conocer a Nathan. Me dejó muy mal sabor de boca en lo que respecta a los hombres, y no quería volver a pensar en él.

Había perdonado a la mayoría de las chicas, sabiendo que ninguna de ellas sabía que tenía una relación cuando las conocía, pero no a Sarah. Sarah era la hermana pequeña de Lindsey y alguien que había pasado muchas horas cerca de todos nosotros. Ella sabía perfectamente que él estaba conmigo, y lo peor de todo era el hecho de que ella no tenía realmente ningún interés en él. Sólo lo hacía para cabrearme. No sabía cuál era su problema conmigo, pero me odiaba desde hacía mucho tiempo y aún más ahora que me interponía entre ella y su hermana.

Mientras Lindsey hablaba con su hermana, hice lo posible por abstraerme de toda la conversación y me esforcé por no parecer molesta.

Conocía a Sarah desde que nació y, cuando éramos más jóvenes, salía conmigo y con Lindsey, tratando de encajar con las chicas mayores. Con el paso del tiempo, creó su propia personalidad y siempre parecía estar resentida conmigo en algunos aspectos. Me esforcé por formar parte de su vida, pero después de que se acostara con mi ex, la descarté. No soportaba ni siquiera oír que hablaba por teléfono, y aunque sabía que era mezquino guardar rencor y que probablemente me había hecho un favor al hacerme romper con él después de aquello, seguía sin

querer estar cerca de ella. Sabía que nunca sería capaz de perdonarla por lo que hizo, y sabía que incluso si alguna vez pudiera, nunca volvería a confiar en ella.

Una de las cosas de la boda que no me hacía mucha ilusión era el hecho de que Sarah iba a estar allí. Sin embargo, sabiendo lo importante que era todo para Lindsey, ya me encargaría de todo después de la boda, si es que lo hacía. Nunca haría nada para arruinar el gran día de Lindsey, y aunque tuvieran sus diferencias y ella me hubiera traicionado, Lindsey seguía queriendo a su hermana pequeña. No podía menospreciar a Lindsey por eso —era su familia—, pero eso no significaba que tuviera que estar cerca de ella durante el evento. En cambio, mi atención iba a estar en la boda y en Nathan, que ahora me daba cuenta de que iba a estar allí conmigo. No había pensado en ese hecho hasta ese momento. Resultó que, después de todo, no necesitaba llevar una cita. Él ya iba a estar presente. Esperaba que no hubiera pedido a alguien que le acompañara. Eso podría ser bastante incómodo.

—Lo sé, Sarah —dijo Lindsey con un suspiro—. Todo irá bien. Llama a mamá y a papá. Ellos se encargarán de todo. Tengo que irme. Tengo que volver al trabajo. Te quiero, mariquita. Nos vemos pronto.

Lindsey colgó el teléfono y yo me di la vuelta, caminando y sentándome. Actué como si no hubiera nada malo, sólo que le estaba dando privacidad en su llamada telefónica. Ella suspiró y volvió a dejar el teléfono sobre la mesa.

—Lo siento —indicó—. Sé que tuvo que ser un momento terrible.

—Deja que Sarah interrumpa un buen momento con un hombre. —Me reí—. Pero no es tu culpa. Es tu hermana.

—Sí —señaló—, bajando la mirada a su ensalada de pollo—. Entonces, ¿cuándo crees que abrirás tu clínica para niños?

—Sinceramente, aún no he empezado a planificarlo —dije avergonzada—. Sé que tengo que empezar a planificarlo pronto porque la herencia de mis abuelos sólo me durará unos pocos años más. No sé cuál es mi problema. Parece que no me entra en la cabeza poner mis sueños por escrito.

—Tú eres la terapeuta. Dímelo tú. —Lindsey se rio—. Quizá tengas miedo de crecer.

—No soy Peter Pan. —Me reí—. Creo que en el fondo tengo miedo a fracasar. Sé lo que es perder a un padre, y estos niños dependerán de mí para salir de eso. Es un gran problema, ¿sabes? Es mucha responsabilidad, y quiero asegurarme de que estoy preparada para ello.

—Tu teléfono está sonando —señaló ella, mirando el zumbido que había en la mesa.

—¿Hola? —pregunté, contestando sin mirar la pantalla.

—Hola —dijo Nathan, haciéndome sonrojar.

—Oh, hola —contesté emocionada—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien. ¿Cómo estás tú?

—Bien, sólo almorzando con Lindsey —señalé.

—¿Alguna vez hacen algo más que almorzar?

—Sí, planeamos bodas —bromeé—. ¿Qué pasa?

—Mi empresa da una fiesta el sábado por la noche, y quería saber si serías mi acompañante.

—Vaya —afirmé—. ¿Qué tipo de fiesta?

—Es un lanzamiento a los accionistas —dijo—. Vamos a presentar el nuevo proyecto de forma definitiva.

—Me encantaría —aseguré con alegría.

—Genial —apunté—. Entonces te recogeré a las siete.

—Estaré lista —dije—. Oh, ¿cómo de formal es el evento?

—Es de gala, mi amor —comentó con una sonrisa en su voz.

—Muy bien, estupendo —respondí, sintiendo un poco de temor—. Nos vemos entonces.

Colgué el teléfono y miré a Lindsey. Ella sonrió y se metió lechuga en la boca. Me reí y negué con la cabeza.

—Era Nathan —comenté—. Voy a ser su cita en la fiesta del sábado.

—Oh, vaya —respondió con la boca llena—. Eso es algo grande.

—Lo sé —dije, poniéndome de pie y cogiendo mi bolsa—. Es algo enorme, y es de gala.

—Bueno, será mejor que vayas a buscar un vestido —indiqué—. Te llamaré más tarde.

Mándame fotos.

—Estoy en ello —dije, saliendo de la caravana.

Quería dejarlo boquiabierto.

Capítulo 6

Nathan

Siempre era una buena sensación cuando el reloj marcaba la hora de salida un viernes. Tenía planeado un fin de semana completo, y aunque al día siguiente tendría que ser director general para la fiesta, por esta noche podía ser yo mismo y relajarme. Ordené mi despacho y cogí mi maletín, apagando las luces al salir. Avancé por los pasillos y tomé el ascensor hasta la planta baja. El coche me esperaba en la calle, así que me subí y me senté allí, pensando en lo que había planeado.

—¿Vamos a casa, señor Roberts? —preguntó el conductor.

Sabía que tenía planes con Amanda la noche siguiente. La iba a llevar a la fiesta del trabajo, pero me parecía demasiado tiempo para esperar a verla. Nunca me había pasado por la casa de alguien sin avisar antes, y no estaba seguro de que fuera una buena idea. Entonces, como si el universo quisiera decirme algo, un autobús se detuvo junto a nosotros. En la valla publicitaria del lateral aparecía la prometida de Jordan, a la que reconocí por una foto que tenía en su despacho.

—¿Sabes qué? ¿Me llevas a casa de Amanda? Quiero darle una sorpresa. Y si pararas en la licorería de camino, te lo agradecería.

—Sí, señor —contestó con una sonrisa.

Cuando llegué, me alegré de ver que sus luces estaban encendidas y que su coche era el único que había en la entrada. Lo último que quería era aparecer mientras ella tuviera compañía. Estaba bastante seguro de que estábamos saliendo oficialmente, pero no habíamos discutido los detalles de lo que eso significaba, lo cual me parecía bien. Salí del coche y le dije al conductor que estaría un rato y que le llamaría cuando estuviera listo para irme.

—Estaré justo al final de la manzana, tomando un bocado y un café —afirmé, asintiendo con la cabeza.

Cuando llegué a la puerta, los nervios empezaron a recorrer mi cuerpo. Alcé la mano y pulsé el timbre, quedándome allí de pie de forma incómoda mientras escuchaba cómo se acercaba en silencio. Cuando abrió la puerta, estaba sonriendo de oreja a oreja.

—¿Qué haces aquí?

—No podía esperar a verte, así que pensé en darte una sorpresa —comenté—. Espero que te parezca bien.

—Por supuesto, pasa, por favor —dijo, haciéndose a un lado.

—He traído una botella de champán —señalé, levantándola—. He pensado que podríamos tomar un par de copas y relajarnos.

—Me encanta esa idea —dijo, acompañándome al salón.

Después de volver con las copas, nos sentamos y empezamos a hablar. Estaba muy emocionada por la fiesta de la noche siguiente y me dijo que se había comprado un vestido impresionante. Estaba seguro de que estaría increíble en una bolsa de basura, pero me emocionaba verla con él.

—Llamé a mi padre y se alegró mucho por mí —me comentó—. Ya sabes, por haber encontrado a alguien con quien me sentía cómoda hablando.

—Estás cerca de tu padre, ¿verdad?

—Sí, mientras crecía después de la muerte de mi madre, él era todo lo que tenía —afirmó—. Nos mantuvimos a flote el uno al otro, y él siempre se aseguró de que yo pudiera crecer como una niña.

—Mis padres siempre me apoyaron, aunque creo que mi padre todavía está un poco amargado porque no me hice cargo de su negocio de mecánica. —Me reí—. Nunca fue lo mío. Lo intenté, pero no pude dedicarme a ello.

—No puedes forzar esas cosas, ¿sabes? Bueno, ¿has tenido muchas relaciones serias?

—Bueno, en realidad, tuve una —señaló, sintiéndome lo suficientemente cómodo como para contárselo—. Nos conocimos justo antes de empezar la empresa, y después de un par de años, le hice la pregunta.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué pasó?

—Encontré mensajes de otro hombre en su teléfono —dije—. Me engañaba y me utilizaba por mi dinero. Después de eso, prácticamente dejé de lado a las mujeres. Hasta que te conocí, claro.

—Entiendo lo que se siente —afirmó—. Tuve una relación durante años. Me engañó cinco veces, que yo sepa, todas con diferentes mujeres, incluida la hermana pequeña de mi mejor amiga. Después de eso, prácticamente dejé de lado a los hombres. Hasta ti, por supuesto.

—Oh, vaya, eso es terrible —indicó—. ¿La hermana pequeña de Lindsey?

—Sí —dijo— tomando un trago de su champán.

—¿Va a estar en la boda?

—Sí —repitió, con los ojos muy abiertos—. Pero es el gran día de Lindsey, y no voy a arruinarlo.

—Eso va a ser incómodo —afirmó él.

—No, no dejaré que sea incómodo —respondió ella—. Tengo que ser la mejor persona que pueda, y al final, ella me mostró que no debería estar con él de todos modos, así que supongo que se lo debo.

—Esa es definitivamente una forma de verlo. —Me reí—. Eres la chica más interesante que conozco. ¿Puedo decirte algo?

—Dispara —respondió ella, sonriendo.

—No puedo sacarte de mi mente —le dije con insistencia—. No importa lo que haga, durante todo el día, estás flotando por ahí.

—Es muy agradable escuchar eso —señaló ella—. Sobre todo porque me siento exactamente igual. Sigo viendo todas estas señales, y ¿quién sabe? Quizás las estoy buscando, pero es casi como si el universo me enviara en tu dirección a cada momento. De verdad, no soy una persona mística ni nada de eso, apenas espiritual, pero ha sido difícil de ignorar.

—No, sé exactamente lo que quieres decir —dije, acercándome—. Sucedió esta noche cuando estaba tratando de decidir si venir o no. Entonces, puf. Un cartel publicitario de Lindsey apareció a mi lado de la nada, en el lateral de un autobús. Supe que tenía que venir aquí.

Levanté la mano y le aparté un trozo de pelo de la cara, observando cómo cerraba los ojos cuando mi piel tocaba la suya. Levanté la otra mano y le cogí el cuello, tirando de ella y besándola apasionadamente. Ella gimíó mientras deslizaba mi lengua por sus labios y probaba el

dulce champán en su lengua. Deslicé mi mano por su costado hasta llegar a la parte baja de su espalda, sintiendo el calor que subía por mi pecho. En el momento en que acercaba mis labios a su cuello, mi teléfono sonó, rompiendo el hechizo por un momento. Suspiré y busqué a tientas el aparato en mi bolsillo. Sin mirar la pantalla, pulsé el botón de ignorar y lo dejé sobre la mesa. Volví a sumergirme, acercando a Amanda a mí, sintiendo su pecho contra el mío.

El olor de su perfume y las burbujas del champán me tenían completamente retorcido. Tenía tantas ganas de cogerla allí mismo, en el sofá, de sentir su cuerpo flexible en mis manos, retorciéndose bajo mí mientras la llevaba hacia el orgasmo. Sin embargo, antes de que pudiera desvestirla, mi teléfono volvió a sonar. Gemí, cogiendo con rabia el teléfono de la mesa. Ella sonrió y asintió con la cabeza, indicándome que contestara. Me lo llevé a la oreja y contesté bruscamente.

—Sí, ¿qué puedo hacer por ti?

—Nathan —dijo John con una voz ligeramente asustada.

Me giré y me senté erguido, no estaba acostumbrado a escuchar ese tono de él.

—John, ¿qué pasa?

—Tenemos un problema —afirmó—. Ha habido un fallo de seguridad. He venido enseguida para asegurarme de que no era una falsa alarma antes de molestarte un viernes por la noche, pero parece que es de verdad. Sé que probablemente estés en medio de algo, pero deberías venir aquí inmediatamente. Tenemos que tener el sistema bajo control y rápido.

—Bien —indicó, mirando a Amanda—. Salgo ya. Sólo tengo que llamar al coche.

Colgué el teléfono y envié un mensaje de texto a mi conductor, haciéndole saber que era una emergencia. Colgué el teléfono y besé dulcemente a Amanda en los labios, retirándome y suspirando. Ella sonrió dulcemente e inclinó la cabeza.

—¿Está todo bien?

—Ha habido algún tipo de fallo de seguridad en la empresa —dije—. Tengo que ir allí y asegurarme de que se ha solucionado. Estas cosas son bastante serias cuando se trata de la empresa y nuestros proyectos.

—Estoy segura —comentó ella, levantando la vista al oír el claxon de mi conductor.

—Nos vemos mañana por la noche, ¿vale?

Me incliné hacia ella y le di un largo y profundo beso antes de levantarme y dirigirme a la puerta. Me volví un momento y le sonreí antes de salir y cerrar la puerta tras de mí. Una vez fuera, corrí hacia el coche y salté al interior, indicando al conductor que le pisara. Esto era algo serio, algo que podría sacarnos completamente del mercado durante todo un trimestre. Teníamos medidas serias para evitar este tipo de cosas, así que quienquiera que entrara era afortunado o tenía mucha experiencia. Cuando llegué, John, Jordan y la mitad del departamento de informática estaban de pie alrededor de diferentes ordenadores, mirando el sistema.

—Oye, creemos que lo tenemos bloqueado —afirmó John mientras yo acercaba una silla al ordenador principal y empezaba a revisar el sistema.

Trabajamos durante varias horas, y finalmente captamos la señal del hacker y realizamos un rastreo. Resultó que era un chico de Idaho que jugueteaba a piratear como si fuera un entretenimiento. Tuvo suerte y se metió en el ordenador central, pero una vez allí, no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Estaba haciendo pequeñas tonterías como cambiar algunos nombres y resaltar ciertas cosas en la contabilidad. Evidentemente, no tenía ni idea de lo que estaba mirando, ni de lo que debía hacer una vez dentro. Entregué el ordenador a Jordan y a su equipo para que empezaran a limpiarlo y fui a mi despacho para llamar a las autoridades

competentes. Trabajamos estrechamente con la unidad de hackers del FBI, así que llamé a mi contacto y les comuniqué lo sucedido. Por suerte, no había información de clientes o empleados en el nivel en el que entró el hacker. Sólo estaba navegando por el sistema normal, como la mayoría de nuestros empleados podían hacer en la sala de correo.

—Eso estuvo cerca —apuntó John, sacudiendo la cabeza mientras se recostaba en la silla—. Tenemos que encontrar el punto débil por el que entró y asegurarnos de que no vuelva a ocurrir. Si hubiera sabido lo que estaba haciendo, podría habernos incapacitado.

—Lo sé —señalé—. Me voy a ir. Nos vemos mañana en la fiesta.

—Bien hecho, amigo —dijo.

Cuando llegué a casa, era realmente tarde y estaba agotado. Por suerte, no tenía que estar en la fiesta hasta la noche. Me preparé para ir a la cama y saqué mi teléfono para conectarlo al cargador. Era la primera vez que lo miraba desde que salí de casa de Amanda. Vi un mensaje perdido, así que lo abrí y sonreí. Amanda me había enviado un mensaje poco después de salir de su casa.

Decía: «Te echo mucho de menos y no puedo esperar a verte mañana. Gracias por escuchar mis divagaciones».

Me senté en la cama y releí el mensaje probablemente diez veces. Apagué el teléfono y lo conecté, sintiendo esas mismas mariposas bailando en mi pecho. Al apagar la luz y acomodarme en la cama, me di cuenta de algo. Esas mariposas no eran sólo de excitación. Eran mucho más que eso. Eran demasiado familiares y, aunque hacía mucho tiempo que no me sentía así, sabía lo que era. Me estaba enamorando de Amanda, y no quería que ese sentimiento terminara.

Capítulo 7

Amanda

Me alisé el pelo hacia un lado de la cabeza. Me había recogido una parte del pelo y había dejado que el otro cayera sobre el borde de mi cara. Los rizos rebotaban alrededor de mis hombros, y el maquillaje de mis ojos brillaba haciendo contraste con el satén de mi vestido. Pasé las manos por el sensacional tejido, feliz de haber elegido ese vestido para el evento. Era un vestido de satén con tirantes que caía sobre mis curvas hasta el suelo. La espalda bajaba hasta llegar justo por encima de mi trasero. Sabía que eso iba a aturdir a Nathan. Menos mal que estaba preparada antes de tiempo, porque mientras me ponía los pendientes, oí el sonido del timbre de la puerta.

Sonreí y me subí a los tacones, acercándome a la puerta y mirando por la mirilla. Parecía nervioso, y me pareció absolutamente adorable. Abrí la puerta y silbé, mirándolo con su esmoquin Dior, perfectamente planchado y ajustado a su cuerpo. Era una chica afortunada por poder ir a esta fiesta con un hombre tan guapo. Se inclinó hacia mí y me besó la mejilla, sacudiendo la cabeza.

—Estás absolutamente impresionante —susurró—. Siento llegar temprano, pero te echaba de menos.

—Oh —dije, mirándolo con amor—. Yo también te he echado de menos.

—Tengo preparada una pequeña sorpresa para nosotros —comentó, atrayéndome y besando mi cuello.

—¿Ah, sí? ¿Tenemos tiempo para eso?

—Ahora mismo no. —Se rio—. Pero más tarde lo haremos. He reservado la suite presidencial en el hotel donde se celebra la fiesta. Cuando estemos listos, podemos salir por la parte de atrás y subir a disfrutar del lujo.

—Me gusta cómo suena eso. —Solté una risita mientras me besaba con fuerza en el cuello.

—Por ahora, sin embargo —afirmó—, tenemos que irnos. Van a querer verme allí antes de que llegue la enorme multitud. ¿Estás preparada?

—Deja que coja mi bolso —dije, entrando en la cocina y gritándole—. ¿Dijiste que esto es para tus accionistas?

—Bueno, no exactamente —indicó, sonriendo mientras volvía hacia él.

—¿Qué quieres decir?

—No quería que te pusieras nerviosa, así que te dije eso. —Se rio—. En realidad es la fiesta de aniversario de la empresa. Hacemos una todos los años para conmemorar cuando empecé la empresa. Todo el mundo piensa que es una tontería, pero yo creo que es súper importante. Todo el mundo viene a trabajar todos los días a este imperio, pero rara vez piensan en la empresa que empecé desde una pequeña tienda en el oeste de Los Ángeles, sin más empleados que yo, Jordan y John.

—Oh —dije, pareciendo nerviosa—. Entonces, ¿habrá prensa y demás?

—Un poco —comentó—. Lo que es aún más importante que la prensa es el hecho de que esta noche está dedicada a todos los que trabajan para mí, desde la sala de correos hasta el vicepresidente. Aprovechamos esta noche para honrar a los buenos trabajadores de la empresa, darles bonificaciones y recordarles lo importantes que son para el funcionamiento interno de la empresa. La moral de los empleados lo es todo en este mundo, y quiero asegurarme de que saben lo importantes que son para mí.

—Es realmente sorprendente —dije asombrada por su generosidad—. Sigues sorprendiéndome cada día.

Nos dirigimos al evento, conducidos con estilo en una limusina nueva y reluciente. Cuando llegamos, entramos por la entrada trasera para evitar a todos los fotógrafos de la parte delantera. Nathan me indicó que me sentara en la mesa principal y me senté para ver cómo se preparaba para su discurso. Cuando todo el mundo se sentó, las luces bajaron un poco y se encendió un foco. El público aclamó a Nathan y yo observé el carisma que brillaba en cada uno de sus movimientos. Era increíble verle y escucharle, y me di cuenta de que la gente de la sala le adoraba como su jefe y su amigo. Ese era el tipo de empresario que yo quería ser, alguien que estuviera en contacto con el corazón de la empresa.

—Estoy muy contento de que todos hayan podido venir esta noche —señale durante su discurso—. Y todos deberíamos dedicar un momento a enviar buenas vibraciones a la señora Burlington, de contabilidad, que fue operada a corazón abierto la semana pasada. Hemos oído que lo está haciendo muy bien y que se está recuperando mientras hablamos. En ese sentido, quiero recordaros una vez más lo importantes que sois para mí y para esta empresa.

Estaba sentada sonriendo, viendo cómo me miraba fijamente varias veces durante su discurso. La intensidad de su mirada hizo que mi corazón diera un vuelco, y pude sentir que me enamoraba de él a cada momento. Me sorprendió lo fácil que me resultó dejarme llevar por él.

Toda la noche estaba resultando maravillosa. Cuando terminó su discurso, fue ovacionado y pude ver el orgullo que desprendía su rostro. Bajó y se sentó a mi lado, cogiendo mi mano con fuerza mientras se entregaban los premios. Aplaudió y vitoreó a todas las personas que pasaron por el escenario, y me pregunté si realmente las conocía a todas.

Cuando terminaron los premios, nos sentamos a la mesa a disfrutar de la comida y las bebidas, riendo con las otras parejas que nos rodeaban. Estuvo muy atento conmigo todo el tiempo, sin dejarme sola más de un par de segundos. Después de eso, nos mezclamos entre la multitud, conociendo a algunos de los nuevos empleados y encontrándonos enfrascados en una conversación con varios de los empleados de nivel inferior. Les hablaba de la misma manera que a los altos cargos, con gracia, respeto y dignidad. Conocí a tanta gente que estaba perdiendo la cuenta de todos los nombres y departamentos para los que trabajaban. Cuando nos dimos la vuelta para coger una bebida del bar, vi a Lindsey entrando por las puertas del brazo de Jordan, saludándome con la mano. Se suponía que no iban a poder llegar, pero me hizo mucha ilusión verlos a los dos allí.

—Hola —dije emocionada, abrazando a Lindsey con fuerza.

—Estás increíble —señaló ella, cogiendo mi mano—. Me encanta ese vestido.

—Gracias —comenté orgullosa—. ¡Y tú también!

—Así que esta es la famosa Lindsey —dijo Nathan, estrechando su mano—. He oído hablar mucho de ti. Entre Jordan y tu mejor amiga, siento que ya te conozco.

—Todo lo que dicen es verdad —aseguró ella, revolviendo su pelo—. A menos que sea malo, y entonces son mentirosos hasta el final.

—No hablan más que cosas buenas de ti —indicó mientras todos nos reíamos.

—Entonces, ¿os estáis divirtiendo? —preguntó.

—Siempre me divierto con esta increíble mujer —explicó, apretando mi costado.

—Me alegro mucho de que salgas con ella. —Ella soltó una risita—. ¿Vais a venir juntos a la boda? Sería genial. Podría ponerlos a los dos en la misma mesa. ¿Queréis sentaros uno al lado del otro?

—Lindsey, respira hondo —dije, riendo—. Te estás sobrecargando de nuevo.

—Habla a mil por hora cuando se excita. —Jordan se rio—. Es adorable.

—Lindsey, me encantaría sentarme al lado de Amanda —aseguró Nathan, sonriendo—. Y quiero tomarme un segundo para presumir de tu prometido. Anoche tuvimos una pequeña brecha de seguridad, y tu prometido fue un malote, perdona mi lenguaje. Se metió de lleno en el asunto, localizó al hacker y me informó esta mañana de que todo se había solucionado. Incluso arregló el agujero en el sistema que permitió al tipo colarse en el ordenador central.

—No sé lo que acabas de decir, pero estoy muy impresionada —afirmó ella, riendo—. Buen trabajo, cariño.

—Vaya, gracias —contestó Jordan, radiante.

—Me alegro mucho de que los dos hayáis podido venir esta noche —dije, cogiendo la mano de Lindsey.

—Yo también —aseguré ella—. Pude reprogramar el rodaje que querían hacer, nos pusimos algo de ropa y nos vinimos para acá.

—¿Qué sesión estabais haciendo? —Nathan le entregó una copa de champán y me guiñó un ojo.

—Un anuncio para el nuevo perfume de Dior que saldrá en otoño —señaló—. El fotógrafo estaba muy malhumorado de todos modos, así que la compañía decidió trasladar las sesiones y reprogramarlas para la próxima semana. Su equipo se estaba volviendo loco y no conseguía la iluminación adecuada.

—No sé lo que acabas de decir, pero estamos contentos de tenerte aquí —dijo Nathan, tratando de hacerla sentir cómoda.

—Oh —murmuró ella, mordiendo el anzuelo—. Bueno, nos alegramos de estar aquí.

Sonreí a Nathan, articulando la palabra «gracias», y tomé su mano mientras me llevaba a la pista de baile. Lindsey me sonrió desde el otro lado de la sala y yo me arremoliné en sus brazos. El resto de la noche fue maravillosa. Todo parecía casi perfecto. Hacía mucho tiempo que no me divertía tanto, y sabía que era gracias a Nathan.

Bailamos un buen rato y luego volvimos para saludar a la gente. Me exhibió, pero no como un caramelo, sino como algo que apreciaba y adoraba. Incluso me presentó a todos como su novia. Pensé que me desconcertaría escucharlo, pero cuando lo hice, me pareció que encajaba perfectamente. La primera vez que lo dijo, mis mejillas se pusieron rojas y casi se me trabó la lengua. Él sonrió mucho, captando mi reacción, y me derretí en el acto. Cuando la pareja se alejó, me besó en la frente y me apretó la mano con fuerza, tirando de mí hacia la barra.

Me sentí como una princesa en un baile, siendo atendida de pies a cabeza, respetada por tanta gente que ni siquiera me conocía, y viendo cómo mi novio me miraba con orgullo. Estaba disfrutando tanto que no me di cuenta de lo tarde que se estaba haciendo hasta que la gente empezó a recoger sus cosas y a marcharse. La fiesta probablemente continuaría durante las siguientes horas, pero podía sentir que mis pies empezaban a palpitar por culpa de mis zapatos, y estaba bastante ansiosa por ver qué más traería la noche. Por la forma en que los ojos de Nathan

se movían sobre mi cuerpo, me di cuenta de que él pensaba lo mismo.

Después de dar las buenas noches a algunas personas, nos escabullimos por la puerta lateral y subimos al ático. Deslizó la tarjeta y abrió la puerta, observando cómo entraba yo antes que él. Me detuve en el interior y miré a mi alrededor, completamente asombrada por el lugar. El suelo y los bordes del techo estaban cubiertos de madera oscura. Los muebles estaban adornados y eran hermosos, y había un ramo de rosas frescas sobre la mesa. Me quité los zapatos y los dejé en el suelo, y me acerqué a las ventanas que iban desde el suelo hasta el techo para contemplar la ciudad. Era precioso.

Nathan se acercó a mí y me volví hacia él, dejando caer mi bolso sobre la mesa de al lado. Me miró con intensidad y, antes de que pudiera decir una palabra, me bajé los tirantes por los hombros y dejé que el vestido cayera al suelo. Él sonrió y pasó sus manos por mis pezones erizados, acercándose a mí y tirando de mi cuerpo hacia él. Apretó sus labios contra los míos y yo me incliné hacia él, dejando que me envolviera por completo. Era erótico y apasionado, y mi cuerpo anhelaba más de él. Esta iba a ser una noche realmente buena.

Capítulo 8

Nathan

La forma en que su cuerpo se veía con las luces de la ciudad, de pie frente a mí con nada más que unas bragas de encaje, hizo que mi polla se pusiera dura como una roca. Podía sentir cómo su cuerpo se tensaba cuando mis dedos recorrían su piel. La acompañé hasta el salón y ella se apartó, desatando mi pajarita y ayudándome a quitarme el abrigo. Con cada botón de mi camisa, se puso más y más frenética, tirando de mi cinturón mientras me quitaba la camisa hasta el final. Me bajó la cremallera de los pantalones y los dejó caer al suelo, mirándome a los ojos mientras introducía su mano en mis bóxers y agarraba mi pene con la palma. Gemí, me quité los pantalones y me saqué los zapatos y los calcetines. Ella mantuvo su mano firme, esperando a que me desnudara por completo.

Me puse de pie y vi cómo tiraba una almohada al suelo y me llevaba hacia el sofá. Me senté y vi cómo se arrodillaba ante mí y me quitaba completamente los bóxers. Mi polla se liberó, agitándose hacia atrás hasta que ella se inclinó hacia delante y la atrapó con sus labios. Besó la punta y se levantó de nuevo, pasando sus manos por mis muslos. Estaba tan excitado en ese momento, reprimido por haber sido cortado el viernes, que ni siquiera estaba seguro de qué hacer conmigo mismo. Apoyé la cabeza en el sofá y calmé mi respiración, viendo cómo ella bajaba la cabeza y se metía mi polla en la boca. Movié su lengua alrededor de la punta, chupando con fuerza mientras subía. Levantó una mano, agarró la base de mi polla y se inclinó de nuevo hacia delante, abriendo la garganta y enfundando sus dientes.

Gemí con fuerza cuando su boca se deslizó hacia atrás, deslizándose por mi pene hasta que sus labios tocaron la base de la polla. Mientras volvía a subir lentamente, la succión casi adormecía mi mente, se aferró a la erección y deslizó con fuerza su mano por detrás de su boca. Bajé las manos y me agarré al cojín del sofá mientras ella lo hacía de nuevo, esta vez acelerando el ritmo. Observé cómo su cabello oscuro se agitaba salvajemente de un lado a otro mientras me hacía una garganta profunda. Apoyé mi mano en su cabeza y la agarré suavemente por el pelo, guiándola por la longitud de mi eje y gimiendo cuando sentí que chupaba con fuerza en la parte posterior de su garganta. Su cálida saliva goteaba por mi polla y por mis pelotas, y la sensación del aire frío golpeando mis húmedos huevos me produjo un escalofrío.

Observé cómo se deslizaba lentamente hacia arriba, con sus ojos en contacto con los míos y su boca temblando en la parte superior. Quería saborearla, sentir cómo se corría antes de ceder y follarla a fondo. Me incliné y la agarré por debajo de los brazos, subiéndola al sofá junto a mí. Me deslicé por el suelo y le quité las bragas, pasando mi mano por su estómago. Ella gimió cuando separé sus piernas y vi su coño rosado brillar a la luz. Continué moviendo mi mano hacia abajo, deteniéndome y separando sus labios.

Mis dedos presionaron su clítoris, frotándolo en círculos, mientras me colocaba frente a ella y me agachaba. Ella gimió con fuerza, moviendo la cabeza de un lado a otro y lamiéndose suavemente los labios con la lengua. Subí mi otra mano y empujé dos dedos a través de sus jugos

y dentro de ella, viendo cómo su cuerpo se retorció de éxtasis. Inmediatamente, empecé a empujarlos hacia dentro y hacia fuera, retorciéndolos al salir y luego empujándolos hacia lo más profundo, haciendo que la punta de mis dedos se deslizara dentro de ella. Ella gimió más fuerte, agarrándose con fuerza al cojín que tenía debajo.

—¿Te gusta eso? —le pregunté.

—Sí —gimió con una voz aguda, haciendo que mi polla se retorciera.

—¿Te vas a correr por mí?

—Oh, sí —gimió.

Empujé más rápido y más fuerte, follándola con los dedos y escuchando los sonidos de placer que escapaban de su garganta. Ella se agarró más fuerte hasta que sus nudillos se pusieron blancos y empujó su cabeza hacia atrás contra el cojín. Su cuerpo empezó a tensarse hasta que, de repente, se estremeció entre mis manos y su voz resonó en el ático. Pude sentir cómo su coño se convulsionaba alrededor de mis dedos y los saqué, bajando la cabeza y lamiendo los jugos mientras explotaban. Quería sentirla de nuevo, la codicia se extendía sobre mí como el fuego.

Inmediatamente, empecé a chasquear la lengua contra su clítoris, viendo cómo su cuerpo se tensaba inmediatamente antes de que el otro orgasmo hubiera terminado. Se agarró a mi cabeza y gritó, levantando las caderas y apretándose contra mí. Podía sentir su deseo, su necesidad de más, y empecé a meterle los dedos una vez más mientras lamía y lamía su duro nódulo.

—Oh, Dios —gritó—. Me voy a correr otra vez. Dios, no pares.

Sonreí, absorbiendo su clítoris con mi boca y soltándolo, frotando mi lengua con fuerza contra él. Ella empujó mi cabeza con su mano, gritando fuertemente sobre mí. Pude sentir que su cuerpo comenzaba a tensarse de nuevo, y gemí mientras ella se dejaba llevar por otro orgasmo. Mientras se corría, moví mi boca hacia abajo, lamiéndola a través de sus pliegues. Ella gimió, con la respiración entrecortada y acelerada mientras atravesaba las olas de placer que recorrían su cuerpo. Aparté la cabeza y vi cómo empezaba a relajarse en el sofá, con los dientes mordiéndose el labio inferior. Le di un minuto para recuperarse, frotando su clítoris suavemente mientras su respiración comenzaba a regularse.

Lentamente, abrió los ojos y soltó una risita, tirando de mí hacia ella y besando mis labios. Me pasó la lengua por la boca y yo la abrí, atrayéndola al interior, permitiéndole saborear la dulzura de sus propios jugos. Ella gimió mientras me besaba. Las vibraciones de su tono bajaron hasta mi pecho.

—Fóllame —susurró, echando ligeramente la cabeza hacia atrás.

Sonreí y la levanté, rodeándome con sus piernas mientras la llevaba al dormitorio. La tumbé en la cama y me metí entre sus piernas. Levanté sus dos piernas y las pasé por encima de mis hombros, agarrándola por la cintura y tirando de ella hacia mí. Me aferré con fuerza a mi pene, sin perder tiempo mientras lo empujaba a través de sus jugos y lentamente dentro de ella. Ella jadeó, se echó hacia atrás y se agarró a la almohada con ambas manos. Me estabilicé y empecé a empujar dentro de ella y a retirarme lentamente, observando cómo su cuerpo se movía debajo de mí. Me incliné hacia ella, sintiendo cómo mi polla la llenaba y la textura sedosa de su coño masajeaba mi eje. Me agarré con más fuerza a su cintura y empecé a moverme cada vez más rápido hasta que la penetré con fuerza. Me desprendí de mis inhibiciones y giré mis caderas con un movimiento corto y rápido.

Ella gritó, sintiendo cómo la penetraba una y otra vez. Grité, queriendo más pero sabiendo que tenía que ir más despacio. Empujé con fuerza y profundidad, sacando y volviendo a empujar mientras sus piernas se apoyaban en mis hombros. Giré la cabeza y besé su pierna antes de

sacarla lentamente y bajarla. La puse boca abajo y tiré de sus piernas hacia atrás. Las separé ligeramente y me coloqué a horcajadas sobre ellas, guiando mi polla entre sus muslos y dentro de su apretado coño. Ella se agarró al borde del colchón y yo me incliné hacia delante, usando mis pies para empujarme dentro y fuera de ella. La sensación de su ya apretado coño, combinada con la forma en que mi polla se movía entre sus muslos, era increíble.

Me agarré a su culo, apretando sus nalgas con fuerza mientras me movía dentro de ella lenta y constantemente. Podía sentir cada centímetro de su coño, y estaba más húmeda que el infierno, goteando por mi polla cada vez que la sacaba. Respiré hondo y cerré los ojos, concentrándome en las sensaciones que subían por mi polla y por mis huevos mientras recorrían sus piernas. Retrocedí y separé sus muslos, poniéndola a cuatro patas. Me deslicé hacia atrás y hacia adentro y la agarré por la cintura, tirando de ella hacia delante y hacia atrás, viendo cómo mi polla se deslizaba dentro y fuera de su apretado agujero.

—Más rápido —gimió, agarrándose a la cama.

Sonreí y empecé a empujar mis caderas hacia delante y hacia atrás, viendo cómo las ondas se movían por su perfecto culo. Ella gimió con fuerza, balanceándose hacia adelante y hacia atrás, encontrándose conmigo en el medio. Me retiré y me dejé caer a un lado, tumbándome de espaldas y mirando su cara. Ella se mordió el labio y se sentó, agarrándose las tetas y masajeándolas mientras se movía encima de mí. Era como si supiera lo que yo estaba pensando. Se abrazó a mí con las piernas y se colocó encima de mi polla, metiendo la mano entre las piernas y agarrándola con fuerza mientras deslizaba su jugoso coño sobre ella.

Gimió, bajando y volviendo a subir. Me cabalgó lentamente durante un rato, frotándose las manos sobre las tetas y gimiendo. Observé cómo su cuerpo sexy se deslizaba hacia arriba y hacia abajo, con su cabeza hacia atrás y sus ojos cerrados mientras se dirigía hacia otro orgasmo. Me moría de ganas de que se corriera, de sentir la sensación pulsante de su coño. La empujé hasta el fondo de mi polla y empecé a mover sus caderas para ella. Ella sonrió y puso sus manos en mi pecho y comenzó a trabajar duro. Jadeó, sintiendo el roce de su clítoris sobre mi piel, con mi polla muy dentro de ella.

Segundo a segundo, se volvió más y más inquieta. Su cuerpo se movía más rápido con cada giro de sus caderas. Movía su cuerpo hacia delante y hacia atrás, con la boca abierta mientras cantaba de placer. La cama crujió bajo nosotros y yo apreté los dientes, viéndola llegar al borde del éxtasis. Levanté la vista y le agarré las tetas, apretándolas con fuerza mientras ella me miraba.

—Me voy a correr —gritó, explotando inmediatamente en el orgasmo.

Gruñí, agarrándola por la cintura y golpeándola arriba y abajo sobre mi eje. Los jugos calientes estallaron alrededor de mi polla, y su coño se apretó, llevándome al límite. La empujé por última vez y empujé mis caderas hacia arriba, sintiendo las olas de placer que me inundaban. Mi polla palpitó dentro de ella mientras entraba en erupción con la semilla caliente. Se quedó sentada encima de mí durante varios minutos, mientras nuestros cuerpos terminaban de correrse al mismo tiempo. Cuando ambos relajamos nuestros músculos, ella se echó a un lado y se puso junto a mí. Agarré las sábanas y las puse encima de nosotros, rodeándola con mis brazos y tirando de su cabeza hacia mi pecho.

—Ha sido increíble —dijo ella, todavía sin aliento.

—Eres increíble —dije, mirándola—. Me estoy enamorando de ti, Amanda.

—¿De verdad? —Ella me miró y sonrió—. Yo también me estoy enamorando de ti.

Sonreí mucho y levanté su barbilla, inclinándome hacia delante y besando suavemente sus

labios. Ella se echó hacia un lado y tiró de mi brazo con ella, envolviéndola con fuerza. La besé en la mejilla y relajé la cabeza en la almohada, respirando el dulce olor de su perfume. Nos quedamos dormidos así, envueltos uno en el cuerpo del otro, sintiendo que las emociones que habíamos estado conteniendo se arremolinaban a nuestro alrededor. Era la primera vez en mi vida que me sentía completamente satisfecho.

Capítulo 9

Amanda

El sonido de los pájaros fuera de la ventana y la brillante luz del sol que entraba me despertaron del sueño. No había dormido tan bien en mucho tiempo, y ni siquiera me sorprendió que el reloj marcara el mediodía cuando lo miré. Era domingo, así que no había prisa por levantarse, y Nathan se había asegurado de pagar dos noches para que pudiéramos dormir hasta tarde y no ser molestados. Me puse de espaldas y estiré los brazos sobre la cabeza, bostezando. Nathan se apoyó en el codo y me miró sonriendo.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto? —pregunté.

—Sólo unos cinco minutos antes que tú —dijo, atrayéndome hacia él—. Parecías tan dulce mientras dormías que quería que te despertaras sola.

—Gracias —dije, besándole en la mejilla.

—Te quiero —dijo, acariciando mi cuello con su nariz.

—Yo también te quiero —dije con una gran sonrisa emocionada.

No podía creer que ambos hubiéramos llegado a ese punto tan rápido. Estaba perdidamente enamorada de este chico, y él había roto todos mis muros, obligándome a abrirme a él sin mucho esfuerzo. No sabía por qué, pero simplemente confiaba en él. Era una locura.

—No puedo creer lo rápido que me enamoré de ti —dijo.

—Justo estaba pensando eso —dije, riendo—. Estás leyendo mi mente.

—Ojalá —dijo—. Las mujeres serían menos complicadas si eso fuera posible.

—Es que no esperaba volver a enamorarme —dijo, suspirando—. Cuando mi ex y yo rompimos, estaba acabada, y me quedé así durante mucho tiempo. Luego te conocí a ti, y ha sido un torbellino. Ese día iba a dejar definitivamente el restaurante, pero me moría de hambre y no tenía nada más que hacer ese viernes por la noche.

—Me alegro de que estuvieras hambrienta —dijo—. Me alegro de que los dos estuviéramos contentos de estar en ese bar, acercándonos el uno al otro, y dejándonos llevar por nuestras inhibiciones. Supe en cuanto empecé a hablar contigo que eras diferente.

—Yo también —dije—. Sabía que eras un problema.

—Me descubriste —dijo, riendo—. Vamos a levantarnos, a vestirnos y a salir por la ciudad a pasar el día.

—¿Con mi vestido de anoche?

—Hice que el hotel enviara ropa para los dos —dijo, sonriendo—. Están en la sala de estar.

—Eres demasiado dulce —dije, sacudiendo la cabeza.

Nos levantamos y salimos al salón para ver la ropa que nos habían enviado. Me puse las bonitas bragas rosas y el sujetador y luego me puse los vaqueros. Eran de tiro bajo y con rotos en los muslos. Me gustó el estilo y asentí con la cabeza mientras me ponía la camiseta gris y me sentaba para ponerme las *Chuck Taylor*. Me puse de pie y me giré, mirando a Nathan. Nos reímos, al mirar la ropa del otro. Alguien tenía sentido del humor porque íbamos vestidos de

forma casi idéntica, sólo que la suya era la versión masculina.

—Supongo que hoy somos gemelos. —Se rio.

—No está tan mal. Al menos te ves muy sexy. —Sonreí.

—Y tú también —dijo con una sonrisa de satisfacción—. Como, guau, caliente.

—¿Guau, caliente? ¿En qué lugar de la escala está eso?

—Como muy por arriba —dijo, midiéndolo con la mano.

Bajamos al vestíbulo y nos subimos al coche que nos esperaba. Pasamos todo el día juntos, explorando lugares de la ciudad que no sabía que existían hasta ese día. Nathan quería enseñarme todos sus lugares favoritos. La mayoría de ellos estaban fuera de la ciudad, en las afueras de Los Ángeles. Hablamos de su infancia y de cómo creció en una familia de clase media, con su padre como dueño de un taller mecánico y su madre quedándose en casa con él. Tuvo una educación realmente normal, algo que no esperaba encontrar en un multimillonario. La mayoría de ellos provienen del dinero y luego se crean su propia fortuna. Tenía los pies en la tierra, lo que hizo sentirme cómoda con él, sobre todo porque yo tampoco crecí en un hogar rico. Todo el día fue fantástico, y disfruté mucho pasando tiempo con él y aprendiendo más sobre su vida y sobre cómo se convirtió en el hombre que era. Fue interesante sentir que no teníamos prisa, como si tuviéramos el resto de nuestras vidas para aprender el uno del otro.

Cuando llegó la hora de la cena, hizo que el conductor nos llevara de vuelta a la ciudad, a un pequeño local italiano alejado de las calles principales. Paramos en la puerta y me cogió de la mano, acercándose a la puerta y abriéndola para mí. Cuando entré, me detuve, mirando la barra, donde estaba Sarah. Se giró y me miró, con una sonrisa flotando en sus labios. No podía creer que, de todos los restaurantes de Los Ángeles, hubiéramos acabado en el mismo que ella. Inmediatamente, me agarré con fuerza a la mano de Nathan, que me miró ligeramente confundido. Sarah se acercó, se detuvo y me miró por un momento.

—Oh, mira, ha encontrado un nuevo novio para que me lo folle —dijo echando la cabeza hacia atrás y riendo—. Buena suerte con este.

Agarré con fuerza la mano de Nathan, que se encogió. Le miré con lágrimas de rabia en los ojos, sin saber qué decir. Él había oído lo que había dicho, pero no tenía ni idea de quién era ella. Nathan se volvió hacia mí y me miró a los ojos.

—No sé qué está pasando, pero busquemos otro lugar, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza, sin ganas de discutir con él por esto. O me iba, o explotaría sobre ella, y no quería perder la calma, especialmente delante de Nathan. No me importaba mi ex, pero sí me importaba que Sarah fuera tan perra. ¿Cómo se atreve a hacerme un comentario sarcástico como ese? Ella era la puta en esta situación.

Dejé que Nathan me sacara del restaurante, dándole la espalda a Sarah al pasar junto a ella. Una vez en la acera, siguió caminando, llevándome hacia la siguiente manzana y a un parque al final de la calle. Me senté en el banco y respiré profundamente. Nathan estaba sentado frente a mí, esperando pacientemente a que le hablara. Me sentí como una imbécil, por permitirme estar tan irritada y molesta por Sarah. Menos mal que la había visto por primera vez esta noche y no en la boda. Habría tenido problemas para alejarme de ella allí, y no quería montar una escena delante de todos en la boda de Lindsey.

—Esa es una de las mujeres con las que mi ex me engañó —dije, tratando de superar las emociones—. Es Sarah, de la que te hablé. Ella sabía que yo tenía una relación y se acostó con él de todos modos, sólo para fastidiarme. Me ha tenido manía durante años. No entiendo qué le he hecho, pero no le gusto.

—Oh —dijo Nathan, sacudiendo la cabeza—. Me imaginé que era algo así. Escuché lo que dijo, y quiero que sepas que no soy un tramposo. Nunca, ni en un millón de años, te engañaría, pase lo que pase, y definitivamente no con una mujer desagradable como ella. Me di cuenta con sólo mirarla que no tenía ningún respeto por sí misma. No quiero que eso sea una preocupación en tu mente. Sé que es más fácil decirlo que hacerlo después de que tu último novio te traicionara así, pero quiero que sepas que no te haré daño de esa manera.

—Lo sé. —Suspiré—. Estaba pensando en que ya confío en ti. No tengo ningún miedo contigo.

—Bien —dijo, poniéndose a mi lado y rodeándome con sus brazos—. Esa chica me resultaba muy familiar. Dime de nuevo quién es.

—Probablemente te resulte familiar porque es la hermana pequeña de Lindsey —dije—. Son como gemelas, sólo que Sarah es un poco más joven que Lindsey. Si conoces a Lindsey, seguro que Sarah te resulta familiar.

—Estoy seguro de que es eso— dijo—. Y ahora lo entiendo. Es la hermana pequeña de Lindsey, la que me dijiste que se acostó con tu ex. Vale. ¿Y va a estar en la boda?

—Sí —dije—. Y probablemente tratará de ser el centro de atención. Definitivamente, ella también va a coquetear contigo, ahora que sabe que estamos juntos.

—Puede que no quiera probarme —dijo—. Puede que quieras mantener la paz, pero la avergonzaré delante de todos. Me importa una mierda.

—Eres tonto —dije, abrazándolo—. Pero aprecio tu apoyo. Realmente significa mucho para mí que estés ahí y que entiendas que esto es algo realmente sensible para mí. No se trata de mi ex. Él me importa una mierda. Es sobre ella y lo que hizo.

—No te culpo en absoluto —dijo—. Ella te ha conocido toda su vida. Es realmente un desastre que ella te haga algo así. No conozco a nadie en mi vida que pudiera traicionarme así. Hay algo malo en ella si cree que ese tipo de comportamiento es aceptable. ¿Vas a decirle a Lindsey lo que dijo?

—Tal vez después de la boda —dije—. No quiero molestarla ni causarle ningún trastorno antes de su gran día. Quiero que tenga una boda increíble y que sea feliz y alegre, no que se preocupe por si va a estallar una pelea de gatas en la pista de baile.

—Ganarías si así fuera —dijo riéndose—. Sólo tienes que ir a por el pelo y luego sentarte a horcajadas sobre ella y golpearla un poco. Llevaré la cámara y lo grabaré. Estoy seguro de que podríamos ganar mucho dinero con eso.

—Cállate —dije, riendo y dándole una palmada en el pecho—. Además, eso sólo funcionaría si estuviéramos desnudas. Nadie comprará una pelea de gatas normal.

—Sólo deja escapar un pellizco o algo así —dijo, riendo.

Me sequé los ojos y me reí con fuerza, sintiendo que el estrés me subía por los hombros. Simplemente con estar al lado de Nathan ya me sentía mejor, pero tenerlo allí para hablar era aún más reconfortante. Me apoyaba en él, y nunca había hecho eso con ningún hombre en mi vida. Él estaba ahí para mí, y yo estaba bien con esa situación, sintiendo que podía contarle mis problemas y dejar que me ayudara a resolverlos. Había una conexión que iba más allá del sexo o el amor, y era bastante intensa. Sabía que ver a Sarah me había conmovido, pero esto era algo diferente. Respiré profundamente, sin querer pensar demasiado en ello.

—¿Por qué no lo intentamos de nuevo y vamos a comer a algún sitio?

—Me gusta esa idea —dijo—. Estaba empezando a pensar en comer de la papelería del parque, tengo mucha hambre.

—Eres asqueroso —dije, poniéndome de pie y sacudiendo la cabeza.

—¿Ah sí?

Se levantó y empezó a perseguirme, gruñendo mientras corría. Me reí con fuerza, chillando cuando me atrapó en sus brazos y me giró hacia él. Le miré profundamente a los ojos y sonreí, inclinándome y besándole en los labios. Él era exactamente lo que necesitaba.

Capítulo 10

Nathan

Sólo era martes, pero sentía que me estaba volviendo loco al no tener a Amanda a mi lado. La había visto el domingo, y ahora estaba sentado en el trabajo con ella dando vueltas en mi cabeza. Le había mandado varios mensajes de texto ese día, enviando bonitos mensajes de ida y vuelta, pero no era suficiente para mí. Nunca antes había estado tan involucrado con una chica, y estaba empezando a sentir las repercusiones de ello. Incluso cuando estaba con mi ex, no ansiaba estar con ella, verla, tocarla, pero con Amanda, lo hacía todo el maldito tiempo. Me preguntaba si era esto lo que Jordan sentía por Lindsey, porque si era así, necesitaba algunos consejos sobre cómo funcionar en el día a día.

Pasar tiempo con Amanda se había convertido en mi actividad favorita. Siempre estaba pensando en la manera de verla antes. Era una sensación interesante estar tan cerca de alguien, tan apegado a alguien, aunque la conociera desde hacía poco tiempo. Tenía la sensación de que teníamos una eternidad para conocernos, y en lugar de ser un pensamiento desalentador, me entusiasmaba la perspectiva. Me importaba una mierda renunciar a mi vida amorosa o pasar mi tiempo libre con ella en lugar de salir con los chicos. Quería planificar mis días en torno a nuestros encuentros. Tumbarnos en la cama, hablar toda la noche y hacer el amor cuando quisiéramos. Uno pensaría que, como dueño de una gran empresa, podría hacer esas cosas, pero en lugar de eso, estaba sentado en una reunión en el trabajo, sin escuchar nada de lo que tenían que decir.

El trabajo se había convertido en una molestia para mí, y las reuniones eran difíciles de superar. En la que estaba ahora mismo se trataba de algo sobre el marketing interno que íbamos a hacer. No tenía sentido que estuviera allí, ya que había firmado todo, pero se esperaba que estuviera allí y que estuviera presente. Bueno, estaba allí, pero definitivamente no estaba presente. Miré mi teléfono y sonreí cuando apareció un mensaje de Amanda. Me había enviado una foto de ella haciendo una cara divertida. Le envié un mensaje de vuelta diciendo que estaba en una reunión, con unas diez calaveras después. Conversamos durante un minuto y luego colgué el teléfono.

Había gente en la parte delantera de la sala haciendo una presentación, pero sus voces se habían desvanecido en el fondo mientras yo miraba por la ventana a nada en particular. Los pensamientos sobre Amanda pasaron por mi cabeza y empecé a planear nuestra próxima cita. Quería llevarla a algún lugar fuera de la ciudad, un lugar donde pudiéramos relajarnos sin preocuparnos de encontrarnos con gente como Sarah. Mientras hacía una lista en mi cabeza, fui arrastrado de vuelta a la habitación.

—Hola —susurró John—. ¿Sigues ahí?

—Sí —le susurré—. Lo siento.

—Al menos intenta prestar atención —dijo—. Estas personas trabajaron muy duro en esto, y están buscando tu aprobación. Ni siquiera parece que estés dentro de tu cuerpo.

Me incorporé en la silla y traté de concentrarme en el resto de la reunión. John tenía razón. Me gustara o no, estaba dirigiendo a estas personas, y ellas buscaban mi opinión y orientación. Puede que no me gustara en ese momento, pero esa era la forma de construir la empresa. Cuando terminó la reunión, hablé un rato con el grupo y les di el visto bueno al proyecto. Todos parecían entusiasmados de que se tuviera en cuenta su duro trabajo. Sabía que tenía que intentar al menos estar presente para estas personas. Volví a mi despacho y me senté detrás del ordenador, abriendo mi correo electrónico. Sin embargo, antes de que pudiera responder a alguien, John entró y se sentó frente a mi escritorio.

—¿Dónde está mi secretaria? —pregunté.

—Se ha ido a comer —dijo John—. ¿Por qué yo lo sé y tú no?

—No estoy seguro —dije, frotándome la cara.

—¿Qué te pasa?

—No me pasa nada —dijo—. Todo está bien a mi alrededor, y no me lo puedo quitar de la cabeza.

—¿Quieres intentar explicarme eso sin hablar en clave?

—No puedo dejar de pensar en Amanda —solté—. Me he enamorado perdidamente de ella.

Normalmente, después de decirle a tu mejor amigo que te has enamorado de una chica, te recibiría con aplausos y comentarios felices. Sin embargo, mientras esperaba la respuesta de John, su cara pasó de preocupado a infeliz. Era la misma cara que puso cuando me habló de mi ex, y no me gustó nada lo que estaba pasando. ¿Por qué no podía tener a mi mejor amigo ahí y feliz por mí, y qué tenía de malo que yo estuviera enamorado? Me moví en mi silla y di un golpe en el escritorio, llamando su atención.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada —dijo, volviendo a la realidad—. Me alegro por ti. Mucho.

—Pero...

—Pero quiero que tengas cuidado —dijo—. No tengo un buen presentimiento sobre ella. He estado pensando en eso desde que la conocí en la fiesta, pero no quería decir nada porque parecías muy feliz.

Me quedé sentado durante un minuto, intentando asimilar sus palabras en mi cabeza. Sentí que estaba teniendo un *déjà vu*, especialmente porque todo este escenario había ocurrido con mi ex. ¿Cómo podía sentirse así con las dos únicas mujeres de las que me había enamorado? Claro que tenía razón sobre mi ex, tanta razón que a veces escuece, pero ¿cuáles eran las probabilidades de que encontrara a otra mujer que fuera exactamente igual, y que John se diera cuenta? Era imposible.

—Puede que hayas tenido razón una vez, pero no volverás a tenerla —dije con una ligera risa—. Estás flipando con mi vida amorosa más que yo. Amanda es una chica increíble, y tú no le has dicho más de dos palabras amables en tu vida. ¿Cómo diablos has podido llegar a esa conclusión después de verme con ella durante unas horas? ¿Tienes estos sentimientos con todas las novias de tus amigos?

—¿Ella es tu novia ahora?

—Sí, ahora es mi novia —dijo—. ¿Por qué es tan difícil para todos creer que podría ser feliz con una sola chica? Dejé ir toda la mierda del pasado. Ahora que lo he hecho, mi mejor amigo se ha convertido en una especie de Buda de las relaciones. Realmente deberías abrir un negocio y empezar a hacer trabajos psíquicos.

—Hablo en serio —dijo, inclinándose hacia adelante—. No estoy tratando de arruinarte nada.

Quiero que seas feliz. ¿De qué me serviría que fueras infeliz? Sí, puede que sólo haya pasado unos minutos con ella, pero eso me bastó para saber que había algo raro en ella.

—Tal vez haya algo raro en ti, John —dije, irritado—. Esto es lo más absurdo que he oído nunca. Conozco a Amanda mejor de lo que crees, y no hay nada malo en ella o en nuestra relación.

—Has conocido a la chica cinco segundos —dijo él—. ¿Cómo puedes saber algo de ella en ese poco tiempo? ¿Realmente crees que ella se detendría y diría: «Oye, te estoy utilizando»? Vamos, hombre. Abre los ojos y al menos piensa en lo que estoy diciendo. Si estoy equivocado, entonces genial, pero realmente creo que ahora mismo estás siendo un ciego.

—Y yo creo que tú estás siendo un paranoico de cojones —dije—. Mira, ambos tenemos una tonelada de trabajo que hacer. No tengo tiempo para esto ahora mismo.

—Lo siento, Nathan —dijo, poniéndose de pie—. Solo estoy tratando de ser un buen amigo. Me dijiste que no querías que te ocultara nada de estos temas nunca más, y no lo estoy haciendo. Vine a decirte lo que pensaba. No dispares al mensajero.

Le miré y suspiré, viéndole salir del despacho y caminar por el pasillo. Me levanté y me dirigí a la puerta, cerrándola de golpe. John había tratado algo que por primera vez en mi vida era perfecto y me había quitado su apoyo. Lo último que necesitaba era que alguien empezara a meterme ese tipo de pensamientos en la cabeza. Me sentí completamente cabreado, sin saber qué hacer conmigo mismo. No podía hablar con Amanda de ello, se sentiría siempre rara con John, y realmente no tenía a nadie más en quien confiar. Me costaba creer que ella estuviera tan cerca de Jordan y Lindsey, y que él no me dijera si pasaba algo raro.

Me acerqué a la ventana y miré hacia la ciudad, tratando de calmarme. No era frecuente que me enfadara, pero cuando lo hacía, me nublabla el juicio por completo. Las advertencias de John estaban haciendo exactamente lo que él quería que hicieran, plantar una semilla de duda en mi mente para que todo alrededor de Amanda empezara a parecer sospechoso. No iba a permitir que eso sucediera. Me preocupaba demasiado por ella como para que otra persona nos afectara de esa manera. Sabía que John no tenía intención de ser malicioso, sólo se preocupaba por mí, pero estaba siendo irracional. Puede que no sea su carácter actuar de esa manera, pero la gente realmente me sorprendía cuando menos lo esperaba.

Volví a mi mesa y cogí el móvil. Revisé los mensajes de Amanda y eso me ayudó a aliviar el estrés. Quería verla, encontrar consuelo en sus brazos y palabras. Busqué su número y pulsé para llamar, acercando el teléfono a mi oído.

—Hola —dijo ella, contestando al segundo timbre—. ¿No deberías estar trabajando?

—Sí —suspiré—. Debería estarlo, pero esta linda zorrilla no deja de dar vueltas en mi mente, distrayéndome de mi trabajo.

—Deberías decirle que tienes novia —se rio.

—¿Puedo pasarme esta noche a verla? —le pregunté—. Realmente quiero un beso.

—Ay, yo también, pero he quedado para preparar cosas de la boda con Lindsey esta noche y mañana por la noche —dijo—. Pero podemos quedar el jueves por la noche. Realmente te echo de menos, y cuando esta boda haya terminado, tendré todas mis noches reservadas sólo para ti.

—De acuerdo —dije con un suspiro—. El jueves por la noche, entonces.

—De acuerdo, cariño —dijo ella—. Me tengo que ir. Vamos a ver a la planificadora. Llárame más tarde.

—Lo haré —dije—. Te quiero.

—Yo también te quiero —dijo ella.

Colgué el teléfono y lo dejé sobre el escritorio, mirándolo fijamente. Estaba decepcionado, pero lo entendía. Era la mano derecha de Lindsey para esta boda, y estaba decidida a que fuera un día especial para ella. Eso era encomiable y demostraba que era una buena amiga. Aun así, las palabras de John me daban vueltas en el cerebro y quería ver a Amanda cara a cara para sentirme mejor al respecto. Tendría que esperar hasta el jueves, con la esperanza de evitar cualquier cosa que tuviera que ver con John durante un par de días.

Capítulo 11

Amanda

—Espera, ¿qué quieres decir? —preguntó Lindsey con la ira hirviendo en su tono—. Quiero que lo repitas, pero despacio.

—No tenemos su lista de catering archivada en ningún sitio —dijo la chica detrás del mostrador—. No hay manera de que podamos reunirla con tan poca antelación. Lo siento, pero no puedo hacer nada; tengo las manos completamente atadas. Dice usted que hizo el pedido, pero no hay ni un archivo en el armario ni un registro en el ordenador. ¿Pagó un depósito?

—Por supuesto, lo hice —gritó Lindsey—. Se acerca mi boda, ¿y me dices que no tienes forma de alimentar a mis invitados?.

Puse mi mano en el hombro de Lindsey, tratando de calmarla. Estaba furiosa, más enojada de lo que recuerdo haberla visto en mucho tiempo. Ninguna de las dos podía entender por qué había sucedido algo así. Habíamos pasado horas y horas con esta gente, ultimando el menú perfecto para el gran día de Lindsey. Incluso la organizadora del evento daba por hecho que todo iba por buen camino y que no habría ningún problema. Todo lo que teníamos que hacer era venir y firmar antes de que se pidiera toda la comida. No había forma de que nadie más pudiera organizar esto en tan poco tiempo. Entendía completamente por qué Lindsey estaba tan enojada.

Estuvimos allí más de una hora, discutiendo con la gente de la empresa de catering. La chica dio la vuelta al monitor en la pantalla y tecleó todo tal y como Lindsey lo dijo, pero aun así, no había registro de su pedido. Estábamos completamente perplejas.

—Necesito que llames a la gerente —dijo Lindsey—. Mary es con la que trabajamos, y ella se encargaba personalmente de esto porque era un pedido de varios miles de dólares.

—No podemos llamarla —dijo la chica—. Ella dio instrucciones explícitas de que no quería ser molestada en su día libre.

—No, eso no es aceptable —dijo Lindsey—. Al firmar el contrato con vosotros, di instrucciones explícitas de no fastidiar el día de mi boda, pero os estáis echando atrás en el trato.

—¿Tiene el contrato? —preguntó la chica.

—No, está en mis carpetas en casa —dijo Lindsey—. No debería tener el contrato. Tú deberías tenerlo. ¿Cómo es posible que algo así desaparezca por completo? Sé que no le crecieron piernas y salió de tu tienda.

—Voy a ir a la parte de atrás a comprobarlo de nuevo —dijo la chica, obviamente sin saber qué hacer en ese momento.

Cuando se alejó, Lindsey levantó los brazos y me miró. Sonreí con simpatía y negué con la cabeza. Se paseó de un lado a otro durante unos minutos antes de acercarse al mostrador y dejar el bolso. Se deslizó silenciosamente alrededor del escritorio y la observé con los ojos muy abiertos. Cogió una carpeta etiquetada como «Libro del empleado» y la abrió. Había una pestaña en la parte posterior para los números de teléfono, así que miró allí, encontró el número de Mary y sacó su teléfono móvil. Tecleó el número en su teléfono y guardó la carpeta.

—Supongo que tendré que hacerlo yo misma —dijo encogiéndose de hombros cuando el teléfono sonó en su oído—. ¿Hola? ¿Mary? Soy Lindsey. Estoy en tu tienda de restauración y tenemos un gran problema.

Levanté la vista mientras la chica volvía al mostrador, deteniéndose y escuchando su conversación. Sus ojos se pusieron muy grandes por un momento, y luego volvió a entrar en la parte de atrás. Me supo mal por la chica. Ni siquiera trabajaba allí cuando Lindsey lo preparó todo. Sin embargo, era trabajo de la empresa de catering asegurarse de que todo estaba en orden.

—Bien —dijo Lindsey, colgando el teléfono y volviéndose hacia mí—. Estará aquí dentro de un rato. No me lo puedo creer, joder.

Observé cómo se sentaba en la sala de espera, sacaba su teléfono y enviaba mensajes de texto furiosamente. Sólo podía suponer que le estaba enviando un mensaje a Jordan para informarle de lo que estaba pasando. Me sentí fatal por ella por tener que lidiar con todo esto cuando su boda se acercaba tan rápidamente. Sin embargo, no podía hacer nada, y gritarle a la chica del mostrador obviamente no ayudaba a la situación. Cuando Mary llegó por fin, Lindsey se había puesto a cien por hora. Estaba tan enfadada que tuvo que salir a la calle para calmarse y tranquilizarse. Pensé que debía ocuparme de esto.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mary.

—Dicen que no tienen registro del pedido —le expliqué—. Ni siquiera un rastro de papel.

Mary se dio la vuelta y entró en la parte de atrás, hablando inmediatamente en voz alta con las chicas de atrás. Me di la vuelta y me puse a pasear, intentando no escuchar lo que decía. Cuando volvió, respiró profundamente y se enderezó la chaqueta.

—Hay un registro —dijo—. Está en mi escritorio. El pedido no debía pasarse hasta mañana, pero la han fastidiado.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —Lindsey estaba más calmada cuando volvió a entrar.

—Me aseguraré personalmente de que su comida sea pedida como se especifica —dijo Mary—. La empresa de alimentación tendrá esta cortesía ya que se trata de un pedido muy grande. Además, voy a hacer el catering de su boda con un cincuenta por ciento de descuento debido a todas las molestias que le han causado. Me alegro de que hayan venido y se hayan dado cuenta de este error, y siento mucho que hayan tenido que pasar por todo esto. No es propio de nosotros cometer un error de esta proporción. Somos conocidos por nuestro excelente servicio y nuestros productos de calidad. Le presento mis más sinceras disculpas.

—Gracias —dijo Lindsey—. Les agradezco mucho que hayan hecho todo esto. Lamento que se haya liado tanto, pero el hecho de que hayas venido en tu día libre y hayas arreglado las cosas para mí lo compensa. Me demuestra que puedo confiar en que tendré todo en orden el día de mi boda.

—Absolutamente —dijo ella—. Y no dudes en llamar todo lo que quieras para tranquilizarte. Te enviaré un correo electrónico con la factura una vez que haya hecho el pedido, lo que voy a hacer una vez que hayamos terminado. De nuevo, siento mucho este malentendido.

Me di cuenta de que Lindsey estaba contenta con esto, asintió con la cabeza y se dio la vuelta para irse. Caminamos por la calle hasta el pub irlandés y nos acercamos a la barra. Decidimos tomar una copa para celebrar que todo estaba prácticamente listo para su boda. Había sido un largo año de planificación, preocupación y de volverse locas por todos los detalles, y el catering era lo último. Por suerte, también fue lo único en lo que casi tuvimos un desastre. Mientras daba un trago a mi cerveza, mi teléfono empezó a sonar en la barra. Miré hacia abajo y sonreí al ver la cara de Nathan aparecer en la pantalla. Sabía que estaba ocupándome de los asuntos de la boda y

normalmente no me llamaba cuando salía con Lindsey.

—Hola —dije, cogiendo el teléfono.

—Hola —dijo él—. ¿Estás ocupada?

—Estoy tomando una copa de celebración con Lindsey —dije—. Hemos terminado lo último que quedaba de la boda.

—Y casi fue un desastre —gritó Lindsey de fondo.

—Eso es genial —dijo—. Escucha, quiero verte desesperadamente. Tengo una propuesta para ti. ¿Hay alguna manera de que nos encontremos en mi casa?

—¿Qué tipo de propuesta? —pregunté.

—Prefiero hablar contigo en persona —dijo.

—¿Estás bien?

—Sí, no es nada de eso. —Se rio—. Es que he estado pensando en ello todo el día y me está volviendo loco.

—No sé si puedo ir ahora mismo —dije, mirando a Lindsey que me miraba fijamente—. Quiero decir, acabamos de llegar al pub, y no quiero dejar a Lindsey sola después del desastre que acabamos de rozar.

—No, no —dijo Lindsey, interrumpiendo—. Está bien. Ve. Se supone que Jordan se reunirá conmigo aquí en breve. Estoy bien.

—¿Estás segura?

—Sí —dijo ella—. Ve.

—Muy bien, pues Lindsey ha dicho que Jordan ha quedado con ella aquí, así que estaré allí en unos veinte minutos —dije.

—Perfecto —respondió—. ¿Quieres que te envíe el coche?

—No, hoy he venido en coche hasta aquí —dije—. Tengo mi coche justo fuera.

—De acuerdo, nos vemos pronto —dijo.

Colgué el teléfono y me quedé sentada un segundo, pensando en su llamada. No tenía ni idea de cuál podía ser su propuesta, pero me hacía mucha ilusión poder verlo un día antes. Me volví hacia Lindsey y sonreí.

—¿Estás segura? —le pregunté.

—Ve antes de que cambie de opinión —dijo con una sonrisa—. Estaré bien.

—Te quiero —dije, besando su mejilla y cogiendo mi bolso—. Te llamaré más tarde.

Salí corriendo del bar y bajé la calle hasta el aparcamiento donde estaba estacionado mi coche. Me metí dentro y salí hacia la casa de Nathan, súper emocionada por verlo. No había mucho tráfico en la carretera en la dirección que iba, así que tuve la suerte de llegar a su casa bastante rápido. Salí del coche y subí corriendo por el sendero, sonriendo cuando él abrió la puerta y me tomó directamente en sus brazos. Me besó apasionadamente, retirándose y negando con la cabeza.

—No puedo soportar estar lejos de ti —dijo.

—Yo siento exactamente lo mismo —respondí, inclinándome y besándolo de nuevo.

Me soltó y se hizo a un lado mientras yo entraba en la casa. Cerró la puerta y me cogió de la mano, tirando de mí con entusiasmo hacia el interior de la casa. Solté una risita, nunca lo había visto tan alegre. Me senté en el sofá y le vi desaparecer en la cocina, volviendo unos segundos después con dos vasos de vino. Me entregó el mío y tomé un gran trago, relajándome por fin del estrés que acababa de pasar.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Estoy constantemente pensando en ti —dijo—. Parece que no puedo pasar diez minutos sin pensar en ti. ¿Te parece una locura?

—No. —Me reí—. A mí me pasa lo mismo. No me siento bien si no estoy a tu lado.

—Sí —dijo, señalándome animadamente—. ¿Y si nos casamos?

—Espera, ¿qué? ¿Hablas en serio?

Dejó salir el aire de sus pulmones y relajó los hombros, acercándose y sentándose a mi lado. Tomó el vino, lo puso sobre la mesa de centro y tomó mis manos entre las suyas. Yo estaba temblando, sabiendo lo que quería decir pero sin creer que realmente hablaba en serio.

—Hablo muy en serio —dijo mirándome fijamente a los ojos.

Se inclinó hacia delante y se acercó a mí, presionando sus labios contra los míos. Sentí que la pasión entre nosotros estallaba y que la energía de mi pecho se desbordaba. Cuando retiró sus labios, pasó su mano por mi mejilla. De repente, empecé a sentirme mal. Me miró y ladeó la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó—. Acabas de ponerte pálida como un fantasma.

—No me siento muy bien —dije, sujetando mi estómago.

—Ven, date la vuelta y pon los pies en alto —dijo, poniéndose de pie.

—Creo que tal vez tenga una intoxicación alimentaria o algo así —dije, sintiendo que la habitación comenzaba a dar vueltas—. Me golpeó de la nada.

—Te pido que te cases conmigo y te pones enferma. —Se rio—. Eso no es una buena señal.

—Y sí, creo que es una gran idea —dije, cerrando los ojos—. La mejor idea que has tenido nunca.

Capítulo 12

Nathan

Otro largo día en la oficina se había colado en mis planes, obligándome a tratar de estar presente cuando se trataba de dirigir los negocios. Lo había hecho mejor desde mi charla con John durante la última reunión y me había mantenido al tanto de todo. John me había evitado el día anterior, y me alegré porque no quería discutir más con él. No estaba seguro de si había tenido un mal día o qué, pero ya no me interesaba su opinión, aunque sólo intentara ser un buen amigo.

Amanda estaba en mi mente como siempre, sólo que esta vez era un poco diferente. Estaba preocupado por ella, ya que se había despertado aun quejándose de sentirse enferma. Había insistido en que pasara la noche conmigo cuando empezó a sentirse mal, y la subí y la acosté en mi habitación. Dio vueltas en la cama toda la noche y, cuando se despertó por la mañana, no se sentía mejor que antes. Le preparé una tostada y se la llevé a la cama, lo que pareció ayudarla un poco. Insistí en que fuera al médico, pero ella sólo quería irse a casa y dormir. Comprendía que no quisiera ir al médico. Yo nunca iba, ni siquiera cuando me estaba muriendo de gripe. Así que me preparé para ir a trabajar y la llevé a casa como me había pedido. La llevé dentro y la metí en su cama con ginger ale y películas para mantenerla ocupada. Me sentí fatal por dejarla allí sola, pero tenía una reunión muy importante a la que tenía que llegar. Se trataba del hacker, de lo que habían descubierto y de los cargos que presentarían contra él. Tenía que estar allí para hacer una declaración para el juicio.

Hablando de la reunión, tenía que ir allí. Dejé el teléfono en el escritorio y me dirigí a la sala de conferencias, saludando con la cabeza a John y a Jordan mientras entraba. La agente del FBI estaba sentada al final de la mesa, revolviendo algunos papeles. Levantó la vista cuando entré y se puso de pie, estrechando mi mano.

—Gracias por reunirse con nosotros —le dije—. Como puede imaginar, el hacker nos ha conmocionado mucho.

—Estoy segura —dijo ella—. Son capaces de reparar todos los daños provocados en su sistema. Toda la información sensible estaba oculta, y el hacker no tenía nada guardado en su ordenador. No obstante, estos ataques son cada vez más frecuentes y nos los estamos tomando muy en serio. Perseguiremos al autor por delitos de Internet.

—Bien —afirmó John.

—¿Cree que es una amenaza para otras entidades? —pregunté.

—Bueno, es bastante imprudente, así que creemos que está en sus inicios con el hacking, pero si pudo hackear su sistema con conocimientos limitados, solo podemos imaginar lo que podría hacer cuando aprenda —dijo—. Por esa razón, estamos buscando la máxima condena para este delito. Se enfrenta a dieciséis años de prisión y a la imposibilidad de volver a trabajar en Internet sin enfrentarse a graves consecuencias. Queremos cortar esto de raíz antes de que se repita.

—Entendido y agradecido —dije, asintiendo con la cabeza—. Le he dado la lista de daños a

Jordan, mi vicepresidente de informática, y su equipo ya está trabajando para solucionar los problemas. Por lo menos, este chico nos ha dado una buena visión de dónde están nuestros puntos débiles. Me alegro de que le hayan pillado. Esto podría haber sido muy malo para nuestros clientes.

—Nos pondremos en contacto con ustedes en los próximos meses para que declaren todos los que estuvieron involucrados —dijo—. Eso incluirá a todo el personal que vino a ayudar a poner el sistema en marcha de nuevo. Esas declaraciones pueden hacerse por escrito con una firma notarial al final. Le daremos todos los detalles cuando tengamos nuestra próxima reunión.

—Por supuesto —aseguré, estrechando su mano—. Le prestaremos toda la colaboración que podamos.

La agente limpió sus cosas y estrechó las manos de John y Jordan antes de marcharse. Me giré y miré a los chicos, sonriendo ya que todo se estaba resolviendo por fin. Jordan se levantó y golpeó sus carpetas sobre el escritorio mientras John evitaba el contacto visual.

—Jordan avísame cuando esté todo corregido —dije.

—Lo haré —respondió.

Salí de la habitación y avancé por el pasillo hasta mi despacho. Me senté en mi escritorio y miré mi teléfono, preguntándome qué estaría haciendo Amanda y cómo se sentiría. No quise molestarla si estaba durmiendo, así que volví a dejar el teléfono sobre el escritorio y vi cómo entraba John, sentándose en la silla frente a mí.

—Mi secretaria está almorzando —indiqué con una sonrisa de satisfacción.

—Me alegra ver que tu cabeza vuelve a estar en el juego. —Se rio—. Escucha, quería venir a decirte que siento cómo me comporté el otro día. Estuvo fuera de lugar hablarte así de tus propias decisiones. Eres un hombre adulto, perfectamente capaz de olfatear el juego sucio por ti mismo. Debería haberte apoyado más y haberte expresado mis preocupaciones de una manera menos ofensiva. Así que sí, me disculpo.

—Te lo agradezco —dije—. Sé que sólo estabas siendo un buen amigo. Es difícil cuando te alegras tanto de algo y tu amigo más cercano no, pero al mismo tiempo, siempre te has preocupado por mí. Aunque no comparto tus sentimientos sobre Amanda, sí que he pensado en lo que has dicho. Quiero que sepas que te he escuchado y lo he tenido en cuenta. De hecho, fue la única razón por la que llegué a mi conclusión final.

—Me alegro de que veas que sólo intento protegerte —comentó—. Realmente quiero que seas feliz, pero no por poco tiempo, sino por mucho tiempo. Quiero que tengas a alguien que te quiera tanto como tú a ella.

—Y lo soy —dije, sonriendo—. De hecho, he decidido que quiero casarme con ella.

Había algo satisfactorio en ver cómo John se quedaba con la boca abierta. Sabía que la sorpresa iba a ser parte de la reacción de todos cuando se lo dijera, pero estaba preparado para ello. Comprendía que llevaba poco tiempo con Amanda y sabía que la gente no nos iba a entender por ello, pero era mi vida y mis decisiones. No necesitaba una niñera ni un hermano mayor. Necesitaba un grupo de personas que me apoyaran y que pudieran aceptar a Amanda como yo lo había hecho.

Tal y como había esperado, John estaba completamente sorprendido. Se quedó sentado en su silla durante varios minutos, mirando fijamente el escritorio. Sonreí para mis adentros y tomé mi teléfono, escudriñando mis fotos mientras esperaba a que asumiera lo que acababa de decir. Quería casarme con Amanda, y aunque era chocante para todos los demás, para mí tenía mucho sentido. La amaba, no podía estar lejos de ella y quería compartir mi vida con ella. Era sencillo a

mis ojos, aunque podía ver que no era tan sencillo a los ojos de John. Parecía casi aterrado.

—Lo siento, pero ¿qué acabas de decir? ¿Has dicho que te vas a casar con esta chica?

—Mi conexión con Amanda es increíblemente poderosa —indiqué—. No me siento bien ni en casa hasta que ella está a mi lado. Cada vez que estamos lejos el uno del otro, parece que pasa una eternidad. Nunca me he sentido así con nadie en mi vida. Casarme con Amanda me parece lo correcto. Quiero envejecer con ella, experimentar la vida con ella, y quizás incluso formar una familia algún día. Cuando se sabe, se sabe, y lo que sé es que la quiero y no quiero estar sin ella nunca.

—Hay una diferencia entre amar a alguien y conocerlo, y lanzarse al matrimonio, Nathan —dijo—. ¿Realmente has pensado en esto, o te has lanzado de lleno porque te dije que no estaba bien?

—Sé que puede ser difícil de creer, John, pero no todo gira en torno a lo que tú piensas —expliqué, con la irritación gestándose en mi vientre—. La conozco lo suficiente como para saber que quiero pasar mi vida con ella. Claro que podríamos esperar hasta que estuviéramos juntos el tiempo adecuado, pero sé con certeza que igual nos casaríamos. No quiero esperar.

—Estás cometiendo un error —dijo él de forma contundente.

—Por favor, dime por qué —dije.

—Porque no conoces a esta mujer —dijo en voz alta—. Es un gran error, y no entiendo por qué lo estás cometiendo.

—Siento que el único error que he cometido hasta ahora es confiar en ti —señalé enfadado—. Aparentemente, no te arrepientes en absoluto de cómo actuaste. No soy un niño a tu cargo. Decirme que lo sientes no niega todo lo que sigues haciendo.

—Lo sentía por sacar el tema de la forma en que lo hice, no por decirte la verdad —dijo—. Siempre te he dicho la verdad, y esta ha sido la primera vez que he tenido que pedirte disculpas. Tal vez deberías pensar en eso. Tal vez debas aclarar tu mente un poco, y mirar las cosas objetivamente. Quiero decir, ¿cómo sabes que no es una especie de cazafortunas? ¿Investigaste su historia o su pasado? ¿Realmente conoces a esta chica como crees?

—Ahí tienes, actuando con los humos subidos otra vez, asumiendo que cualquier decisión que tomara iba a ser la equivocada —indiqué—. Puedo prometerte que Amanda no es una cazafortunas. Nunca me ha hecho dudar sobre mi dinero. Mi ex me mostraba banderas rojas por todas partes. Simplemente me negué a verlas. Lo creas o no, mis ojos están más abiertos que nunca. Ella no está conmigo por mi dinero. Ella estaba interesada en mí incluso antes de saber quién era yo.

—Nathan, piénsalo por un maldito minuto —suplicó John—. Apenas conoces a esta chica. Has pasado poco tiempo con ella. No sabes en absoluto lo que busca. Creo que estás tan ciego como con tu ex, si no más. Al menos, cuando salías con ella, te informaste y al final descubriste que tenía razón. Con esta chica, ni siquiera te tomas dos segundos para escuchar una opinión externa.

—Probablemente porque la opinión externa no tiene cabida dentro de una relación —dije enfadado—. Mira, sólo vete. No quiero seguir hablando contigo de esto.

—Bien —dijo, poniéndose de pie y saliendo de mi oficina.

¿Quién demonios se creía que era? Entró en mi despacho, hablando de mi vida personal, y ni siquiera le había dado una oportunidad a Amanda. Empezaba a pensar que le gustaba verme luchar, teniendo cero fe en el hecho de que pudiera tomar mis propias decisiones. Estaba furioso en ese momento, y sabía que ya no podía depender de que John estuviera ahí para mí. Iba a tener

que tomar mis propias decisiones.

Capítulo 13

Amanda

Me tumbé en el sofá, después de haberme pasado medio día en la cama. Lo único que podía suponer era que tenía gripe. Andaba por ahí, como siempre, pero hacía mucho tiempo que no cogía nada. Tal vez ya me tocaba una enfermedad. En cualquier caso, sabía que me sentía como una mierda, y ni siquiera era capaz de retener el agua durante mucho tiempo.

Sabía que Nathan quería cuidarme todo el día, pero me alegraba de que no lo hiciera. No quería que me viera acurrucada sobre el inodoro vomitando las tripas. Seguía sintiendo unas náuseas infernales, estaba agotada y no era capaz de sentirme cómoda en mi propio cuerpo. Un minuto estaba helada y al siguiente me estaba quemando. Me había tomado la temperatura y no era mucho más alta de lo normal, lo que me sorprendió, ya que esperaba tener una fiebre muy alta por la carga viral que suponía que había entrado en mi cuerpo. Lo único que quería hacer era dormir, pero mi estómago estaba tan revuelto que no me dejaba descansar ni un par de minutos.

Justo cuando calmé mi mente de todos los pensamientos enfermizos, escuché la puerta abrirse y cerrarse. Nathan doblaba la esquina llevando un ramo de flores y una caja de ginger ale. El hombre sabía exactamente cómo llegar a mi corazón. Sonreí y le di mi mejilla mientras él se inclinaba para besarme.

—Estás caliente —señaló, sentándose en el borde de la mesa.

—Me he tomado la temperatura hace veinte minutos y sólo tengo un poco de fiebre —dije.

—Bueno, he venido para cuidarte y asegurarme de que estabas bien —dijo—. He estado preocupado por ti todo el día. Me alegra ver que te has levantado de la cama y te has ido al sofá.

—Tenía que cambiar de aires —aseguré—. Estaba mirando el ventilador dando vueltas y vueltas, y sólo me hacía sentir peor.

—¿Puedo ofrecerte algo? —preguntó, poniéndose de pie—. Voy a poner estas flores en agua y a poner tu refresco en la nevera.

—No, estoy bien —dije—. Estoy tratando de bajar el agua antes de tomar más gaseosa.

—Bien —afirmó, sonriendo—. Vuelvo enseguida.

Nathan estaba muy preocupado por mí, y aunque me sabía mal por él, apreciaba que estuviera aquí para cuidarme. Me estaba demostrando lo buen marido que iba a ser. Llevaba todo el día pensando en su propuesta de matrimonio y, normalmente, todo ese tiempo me habría hecho cambiar de opinión, pero no con Nathan. Sabía que quería casarme con él y pasar nuestro tiempo juntos disfrutando la vida. Por fin supe lo que sintió Lindsey cuando conoció a Jordan. Estaba bastante segura de que se habría casado con él al cabo de una semana si él se lo hubiera pedido.

—Estaba pensando —dije cuando volvió a entrar—. Deberíamos casarnos en el juzgado. Puedes decirme si a ti te apetece otra cosa, pero realmente no quiero una gran boda. Siempre he pensado que son exageradas y ridículas. Nos vamos a casar porque nos queremos, y quiero que se trate de nosotros.

—Me parece una idea fantástica —comentó él, sonriendo—. Yo tampoco quiero una gran boda, aunque lo haría si fuera importante para ti.

—No lo es —dije—. Lo importante para mí es estar contigo.

—Para mí también —respondió, besando mi frente—. De todos modos, no creo que nadie más entienda realmente nuestra relación. No quiero que haya gente que tenga dudas en su mente. Le quita el verdadero propósito a todo esto.

—Estoy de acuerdo, aunque todavía no se lo he dicho a nadie —apunté—. Me he estado muriendo en el sofá.

—Eres muy mona cuando te pones melodramática —dijo riéndose.

—Espera cincuenta años y veremos si todavía piensas así. —Me reí.

—Me sentiré así dentro de quinientos años —respondió—. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero —dije—. Iría al juzgado contigo esta noche y me casaría.

—Lo haría aquí y ahora mismo si pudiéramos —afirmé.

—Deberíamos —respondí, levantándome—. Deberíamos vestirnos e ir a hacerlo ahora. Quiero estar casada contigo.

—Aunque me encanta tu entusiasmo y siento lo mismo, creo que deberíamos esperar hasta que te sientas un poco mejor —aseguró con una sonrisa amable—. No queremos que vomites sobre el juez de paz en medio de la ceremonia ni nada parecido.

—Sí —dije, frotándome la barriga—. Y lamentablemente, eso sería una posibilidad real.

—Eso podría estropear nuestros planes. —Se rio—. No quiero que nuestra licencia de matrimonio huela a vómito y apeste.

—Yo tampoco. —Suspiré, volviéndome a tumbar.

Por mucho que quisiera discutir con él sobre ese punto, sabía que tenía razón. Apenas podía llegar a la cocina, y mucho menos vestirme y casarme. Sabía que podía esperar. Él no iba a ir a ninguna parte, y tampoco nuestros sentimientos por el otro.

—Quiero que me hagas una promesa —apuntó—. Si el lunes no te sientes mejor, quiero que vayas al médico. Lo digo en serio. Si no, podrías estar deshidratándote demasiado, y eso te hará enfermar más.

—Lo prometo —dije—. No quiero seguir sintiéndome así. Es absolutamente miserable.

—Lo sé —señaló, sacando su teléfono—. Lo siento, espera un segundo. ¿Qué pasa, John?

Me acosté y miré al techo mientras Nathan hablaba con John por teléfono. Parecía que estaba pasando algo, y me sentí mal porque Nathan no parecía poder tomarse un respiro estos días. Siempre había alguien encima de él que le hablaba de algo, aunque tuviera que ver con el trabajo. Sólo quería que pudiera relajarse. Colgó el teléfono y suspiró, mirándome.

—Ese era John siendo críptico como siempre —dijo—. Dice que es muy importante, así que tengo que ir. Te llamaré cuando termine con él para ver si necesitas algo.

—De acuerdo —afirmó, sonriendo—. Ten cuidado al conducir.

—Lo haré —respondió, besando mi frente.

Observé como Nathan se marchaba, pareciendo más que molesto por haber sido llamado. Me di cuenta de que tenía que contarle a Lindsey lo de la boda. Después de todo, era mi mejor amiga. Cogí el teléfono y marqué su número, acercando el teléfono a mi oído.

—Hola, chica —dije.

—Hola, ¿cómo te sientes?

—Como la muerte. —Me reí—. ¿Cómo estás tú?

—Esa es una pregunta complicada —expuse ella.

—Oh, oh. ¿Qué pasa?

—Estoy por la zona —dijo—. Me pasaré por allí.

—De acuerdo, estaré aquí en el sofá —señalé—. La puerta principal está abierta, así que entra.

Lindsey tardó unos diez minutos en llegar. Cuando atravesó la puerta principal y entró en el salón, se detuvo, haciendo una mueca con el labio. La saludé con un movimiento enfermizo y le hice un gesto para que entrara.

—Pobrecita —indicó—. Parece que te sientes fatal.

—Definitivamente he estado mejor —dije.

—Perdona que te moleste mientras estás enferma, pero realmente tengo que desahogarme —afirmó, sentándose en la silla—. Sabes que no se me da bien aguantar las cosas, y tengo que sacarlo.

—Está bien —dije—. De todos modos, estoy perdiendo la cabeza con tanta tranquilidad. ¿Es por Jordan?

—No, no es Jordan —afirmó ella—. Él es maravilloso. Es Sarah.

—Puf. —Me encogí.

—Lo sé —comentó ella—. Ella se está comportando como la más jodida mocosa sobre cada pequeña cosa que tiene que ver con la boda. No le gusta dónde está sentada, no le gusta que tenga que ir en tercer lugar por el pasillo, no le gusta el color de su ramo, y todo lo que te puedas imaginar que haya para quejarse. Me está volviendo absolutamente loca. Hoy por fin la he mandado callar y me he ido de casa de mis padres.

—Siento que tengas que lidiar con ella —dije—. Puedo contratar a un sicario si quieres. Y lo que quiero decir con contratar a un sicario es que yo lleve mi culo enfermo a su casa y le patee el trasero de arriba a abajo. Ella necesita una buena patada en el culo.

—Te lo agradezco. —Ella se rio—. Pero solo llegarías a dar tres pasos fuera y te derrumbarías.

—Puede que tengas razón —indiqué, riendo—. Tengo buenas noticias.

—Bien —dijo Lindsey—. Cuéntamelas.

—Nathan y yo vamos a casarnos en el juzgado en cuanto me sienta mejor —dije, conteniendo la respiración por la reacción.

—¿Qué? ¿Hablas en serio? ¿Ya? Quiero decir, ¿lo quieres tanto?

—Sí, claro que sí. —Me reí—. ¿Cuándo he hecho algo sin pensarlo?

—No me malinterpretes —dijo—. Quiero que seas todo lo feliz que puedas ser, pero ¿estás segura de que realmente quieres casarte? No conoces a Nathan desde hace mucho tiempo. Se aprenden muchas cosas sobre la gente cuando se pasa tiempo juntos. Quizá deberíais ir a vivir juntos primero y ver cómo funciona. No intento burlarme de ti ni hacerte creer que no te apoyo. Sólo estoy siendo el abogado del diablo. Ese es mi trabajo como tu mejor amiga.

—Déjame hacerte una pregunta —indiqué—. ¿Te pregunté eso cuando me dijiste que te ibas a casar con Jordan después de salir durante siete meses?

—No, pero siete meses es mucho más tiempo del que hace que conoces a Nathan —dijo ella.

—Mira, estoy segura de que quiero casarme con él —aseguré—. Lo supiste mucho antes de siete meses. Simplemente esperó todo ese tiempo para pedírtelo.

Podía sentir el juicio de Lindsey mientras me tumbaba en el sofá, tratando de argumentar mi versión de las cosas. Realmente quería que se alegrara por mí, que pidiera estar en el juzgado y que empezara a hablar de los bonitos trajes que podría llevar para casarme, pero eso no ocurrió.

En lugar de una charla de chicas felices, me dio un sermón sobre cómo conocer a alguien antes de lanzarse directamente al matrimonio. Era como si no entendiera que yo lo sabía. Lo dejé pasar, sabiendo que con el tiempo, Lindsey entraría en razón. Era mi mejor amiga y lo último que quería hacer era pelearme con ella. Se acercaba su propio gran día, y como ya estaba enfadada con su hermana, lo último que necesitaba era que yo me peleara con ella. Así que, en lugar de eso, cambié el tema de nuevo a Sarah. Era la primera vez que quería hablar de Sarah por encima de mi propia felicidad personal.

Después de unos veinte minutos, sentí que las náuseas volvían con fuerza y le dije a Lindsey que necesitaba cerrar los ojos. Me trajo un nuevo refresco y luego se fue. Mi corazón estaba triste por no poder compartir este momento tan especial con ella. Sabía que un día todo el mundo se daría cuenta de que Nathan y yo estábamos hechos el uno para el otro, pero por ahora, sólo tenía que ser feliz sabiendo que iba a casarme pronto con el hombre de mis sueños. Todo lo que tenía que hacer para empezar era sacudir lo que me estaba pateando el trasero.

Capítulo 14

Nathan

Era domingo por la tarde y estaba tumbado en el sofá, mirando por la ventana. No había vuelto a casa de Amanda después de quedar con John, y tampoco había hablado con ella desde entonces. La conversación me daba vueltas en la cabeza y no sabía qué pensar o decir sobre nada de eso.

Tenía muchas ganas de creer en el cuento de hadas que había creado, pero parecía que era una mierda. Cuando me había reunido con John, estaba irritado, sin querer escuchar lo que tenía que decir. Había estado con Amanda, cuidándola, y no tenía tiempo para sus tonterías. Empezó diciéndome que Amanda había empezado a estudiar la posibilidad de abrir su propia consulta en los últimos días.

En ese momento, no me pareció nada extraño, y me irritó que John actuara tan acusador cuando me lo dijo. Actuaba como si yo no supiera nada de sus sueños para el futuro. Luego continuó contándome todo sobre su situación financiera. Aparentemente, en ese momento, no tenía todos los fondos que necesitaría para poner en marcha la clínica. A mí tampoco me extrañó, ya que supuse que si tuviera los fondos, ya tendría la clínica en marcha.

Puse los ojos en blanco y suspiré, esperando que abandonara o que me dijera algo que valiera la pena escuchar. Casi desearía no haber pensado eso, porque las noticias seguían saliendo de su boca. Al parecer, Amanda había estado viviendo de un fondo fiduciario que su padre le había legado desde que sus abuelos habían fallecido. Nunca le había preguntado cómo pagaba sus facturas y, sinceramente, la pregunta ni siquiera se me pasó por la cabeza. Sin embargo, ese fondo fiduciario no era ilimitado y, o bien lo utilizó para abrir una clínica y luego se arruinó, o bien lo repartió a lo largo de los años siguientes hasta que se agotó. En ese momento se despertó mi interés, pero sólo porque aún no había compartido esa información conmigo. Era muy probable que no se le ocurriera compartirla conmigo.

Recosté la cabeza en el sofá y cerré los ojos, sintiendo que me dolía el pecho por el dolor de un inminente desamor. Quería sentarme en mi casa y no salir nunca más, sintiéndome como un idiota por no haber escuchado a John desde el principio. Estaba enfadado con él cuando fui al bar a encontrarme con él, pero al final me invitó a unos chupitos para aliviar el dolor. Me senté allí repitiendo toda la conversación en mi cabeza.

—Hay algo más que eso —dijo John en tono tranquilo—. Y quiero decir de antemano que siento haberlo hecho así, pero tenía que hacer algo antes de que te equivocaras.

—Sí, pues aún no me has dicho nada condenatorio —indicó con irritación.

—Estoy bastante seguro de que el hecho de que no pueda hacer realidad la clínica de sus sueños y de que se esté quedando sin dinero, son las razones por las que una chica misteriosa salida de la nada ha decidido casarse contigo tan rápido —dijo.

—O puede ser que me quiera como me dijo que lo hacía —indicó, dando un trago a mi cerveza.

—Vale, ¿y qué hay del hecho de que esté casada? —preguntó.

Me detuve y miré al frente, con la cerveza apenas rozando mis labios. Sacudí la cabeza, tratando de decidir si realmente me había dicho que Amanda estaba casada. Era imposible que eso fuera cierto. No podía ser cierto, ¿verdad? La había visto, me había quedado en su casa, me había presentado sin avisar, y todo parecía correcto. Ni una sola vez vi restos de otro hombre en su casa. Giré la cabeza lentamente hacia John.

—Tienes exactamente cinco segundos para explicarme exactamente cómo has llegado a esa conclusión —dije—. Y más vale que no sea un instinto visceral.

—Bueno, en primer lugar, tiene sentido si realmente lo piensas —afirmo—. No te ha hablado de sus finanzas, sólo está disponible para verte en ciertas noches, inventando excusas cuando es de improviso, y realmente no habla de ningún otro hombre que no sea el misterioso ex con el que tuvo problemas de engaño.

—Eso no apunta a que esté casada en secreto —dije—. Inténtalo de nuevo.

—Bien —comenté, deslizándolo sobre mí—. Encontré esto. Es un certificado de matrimonio con su nombre. Lo he buscado en Internet y he encontrado un sitio que dice que se casó en esa fecha y que su apellido de soltera es Adams.

Puse la mano sobre el sobre y lo abrí, sacando el trozo de papel. Era una licencia de matrimonio, o al menos lo parecía, y efectivamente, tenía su nombre. Me quedé mirando el papel durante un minuto antes de volver a mirar a John. A partir de ahí todo fue historia, un disparo tras otro, tratando de ahogar mi angustia.

Mis ojos se abrieron y miré al techo, escuchando mi teléfono sonar en la mesa, a mi lado. Miré y vi el nombre de Amanda parpadeando en la pantalla. Había estado filtrando mis llamadas desde que me fui de su casa, pero sentí que podría ser el momento adecuado para hablar con ella finalmente. Sabía que no dejaría de llamarme hasta que supiera por qué había desaparecido, y quería acabar con todo lo antes posible para poder seguir con mi vida.

—¿Hola? —respondí.

—Dios, por fin —dijo ella—. He estado muy preocupada por ti. ¿Por qué no has respondido a mis llamadas ni me has enviado ningún mensaje de texto? Pensé que ibas a volver anoche y no apareciste. Además de estar enferma por lo que sea que tengo, estaba muy nerviosa pensando que te había pasado algo.

—Encontré algo de información, Amanda —aseguré con irritación—. Necesitaba un poco de tiempo para procesarla antes de poder hablar contigo. Siento si estabas preocupada por mí. Estaré bien cuando todo esto se aclare.

—¿Todo qué?

—Mira, tenemos que hablar —dije—. Estaré allí en veinte minutos.

Colgué el teléfono antes de que pudiera responder, sabiendo que necesitaba verla cara a cara. Me dirigí a su casa y entré, encontrándola duchada y sentada en el sofá. Sus mejillas por fin tenían algo de color, así que no me sentí tan mal atacando a una persona enferma.

—¿Por qué has estado pensando en abrir tu clínica? —le pregunté—. Acabas de empezar a buscar en los últimos días.

—Hola a ti también —dijo—. Por supuesto, he estado investigando. Te dije que era lo que quería hacer desde que me gradué. Ahora mismo, vivo de un fondo fiduciario de mis abuelos, y si abro la clínica, me dejará sin dinero. He pensado que mientras esté enferma, sin hacer nada, buscaré la forma de financiarla. Ya tengo un plan de empresa completo, así que sé qué dinero hará falta. Sólo hay que decidir si dar el salto o esperar más tiempo y pensar en un plan mejor.

—Bien, entonces digamos que tomas el resto del fideicomiso que nunca me dijiste que tenías —comentó.

—No me pareció pertinente —dijo ella—. No te pregunto de dónde viene exactamente tu dinero.

—Soy dueño de una empresa —afirmé con sorna—. Tú sabes de dónde viene. De todos modos, digamos que tomas el resto del fideicomiso y lo pones en la clínica. Genial. ¿Cómo pensabas vivir? ¿Pensabas vivir de mi dinero hasta que se pusiera en marcha? Creo que eso es algo que deberías haberme dicho.

—En primer lugar, nunca, y déjame repetirlo para que lo oigas bien, nunca iba a pedirte un céntimo de tu dinero —dijo ella, enfadándose—. En segundo lugar, no era consciente de que, cuando me casara contigo, íbamos a seguir viviendo vidas separadas. Me imaginé que mi clínica sería la tuya y que todo lo que tuviéramos pasaría a ser nuestro. No sabía que te preocupaba tanto que te robara tu dinero, del que no quiero ni un céntimo, y firmaré un acuerdo prematrimonial en un santiamén para demostrártelo. No entiendo de dónde viene todo esto.

—Es tan oportuno que hayas aprovechado la oportunidad de casarte conmigo apenas unos días después de haber buscado la consulta por primera vez —aseguré—. Ni siquiera se había enfriado tu búsqueda en internet, y ya habías decidido que yo era el hombre de tus sueños.

—Um, si no recuerdo mal, estabas tan ilusionado por casarte conmigo como yo por casarme contigo —dijo—. ¿Cuándo me convertí en una mujer manipuladora para tus ojos? No sé qué te dijo John, pero esto es absolutamente ridículo. No quiero tu dinero. Si casarme contigo significa que nunca tendré mi clínica, que así sea. Lo tomaría y tiraría mis sueños por la ventana. Toda la situación fue una gran coincidencia. Me has hecho sentir preparada y cómoda para perseguir mis sueños, y por eso empecé a investigar. Pensé que tal vez, ya que creías tanto en mí, valía la pena poner mis antenas en el aire e intentar que esto despegara. Cuando me di cuenta de que se necesitaría más dinero del que tenía, dejé de buscar. Sin embargo, parece que tú no lo hiciste.

—Eso es una gilipollez —aseguré enfadado—. No puede ser que sea una coincidencia cuando se trata de tanto dinero. ¿Y qué hay de tu marido, Jack?

—¿De qué demonios estás hablando?

—Toma —dije, lanzándole el sobre—. Esta es tu licencia de matrimonio. Ya debes tener una copia.

—Nunca he estado casada —afirmé, sacando el papel del sobre—. No sé de dónde ha salido esto, pero es falso. No he estado casada en toda mi vida. Puedes llamar a mi padre, llamar al juzgado, o simplemente mirar esto y darte cuenta de que es un documento fraudulento.

—¿Cuál es tu nombre de soltera? —pregunté.

—Johnston es mi nombre de soltera, y el nombre que siempre he tenido porque nunca me he casado —dijo ella, gritando—. En nombre de Dios, ¿qué está pasando aquí? ¿Habéis perdido tú y tu mejor amigo la cabeza?

—Aparentemente, sí, porque este periódico dice que tu nombre de soltera es Adams y que te casaste con Jack Johnston hace seis años —indiqué—. Entonces, ¿qué era esa historia sobre tu ex? ¿Inventaste todo para ganarme, o también te casaste con ese imbécil? Me has estado tomando el pelo todo este tiempo. Apuesto a que sabías exactamente quién era cuando te sentaste en ese bar.

—Estás muy desquiciado ahora mismo —dijo ella, sacudiendo la cabeza con lágrimas en los ojos—. No puedo creer que esto esté sucediendo. Tú sabes quién soy.

—Aparentemente, no lo sé —apuntó en voz baja—. Se acabó.

Me di la vuelta y salí de la habitación y me fui por la puerta principal, cerrando de golpe tras de mí. No dejé que mis pies se detuvieran. Seguí adelante hasta que estuve en el coche y me dirigí a mi casa. Había sido exactamente lo que me temía, y me habían vuelto a dejar en ridículo. Mi corazón estaba roto, y la chica de mis sueños nunca existió.

Capítulo 15

Amanda

Por primera vez en mi vida, era un completo y total desastre. Nada me ayudaba a sentirme mejor. No importaba cuántos botes de helado comiera o las largas llamadas telefónicas que tuviera con mi padre, seguía sintiéndome emocional y físicamente como una mierda total. No podía creer que Nathan hubiera cambiado su opinión sobre mí de esa manera, y no tenía ni idea de dónde estaba obteniendo su información, pero estaba más que mal. Alguien estaba tratando de sabotear mi vida, llegando incluso a darle a Nathan un certificado de matrimonio falso. En cuanto a internet, encontré un sitio que decía que estaba casada, pero cuando miré más, era otra Amanda Johnston de Iowa. Ni siquiera era yo.

En cuanto a mis dolencias físicas, seguía sintiéndome fatal. Había llegado al punto de poder levantarme y ducharme todos los días, pero creo que eso se debía más a que me estaba acostumbrando a sentirme mal, no a que me sintiera mejor.

Empezaba a preocuparme por mi salud. Las gripes estomacales nunca duraban tanto, así que pedí cita con el médico y me arrastré hasta su consulta. Me hicieron todo tipo de pruebas y me dejaron sentada en la consulta sobre una tira de papel arrugada y con una bata de exploración que me agobiaba. Colgué los pies sobre el borde de la mesa y los miré, sintiéndome tan pequeña en el mundo. En momentos como este, cuando estaba enferma y asustada, se suponía que Nathan debía estar allí consolándome.

—Amanda —dijo el médico al entrar, mirando mi historial—. Creo que hemos encontrado al culpable de tus problemas estomacales.

—Oh, bien —indiqué—. ¿Qué tengo que hacer? Tomar alguna medicina y dormir un poco, espero, porque estoy agotada.

—Bueno, no es tan sencillo —dijo—. Vas a sentirte agotada durante bastante tiempo, aunque hay cosas que puedo hacer para las náuseas.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué me pasa?

—No te pasa nada. —Se rio—. Estás embarazada.

—Espera, ¿qué has dicho?

—Estás embarazada, Amanda —dijo quitándose las gafas y mirándome—. Y ahora puedo decir que esto te viene de sorpresa.

—Eh, sí — comenté—. Quiero decir, que la idea de que estuviera embarazada nunca se me pasó por la cabeza. Ni por un segundo.

— Supongo que eres sexualmente activa —dijo.

—Sí, bueno, lo era —respondí—. Rompimos.

—Tal vez deberías llamarlo —mencionó suavemente—. No tienes que pasar por todo esto sola.

—No creo que eso sea una opción —respondí, completamente aturdida—. ¿Y estás seguro de que estoy embarazada? ¿No es sólo un extraño percance con la prueba?

—Los análisis de sangre no mienten en algo así. —Sonrió—. Y por tu historial, parece que tienes una semana de retraso en tu periodo en este momento.

—Sí, sólo pensé que era por lo que fuera que tenía —dije.

—Bueno, en cierto modo lo es. —Se rio—. ¿Por qué no te recuestas y te echo un vistazo con el ecógrafo portátil? No es tan elaborada como la versión completa que te harán dentro de un mes más o menos, pero me mostrará el saco gestacional y podré decirte de cuánto estás.

Me recosté y levanté las rodillas, separándolas. Metió la mano bajo la sábana e introdujo la varita, moviéndola ligeramente hacia delante y hacia atrás. Miré la pantalla en blanco y negro, viendo cómo se movían los borrones, preguntándome cuál era el bebé. Él hizo clic y repiqueteó en las teclas, tomando medidas y mirando sus notas. Cuando terminó, me limpió y se sentó de nuevo en su silla.

—Bueno, parece que todo está perfectamente alineado —dijo—. Estás embarazada de unas cinco semanas, pero esa lectura puede cambiar a medida que el bebé crezca y podamos tomar mejores medidas.

No sabía qué pensar. Mi mente estaba en llamas. Nathan me había dejado. Se había levantado y había salido corriendo, diciendo que yo intentaba robarle el dinero. Estaba sola, sin trabajo, sin capacidad para poner en marcha mi clínica, y no estaba segura de estar preparada para nada de eso. Mi cara se puso blanca mientras estaba sentada mirando los diferentes gráficos de la pared.

—Si necesitas ayuda —comentó el médico—, o necesitas hablar con alguien, puedo derivarte.

—Gracias —afirmé con dulzura—. Sólo quiero ir a casa.

—Está bien —dijo—. En recepción tendrán alguna información para ti, y ellos fijarán tu próxima cita.

—Gracias, doctor —indiqué, sonriéndole mientras salía de la habitación.

Recogí mis cosas y me cambié de ropa, con la mente completamente en blanco. Era como si me hubiera adormecido, y nada se filtraba, ni siquiera la angustia que me asolaba. Al salir, me dieron una receta para las náuseas matutinas y fijé mis futuras citas. Me dirigí a mi coche y me subí, sentada y agarrando el volante.

No tenía ni idea de qué hacer a continuación ni de adónde ir. Pensé que mi primer paso sería llamar a Nathan y hacérselo saber. Se merecía saber que iba a ser padre. Saqué el móvil del bolso y busqué entre los números, con el dedo sobre el botón de llamada. Si seguía sintiendo lo mismo que antes, iba a pensar que esto era una estratagema para recuperarlo. En cualquier caso, tenía que decírselo, o al menos intentarlo. Era mi responsabilidad hacerlo.

Pulsé el botón de llamada y me acerqué el teléfono a la oreja, escuchando el timbre. Tras el tercer timbre, saltó el buzón de voz. Había rechazado la llamada, lo que no me sorprendió en absoluto. Pensé en dejar un mensaje de voz, pero no tenía ni idea de lo que debía decir. No podía decirle que estaba embarazada dejando un mensaje en su buzón de voz, y todo lo demás sonaría como un débil intento de que me llamara. Colgué el teléfono y lo tiré en el asiento de al lado. ¿Cuáles eran los pasos a seguir después? ¿Debía buscarlo? ¿Debía ir a su oficina para darle la noticia, o debía tomar la llamada rechazada como un rechazo a mí y al bebé? Con la forma en que actuó la última vez que lo vi, no me sorprendería que nos rechazara a los dos de todos modos.

Las lágrimas comenzaron a arder en las esquinas de mis ojos, pensando en la vida que había perdido. Nada de esto era justo, y ahora, me enfrentaba a este enorme asunto yo sola. Apoyé la cabeza en el asiento y respiré profundamente, sacudiendo la cabeza.

A la mierda.

Podía criar a este bebé yo sola, ser una madre soltera para él, y cuando tuviera la edad suficiente, podría tomar la decisión de encontrar a su padre o no. No era la situación ideal ni mucho menos, pero no abortaría. No estaba en mis planes hacer eso. Me lo había buscado, con el empuje diabólico de alguien, y ahora, tenía que apañármelas sola.

Arranqué el coche y salí del aparcamiento, con las lágrimas desbordadas y cayendo por mis mejillas. No estaba segura de qué era lo que más me molestaba: la flagrante negativa de Nathan a escucharme, el hecho de que iba a ser una madre soltera, o que toda mi vida era un completo y absoluto desastre. Lloré todo el camino hasta casa. Luego, entré y me tumbé en el sofá, sollozando contra la almohada. Tenía que ir a por mi receta, pero no podía ir a ningún sitio con ese estado de ánimo. Giré la cabeza hacia un lado y me sorbí los mocos, escuchando cómo vibraba mi teléfono sobre la mesa. Lo cogí, esperando que fuera Nathan, pero no lo era. Era Lindsey, probablemente para asegurarse de que no me había tirado desde el tejado tras la ruptura.

—Hola —dije, tratando de amortiguar mi voz temblorosa.

—Hola, cariño —respondió Lindsey—. Sólo llamaba para saber cómo estabas y ver cómo te iba.

Pensé en decírselo, en desahogarme. Si sabía que estaba embarazada, seguramente se lo diría a Jordan, y tal vez él le contaría la noticia a Nathan. Tragué con fuerza, dándome cuenta de que esa no era la respuesta en absoluto.

—Estoy bien —afirmé—. Hoy he ido al médico.

—Bien —dijo—. ¿Qué te han dicho?

Hice una pausa por un momento, tratando de decidir qué decirle. Me sentía muy sola, pero soltarle este drama a mi mejor amiga no era la solución para hacerme sentir mejor. Pensé en una mentira rápida y supuse que se lo explicaría más tarde, cuando fuera el momento adecuado.

—Tengo gripe —indiqué—. Tal y como pensaba. Me dieron algo para las náuseas y voy a ir a buscar la receta dentro de un rato.

—Me alegro mucho de que se pueda arreglar —dijo—. Realmente estaba empezando a preocuparme por ti.

—Sólo espero que no te contagiaras cuando estuviste aquí —dije, haciendo que sonara creíble—. Ya sabes cómo van estas cosas, y no quiero que te quedes en cama, perdiendo todo el trabajo y los preparativos de la boda que hemos estado haciendo.

Esta iba a ser mi tapadera por ahora, y tenía que asegurarme de que no hubiera agujeros en ella. Además, si sonaba como una incubadora de la peste, todos me dejarían en paz por un tiempo. Sólo quería estar sola, tener un poco de paz y tranquilidad para empezar a pensar en todo. Necesitaba un plan, y lo necesitaba rápido. Mi dinero nos mantendría a mí y al bebé durante un tiempo, pero después tenía que ir a trabajar y mantener a mi hijo.

—No quiero que te preocupes por eso —indiqué Lindsey—. Probablemente ya habías pasado la fase contagiosa cuando estuve allí, y si fuera a coger algo, ya lo estaría notando. Además, una pequeña gripe estomacal podría quitarme esos tres kilos de mis muslos de los que se queja el fotógrafo.

—No creo que esa sea una buena manera de hacerlo. —Me reí.

—Probablemente tengas razón, pero maldita sea, las sentadillas no están funcionando —afirmó—. Y si me como otro plato de lechuga seca, me van a salir orejas caídas y una colita hinchada. Entonces el fotógrafo tendrá realmente algo de lo que quejarse.

—Serías un conejito adorable. —Me reí falsamente.

—Lo sería —dijo ella—. Muy bien, te dejaré ir. Ve a por la receta y duerme un poco. Luego

te veré, y si necesitas algo, llámame. Puedo ir a tu casa.

—Gracias, chica —dije—. Te quiero.

—Yo también te quiero —indiqué antes de colgar.

Colgué el teléfono y apoyé la cabeza en la almohada, con la mirada perdida en la ventana. Mi vida había cambiado en cuestión de cinco minutos, y ni siquiera sabía cómo cuadrarlo en mi pequeño cerebro. Estaba conmocionada, enfadada y con todas las emociones posibles. Las lágrimas volvieron a brotar de mis ojos y cayeron sobre la almohada. Lo único que podía hacer era quedarme tumbada y llorar, dejando que las hormonas escaparan por mis conductos lagrimales. Con suerte, cuando fuera capaz de procesar las cosas de nuevo, me sentiría mejor con todo esto. Nathan me había dejado, y era obvio que no podía cambiar eso, pero ahora, tenía que seguir adelante, con o sin él.

Capítulo 16

Nathan

Era sábado por la noche y estaba en el bar con John. Él había intentado mantenerme ocupado, sacarme de mi casa y hacerme avanzar, pero yo no lo conseguía. Fui a por la bebida para quitármelo de encima un rato. Me encantaba ir a ese pub, con la música, las mujeres y el ambiente que desprendía, pero mientras estaba sentado allí con mi chupito de whisky, miré a mi alrededor con asco.

Toda esa gente estaba allí con un propósito, encontrar el amor, ya fuera para siempre o para una sola noche. Deberían despertar y darse cuenta de que el amor es algo que creamos para sentirnos mejor en nuestras vidas. El amor no era más que otra forma de infligirnos sufrimiento y dolor, teniendo el disfraz de la emoción para culpar a nuestros desengaños cuando todo se desmoronaba. Y al final siempre se desmoronaba.

El camarero se acercó y me tomé el chupito, pidiéndole con la cabeza que me lo llenara de nuevo. Se detuvo un momento, y yo señalé con la cabeza el coche aparcado delante, haciéndole saber que no iba a conducir. Se limpió las manos y me sirvió otro, mirándome con lástima mientras se alejaba. Ni siquiera intentaba ocultar lo miserable que me sentía —o lo borracho que estaba, para el caso— y estaba bastante perdido. Le había dicho a John que había llegado al pub justo antes que él, pero la verdad era que había estado allí y en otros dos lugares ese día. Empecé con un par de copas de vino en mi casa y pasé a la bebida fuerte cuando llegué al primer bar. Parecía lo único que podía hacer para dejar de sentir todas las cosas que pasaban por mi cabeza. Quería beber para sacar a Amanda de mi mente, pero no importaba cuántos tragos tomara, ella seguía allí, sonriéndome.

—Hola —dijo una voz suave a mi lado—. ¿Te importa si me siento?

—Es un país libre —afirmé, sin levantar la vista.

—Soy Misty —dijo cuando me giré y miré sus largas y sexys piernas—. Te vi por aquí y pensé en venir a saludar.

Mis ojos subieron por su cintura y se posaron en sus grandes y falsas tetas. Era el tipo de chica a la que normalmente me lanzaría para una aventura de una noche. Sabía que ella estaba buscando un marido, pero yo no buscaba nada más que el fondo de una botella de whisky. Me tomé el chupito y le lancé una sonrisa falsa antes de darme la vuelta y ver cómo el camarero volvía a llenar mi vaso.

—Misty, estás muy jodidamente buena —apunté, arrastrando un poco las palabras—. Pero vete. No me interesa.

—Jesús —dijo ella, arrugando la nariz—. Jodido borracho.

Me burlé y brindé al aire antes de dar un trago a mi bebida. Me senté pensando en lo mucho que quería hablar con Amanda. Mi mente se distrajo ligeramente cuando John se acercó y me dio una palmada en el hombro. Amaba a John por salvarme, pero al mismo tiempo lo odiaba por haberlo hecho. Tal vez estaría mejor viviendo en un sueño, casado con alguna chica que quisiera

mi dinero pero que fingiera que me quería a mí. Parecía que esa era la única forma en que iba a conseguir no estar solo.

—Hola, amigo —dijo—. ¿Cómo va todo?

—Perfecto —respondí, levantando mi chupito.

—¿Por qué ahuyentaste a esa preciosidad?

—No estoy de humor —dije—. No quiero que una perra con tetas falsas intente llevarme a casa.

—¿Por qué no? No me parece tan mal trato. —Se rio.

—No tiene sentido —refunfuñé—. De todas formas no lo entenderías.

—Es la chica casada, ¿no? —preguntó John, sentándose en la silla junto a mí—. Sigues colgado de esa chica. Amigo, esto empieza a ser realmente insano. No funcionó. Ella jugó contigo. Tienes que levantar tu mierda y seguir adelante. Estás dejando que te hunda tanto que ni siquiera puedes ver más allá de tu vaso de chupito vacío.

—Bueno, entonces, será mejor que lo llene de nuevo —dije—. Si voy a ser un ciego, más vale que lo sea con un montón de alcohol en mi cuerpo.

—No entiendo —afirmó John, sacudiendo la cabeza—. No eras así con tu ex.

—Ella no era Amanda —dije.

—También podría haber sido —se burló—. Ella te enredó al igual que lo hizo esta chica, y todo el tiempo estuvo planeando usarte por todo lo que tenías. Te mereces algo mejor que eso, tío. No puedo entender por qué estás tan obsesionado con esta chica.

—Bueno, lo estoy —dije—. Y no sé qué decirte para que lo entiendas mejor. Siento que nunca hayas conocido a una mujer que te haya hecho lo que ella me hizo a mí, antes de la revelación. Me gustaría poder coger lo que estaba en mi cabeza y dártelo. Créeme. No quiero sentirme así, pero no puedo evitarlo. Me golpea cuando me despierto por la mañana, durante todo el día, y se queda conmigo hasta que me duermo por la noche.

—Quieres decir hasta que te desmayas por la noche. —John se rio—. Te vas a beber el hígado, tío. Te estás revolcando en este montón de mierda que te ha dado la vida. Tienes que levantarte, ducharte y agarrarte por las pelotas. Esto no es propio de ti en absoluto, y si quieres seguir con la vida, tienes que hacer algo para arreglarlo.

—La quería —aseguré, volviéndome hacia él—. Como si la amara de verdad. La amé desde el primer momento en que la vi. Me encantaba su pelo, su olor, su risa, su forma de mover las caderas y todo lo demás. Me encantaban sus defectos y pensaba que la hacían más humana. Fue la única vez que me sentí completamente cómodo siendo yo mismo, encontrando a alguien que aceptaba todo de mí sin pestañear.

—Por supuesto, lo hizo —dijo—. Ella quería tus miles de millones.

—¿Qué tiene de malo usar mi dinero para abrir una clínica?

—¿Estás bromeando? —preguntó—. Es malo porque ella estaba cambiando su coño por dinero. No era mejor que una prostituta de Hollywood Boulevard, sólo que son mucho más baratas y no te mienten en la puta cara.

—Es una jodida cazafortunas mentirosa como cualquier otra mujer de este planeta —murmuré—. Yo tampoco lo vi venir. Soy un imbécil.

—No eres el primer hombre al que le pasa esto —dijo John, dando un trago a su cerveza—. Y no serás el último. Lo más importante es que te aclares y no dejes que te vuelva a pasar. Deja que se la jueguen a otro pobre imbécil. Concéntrate en el premio, y sal ahí fuera, disfruta del juego, y con el tiempo, conocerás a una mujer que te ame por ti y no porque tengas miles de millones en

la cuenta bancaria.

—Sí, claro —me burlé—. Eso siempre será un punto de venta para las mujeres. La estabilidad que da la vida cuando te casas con alguien por dinero. Es como si estas tías hubieran sido educadas para encontrar a un hombre y comprobar primero el saldo de su cuenta. No lo entiendo. ¿Qué pasó con el romanticismo de todo esto? He terminado con las mujeres, con todas ellas. Pueden ir a buscar a otro imbécil con el que ligar. Nunca confiaré en otra mujer mientras viva.

—Ya dijiste eso antes, y mira dónde estás ahora —Se rio—. Lo que necesitas es una chica bonita y dulce que te chupe la polla. Necesitas follar con alguna chica hasta que te derrumbes, y luego levantarte al día siguiente, ir al gimnasio y volver a la normalidad. Ese primer polvo después de una ruptura es siempre la cura. Ya lo sabes. Hay un montón de mujeres en este bar esta noche que te llevarían a casa y te montarían hasta que saliera el sol. Por eso te he traído aquí, tío. Aprovecha el exceso de culos que se te echan encima constantemente. No seas un puto marica.

—No, tío —dije, sacudiendo la cabeza y balanceándome en mi silla—. Te digo que no quiero tener nada que ver con ninguna de ellas nunca más. No son más que problemas, y son distracciones que no necesito en mi vida. Mírame, joder. Estoy sentado aquí como un borracho de mierda, revolcándome en la autocompasión, y todo por una puta chica.

—Ella realmente te tenía enganchado —aseguró, sacudiendo la cabeza—. Me he preguntado todo este tiempo qué clase de coño mágico tenía.

—Un puto coño supermágico —balbuceé—. Era tan apretado y tan perfecto. Pero que se joda. Ella me arruinó para todas las demás mujeres. Voy a tirar la toalla. No quiero volver a vivir así nunca más, y la única manera de asegurarme de ello es alejarme de todas ellas.

—Estás siendo un estúpido. —John se rio—. Tienes unos putos treinta y un años. Eres guapo, rico y tienes una gran personalidad. Bueno, al menos cuando no estás hasta las pelotas de whisky. Podrías conseguir a todas las mujeres que quisieras con sólo un destello de esa sonrisa tuya. No has terminado con las mujeres para siempre. Sólo por ahora. Además, ¿qué harías para pasar el tiempo sin cazar una o dos chicas conmigo?

—Oh, no lo sé —dije—. Tal vez leer un libro, hacer un viaje, o hacer cualquier otra cosa que no sea estar apostado en esta mierda, mirando este mar de idiotas.

—Hombre, cálmate —afirmó John, agachando ligeramente la cabeza.

—No, vete a la mierda —balbuceé, levantándome de la silla y casi derribándola—. Lo has arruinado todo con tu puto complejo de Sherlock Holmes. No quiero a ninguna de estas estúpidas zorras. Quiero a Amanda. Ella me rompió el puto corazón, amigo.

—De acuerdo —dijo John, poniendo su mano en mi pecho—. Cálmate, hermano. Todo el mundo te está mirando.

—Me importan una mierda —aseguré, mirando las caras que me miraban—. Váyanse a la mierda. Me voy de aquí.

Tiré un par de billetes de cien sobre la barra para asegurarme de que el camarero estaba atendido y me metí la cartera de nuevo en el bolsillo. Negué con la cabeza a John mientras daba un último trago y me tambaleaba hacia la puerta, levantando la mano y agarrándome del marco de la puerta. El portero me cogió por debajo del brazo y me ayudó a salir.

—¿Necesita un taxi, señor Robertson? —preguntó.

—No —dije, dando una palmadita en el pecho del hombre grande—. Ese es mi coche, justo ahí.

Subí al coche y el conductor me miró por el espejo retrovisor. Le dije que me llevara a casa y

apreté la frente contra el frío cristal. El mundo daba vueltas a mi alrededor, y lo único que podía oír era la voz de Amanda riéndose de fondo. Cuando llegamos a casa, el conductor me ayudó a subir a la acera y le dije que podía seguir desde allí. Llegué a la puerta principal y me incliné sobre la barandilla, arrojando el contenido de mi estómago a los arbustos.

La casa estaba silenciosa y vacía, y apenas podía poner un pie delante del otro. Necesitaba desmayarme y volver a empezar al día siguiente. Llegué a mi cama y caí de bruces sobre la almohada, todavía con la ropa puesta. Estaba acabado.

Capítulo 17

Amanda

Había conseguido salir de mi depresión el tiempo justo para ducharme, peinarme y estar algo presentable para pasar el día. Estaba con Lindsey en la prueba de su vestido de novia para que se asegurara de que todo estaba perfecto antes de llevárselo a casa. Mientras ella estaba en el probador, yo estaba sentada en los sillones con la mirada perdida, pensando en la boda en el juzgado que casi tuve con Nathan. Iba a ser totalmente perfecta, y planeaba llevar un bonito traje de época como Carrie de Sexo en Nueva York. Había buscado en Internet y había encontrado un par de opciones que me encantaban, pero ahora, ya no tenía sentido. Estaba atrapada en ese páramo de desamor, cargando con un secreto que me estaba pateando el culo tanto física como mentalmente.

Mi atención fue atraída de nuevo a la sala cuando escuché el arrastre de las capas de tul procedentes de la parte trasera. Lindsey salió con el aspecto de esa novia perfecta que se ve en todas las revistas. Su rostro brillaba de emoción mientras se subía al pedestal y se miraba en el espejo. Acababa de recibir el vestido después de los arreglos y le quedaba como un guante. Un guante muy caro, de quince mil dólares. Se dio la vuelta y me miró, con una gran sonrisa.

—¿Qué te parece?

—Estás preciosa —dije con una sonrisa—. Los arreglos son perfectos, y definitivamente tenías razón al quitar ese lazo de la espalda. Hacía que tu culo pareciera grande.

—Lo sé, ¿verdad? —Se rio—. Estoy tan contenta de que todo esté encajando tan perfectamente. Me preocupaba mucho que mi vestido no quedara bien.

Me quedé mirando las capas de tul que salían de la parte inferior del ajustado vestido. Mi cabeza empezó a sentirse ligera, y pude sentir cómo toda la sangre se escapaba de mi cara. Mi estómago empezó a revolverse como si alguien hubiera pulsado un botón.

—¿Amanda? ¿Estás bien?

Miré a Lindsey con confusión antes de saltar de mi silla y correr por la habitación hacia el baño. Abrí la puerta de golpe y caí de rodillas, alcanzando el inodoro justo a tiempo. Me lancé, sin importarme una mierda que la puerta estuviera abierta o que Lindsey pudiera verme. Cuando terminé, me agaché y me limpié la boca con papel higiénico. Respiré con fuerza, sintiendo que las lágrimas de mis ojos llorosos rodaban por mis mejillas. Al parecer, la medicina no era tan infalible como esperaba.

—Lo siento, ¿podría darnos un momento? —Lindsey se acercó a la puerta del baño y se agachó con su enorme vestido—. ¿Sigues enferma, cariño? Podrías habérmelo dicho y habría venido por mi cuenta. Realmente no es gran cosa.

—Dios —dije, suspirando—. No tengo la gripe. La verdad es que estoy embarazada. Sólo que no quería decírtelo ahora porque tienes muchas cosas que hacer.

—Dios mío —indicó ella—. ¿Deberías habérmelo dicho enseguida! ¿Has llamado a Nathan?

—Sí —dije, sintiendo que las emociones empezaban a aparecer de nuevo—. Pero se niega a responder a mis llamadas o mensajes. No tiene ni idea de que estoy embarazada. Probablemente me diría que estoy tratando de acorralarlo con un bebé, de todos modos. Tiene todas estas nociones locas sobre mí, y simplemente no lo entiendo. Cree que estaba buscando la información sobre la clínica para poder robarle su dinero para seguir mis sueños. Luego me lanzó este documento obviamente falso, y por alguna razón, cree que estoy jodidamente casada.

—Eso es ridículo —afirmó Lindsey, sacudiendo la cabeza—. Nunca has estado casada. ¿De dónde sacaría una idea tan loca como esa? Quiero decir, debería ser fácil demostrar que está equivocado, ¿no?.

—Se podría pensar que sí, pero no importaba lo que dijera, se negaba a aceptar nada de eso —dije, poniéndome de pie.

Lindsey no podía creer los detalles de todo. Me los había guardado, sabiendo que la molestaría cuando le dijera que habíamos roto. Ella pensó que era una locura igual que yo. Me cogió de la mano y me acompañó de nuevo a la zona principal.

—No entiendo cómo puede creer que estás casada —aseguró Lindsey, sacudiendo la cabeza y mirando hacia arriba cuando se abrió la puerta.

Gemí, mirando a Sarah que entraba brincando por la puerta. Había escuchado la última parte de la conversación y una extraña sonrisa se dibujó en su rostro. Se acercó y besó a Lindsey en la mejilla, girándose y mirándome.

—¿Estás casada? —preguntó Sarah.

—No, no estoy casada —me burlé—. Y no es que sea de tu incumbencia.

Me giré y me dirigí hacia la ventana, tratando de ignorarla. Sabía que me había dicho a mí misma que me haría la simpática por el bien de Lindsey, pero en ese momento no me quedaba ninguna contención en el cuerpo. Estaba agotada por todo lo que estaba pasando, y la última persona con la que quería conversar sobre mis problemas era Sarah, que ya encontraba demasiado placer en mi dolor.

—Qué gracioso —dijo con sorna.

—Ya basta, Sarah —indicó Lindsey mientras se quitaba el vestido—. No sé qué tiene de gracioso.

—¿Hablas en serio? —preguntó ella, sonriendo—. ¿Alguien cree que Amanda está casada? Eso es un poco gracioso, ¿no crees? Quiero decir, si realmente te tomas un momento y consideras lo fácil que sería demostrar que es un error. Los hombres pueden ser muy testarudos a veces, pero si quieres hacerles creer algo, les tienes que pinchar donde más les duele.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Lindsey, mirando hacia mí—. No sé de dónde sacas todo esto.

—Oh, es sencillo —dijo Sarah mientras me daba la vuelta para mirarla—. Te robé un tío, y no fue difícil hacerlo. Se moría de ganas de irse, y ahora, he conseguido que el segundo rompa contigo.

—¿De qué estás hablando? —pregunté, la ira comenzaba a apoderarse de mi cuerpo—. Ni siquiera conoces a Nathan.

—Puede que no conozca a Nathan, pero su mejor amigo John es un pelele para una rubia con tetas grandes. —Se rio—. Todo encajó perfectamente cuando empezaste a salir con su mejor amigo. Fue como si el universo enviara este pequeño paquete perfectamente envuelto para mí.

—Sarah, ¿qué hiciste? —Lindsey caminó hacia su hermana.

—Conocí a un tipo que con un poco de convencimiento, ya sabes lo que quiero decir,

conseguí que me creara un documento de matrimonio falso —se rio—. Jake Johnson estaba sonando de fondo cuando me lo follaba, así que hice que el novio se llamara Jake Johnston. Bonito, ¿verdad? Luego, simplemente se lo entregué en mano a John, poniendo mi cara más preocupada y explicándole lo que había encontrado. El idiota mordió el anzuelo enseguida.

Me quedé con la boca abierta y me paralicé, sin poder hablar ni moverme. La ira que me recorría se convirtió en rabia y las lágrimas empezaron a caer por mis mejillas. Miré a Sarah, que estaba de pie, riéndose para sí misma, todavía hablando de lo fácil que era sabotear toda mi vida. Ella era la razón por la que Nathan no me hablaba. Ella era la razón por la que me enfrentaba a una vida de madre soltera. Ella era la razón por la que mi hijo nunca conocería a su padre. No podía creer que alguien pudiera ser tan malvado en sus intenciones.

—¿Qué te he hecho? —le grité—. No me merezco esto.

—Eres una perra presumida que me robó a mi hermana —dijo—. No te mereces un hombre como Nathan porque no eres más que una perra asquerosa.

—Sarah —afirmó Lindsey con la voz entrecortada, acercándose a ella y agarrándola por los hombros—. ¿Cómo has podido hacer algo así? No te han educado para ser así. No puedo creerte. Amanda es una mujer increíble con un gran corazón, y tú te has desvivido por arruinar su vida.

—Ese es el problema —dijo Sarah—. Siempre te pones de su lado. Tú tampoco te mereces la vida que tienes, pero no te voy a tocar. Tengo algo de moral. Que sepas que eres tan repugnante como ella.

Me quedé mirando a Lindsey, que estaba mirando a su hermana a la cara. Antes de que pudiera hablar, ella había hecho una bola con el puño, se echó hacia atrás y le dio un puñetazo a Sarah en la cara. Me tapé la boca y miré por encima mientras las señoras del frente susurraban.

—Ya no eres bienvenida en mi boda —aseguró Lindsey—. Ahora lárgate, zorra.

—Señoras —gritó la dependienta—. Van a tener que irse todas.

—Por supuesto —dijo Lindsey, enderezándose—. Mis disculpas. Déjeme vestirme y le pagaré el vestido.

Sarah vio cómo Lindsey se marchaba a la parte de atrás para vestirse mientras las otras mujeres se apresuraban a recoger su vestido y nos miraban fijamente. Cuando Lindsey desapareció al doblar la esquina, Sarah se limpió la sangre del borde del labio y me miró enfadada. Crucé los brazos sobre el pecho y me mantuve firme.

—Vas a pagar por esto —afirmó enfadada antes de salir furiosa.

Lindsey volvió y me cogió de la mano, tirando de mí, aturdida, hacia el mostrador. Pagó el vestido y los arreglos, añadiendo un veinte por ciento por las molestias que había causado. Cogió el vestido y me sacó de la tienda. No pude decir ni una palabra. Estaba demasiado aturdida para hablar.

Esperamos a un lado de la calle hasta que su chófer se detuvo, cogió el vestido y nos ayudó a entrar en el coche. En cuanto se cerraron las puertas, rompí a llorar, sin saber qué más hacer. Lindsey cogió la caja de pañuelos y me los pasó, soltando un profundo suspiro y sacudiendo la cabeza.

—Lo siento mucho, Amanda —dijo—. No te mereces nada de esto.

—Siento mucho haber arruinado tu boda —apuntó, sollozando—. Tuviste que echar a tu propia hermana de ella.

—No te disculpes por eso —dijo, acercándose a mí—. Eso es culpa suya. Ella es la que consiguió que la echaran de la boda.

—La golpeaste en la cara —grité.

—Sí, lo hice —dijo con orgullo—. Y me sentó muy bien.

—¿De verdad? —Lloré y la miré—. Fue bastante brutal, y estoy celosa de no haber podido hacerlo yo.

Solté una leve risita, respirando profundamente y apoyando la cabeza en el asiento. Lindsey también se rio y se quedó sentada hasta que el coche volvió a quedar en silencio. Todo lo que me había dicho Nathan tenía ahora mucho sentido. Si no hubiera conseguido ese documento de matrimonio falso, no habría parecido nada extraño que estuviera investigando sobre mi clínica. Nada habría parecido fuera de lo normal si no fuera por Sarah y su boca. De todas las personas que hay en el mundo para que John se tirara, tenía que elegir a la perra más loca de Los Ángeles.

—Voy a arreglar esto —aseguró Lindsey—. Ahora sabemos la verdad. Sabemos por qué pudo pensar todas estas cosas. Voy a hablar con él y explicarle lo que pasó.

—No sé si te escuchará a estas alturas —dije.

—Tendrá que escucharme —aseveró ella con orgullo—. No voy a dejar que la vida de mi mejor amiga, y la de su hijo, se arruine por completo por culpa de una perra malvada. Confía en mí. Todo se solucionará.

Realmente esperaba que tuviera razón.

Capítulo 18

Nathan

Los viernes ya no me resultaban tan atractivos como antes. Ya no era un día en el que me sentía relajado y listo para empezar el fin de semana. Ya no era un día que me emocionaba porque iba a pasar el fin de semana con la mujer que amaba. Era un día más, uno que significaba que las tiendas de licores estarían reabastecidas, y que podría recoger mi whisky favorito antes de ir a casa y ahogarme en mi salón.

Después de todo lo ocurrido en el pub, pensé que era mejor que me quedara en casa, solo, bebiendo en paz y tranquilidad. Estaba cansado de escuchar la voz de John tratando de sacarme de la depresión en la que yo me encontraba perfectamente. Él no lo entendía. Había terminado con las mujeres, y las marcas que Amanda había dejado se quedarían allí para siempre. Me recosté en la silla por un momento y luego salí disparado hacia adelante, sobresaltado cuando la puerta se abrió de golpe. Mi secretaria perseguía a Lindsey hasta la habitación.

—Sr. Robertson, intenté detenerla, pero no aceptó un no por respuesta —dijo mi secretaria.

—Está bien —respondí—. Gracias.

Mi secretaria miró mal a Lindsey y cerró la puerta tras ella mientras salía de la habitación. Miré a Lindsey, que estaba de pie, sin aliento, arreglándose la ropa. Tenía un aspecto perfecto, como siempre, y me pregunté qué demonios estaba haciendo en mi despacho. Me alegré de que no estuviera en medio de una reunión o conferencia telefónica con algún cliente importante. Le indiqué la silla, pero Lindsey negó con la cabeza. Me senté en la silla y cogí el bolígrafo, haciéndolo girar entre mis dedos.

—Lindsey —dije—. ¿Te has perdido? El despacho de Jordan está tres puertas más allá.

—No estoy perdida —aseguró ella.

—Bien, entonces ¿qué puedo hacer por ti hoy?

Respiró hondo y soltó el aire lentamente, evidentemente, ordenando sus pensamientos. Sabía que esto iba a ser sobre Amanda, y aunque realmente no quería hablar de ella, tenía una ligera curiosidad por saber por qué Lindsey se había colado en la oficina. Rodeó la silla y se llevó las manos a la cabeza.

—La has cagado de verdad —dijo—. Estás completamente equivocado con respecto a Amanda, y no tienes ni idea del daño que has hecho.

—Lindsey —comenté, suspirando—. Aprecio tu apelación en nombre de Amanda, pero lo que pasó es entre ella y yo. Estoy seguro de que estás tratando de ayudar, y eso es bueno y todo, pero no necesitamos que otros se entrometan en esto.

—¿Como John? —preguntó ella.

—John sólo me transmitió información importante —dije con irritación—. Era lo mismo que habrías hecho tú si estuvieras en su lugar.

—Tal vez —aseguró ella—. Pero primero me habría asegurado de que lo que le contaba era la verdad, no de coger una historia ridícula de alguien con quien me estaba acostando.

—¿De qué estás hablando? —pregunté, poniendo los ojos en blanco—. Obtuvo esa información de alguien en quien confía.

—No debería confiar en ella —dijo Lindsey.

—¿Te importaría hablarme claro? —pregunté—. Todas tus adivinanzas están empezando a hacer que me duela la cabeza.

—Fue Sarah, mi hermana pequeña —afirmó—. Se está acostando con John. Ella es la razón de que todo esto haya sucedido.

—Realmente no veo cómo una chica pueda ser la razón que esté detrás de todo esto —dije con indiferencia—. Ella no obligó a Amanda a casarse. Ella no obligó a Amanda a mentirme, ni a ir a mis espaldas, ni a hacer ninguna de las cosas que hizo. Estoy seguro de que Sarah es un blanco muy fácil, aunque no entiendo tu papel en todo esto, pero eso no excusa el engaño de Amanda.

Tenía que admitir que me sorprendió un poco escuchar el nombre de Sarah una vez más. No sabía que John se acostaba con ella, si es que lo hacía. De todos modos, nada de lo que Sarah le hizo al ex de Amanda tenía que ver con que Amanda estuviera casada y tratara de engañarme para que me casara con ella. Estaba empezando a irritarme y mi paciencia se estaba agotando. Estaba escuchando a Lindsey porque era la prometida de Jordan, pero esa era la única razón. De lo contrario, habría hecho que la escoltaran fuera del edificio en cuanto cruzó la puerta de mi oficina. Esta vez Amanda se estaba pasando de la raya, y yo estaba cansado de los juegos.

—Mi hermana es la razón por la que rompiste con Amanda —insistió Lindsey.

—Sé lo que hizo Sarah —comenté—. Se acostó con el ex de Amanda a propósito. Amanda me contó toda la triste historia cuando estábamos saliendo. Una vez conocí a Sarah cuando estábamos en un restaurante. Hizo algún comentario sarcástico a Amanda y la hizo enfadar. Aunque ahora, estoy pensando que esas lágrimas podrían haber sido parte del espectáculo.

La escena del parque comenzó a reproducirse en mi mente. Ella parecía realmente molesta, y ese había sido el momento exacto en que me enamoré aún más de ella, pensando que era la mujer con la que iba a pasar mi vida. Había sido una treta, y ni siquiera me sorprendería que Sarah formara parte del gigantesco plan para conseguir mi dinero. O tal vez las había engañado tanto como a mí.

—No —dijo Lindsey—. No lo entiendes. Ella es la razón por la que toda esta situación actual está ocurriendo. Ella es la persona que está detrás, y no se puede confiar en ella. Toda mi vida, Sarah ha estado celosa de Amanda. Siempre ha hecho cosas para tratar de evitar que sea feliz. Esta vez, ella realmente fue más allá. Tienes que escucharme. Esto no es lo que crees que es. A John también le están tomando el pelo. ¿No te importa que una mujer lo esté usando para su propio plan enfermizo?

—En primer lugar, todavía no tengo ni idea de lo que estás hablando —afirmé—. En segundo lugar, no es sorprendente si lo que dices sobre una mujer que utiliza a un hombre es cierto. Parece que no queda ni una sola mujer decente, sin ánimo de ofender. Estoy seguro de que amas de verdad a Jordan, pero eso te convertiría en la excepción.

—Eres un hombre muy obstinado —indicó Lindsey, sentándose en la silla—. Escucha, Sarah se estaba tirando a John antes de que conocieras a Amanda. Cuando empezaste a salir con ella, Sarah vio la oportunidad de seguir torturando a mi mejor amiga. Se tiró a un tipo y le hizo crear un documento de matrimonio falso. Luego fue a ver a John, actuando como si estuviera muy preocupada por ti, su mejor amigo. Ella le dio el documento y le mostró la licencia de matrimonio de una mujer en internet. La mujer resultó tener el mismo nombre que Amanda, pero

tiene como cuarenta y seis años y vive en Iowa. A partir de ahí, John tenía su «prueba» y, por supuesto, todo lo que vino después parecía sospechoso. Conozco a Amanda de toda la vida, y si estuviera casada lo sabría.

—Vaya —dije, riendo y aplaudiendo—. Es una historia muy elaborada. ¿Te lo ha contado ella, o tú también estás metida en esto? ¿Qué ganas con eso? Debe de querer mucho mi dinero.

Sacudí la cabeza y crucé los brazos delante de mí, todavía riéndome para mis adentros. Si no estuviera siendo un engreído por toda la situación, no podría ocultar lo mucho que me estaba destrozando toda esta conversación. ¿Por qué no podía dejarme en paz? ¿Por qué no podía entender que la habían pillado en una mentira y pasar al siguiente pobre imbécil al que pensaba estafar? El corazón se me partía en el pecho, y lo único que pude hacer para disimularlo en ese momento fue reírme.

—No estoy bromeando, y no soy parte de ningún plan —indicó Lindsey con rabia—. Nunca he estado lejos de Amanda más de un par de semanas. No está casada y nunca lo ha estado. De hecho, la única vez que escuché la palabra matrimonio de su boca fue cuando me dijo que vosotros dos os ibais a casar. Nunca la había visto más feliz que en ese momento. Ella realmente te ama, y no es un plan o una broma. Sarah es la razón por la que tu vida y la de ella están siendo completamente arruinadas. No sé qué tengo que hacer para demostrártelo.

—Eso es todo, ¿no?

—¿Qué?

—Tengo montañas de pruebas contundentes que demuestran que lo que dice John es realmente un hecho —dije—. Vienes irrumpiendo en mi oficina, a toda velocidad, soltando una historia ridícula sobre la injuria vengativa de tu hermanita, haciendo todo lo posible para arruinar la vida de Amanda sin ninguna buena razón, y no tienes ni una pizca de pruebas contundentes. No sé qué quieres que diga.

—Tienes que despertar de una puta vez —gritó—. Realmente vas a perderla para siempre.

—Ya la he perdido —dije—. De hecho, nunca la he tenido. Nunca ha sido mía porque pertenece a otra persona.

—Ella no pertenece a nadie, ni lo hará nunca, no importa con quién se case —espetó Lindsey.

—Ya sabes lo que quiero decir —indicó con una sonrisa de satisfacción—. No puedes perder algo que nunca obtuviste primero.

—Estás cometiendo un gran error —dijo ella, recogiendo su bolso y volviéndose hacia la puerta—. Nunca ha habido nadie más en este mundo para Amanda. Incluso antes de conocerte, te amaba.

Salió del despacho y mi cara empezó a decaer. Podía sentir el dolor que me recorría el pecho, pensando en Amanda y en el amor que creía que teníamos. Me levanté y me dirigí al bar, sirviéndome un gran vaso de whisky y poniéndolo sobre el escritorio. Me dirigí a la puerta y asomé la cabeza.

—Necesito que canceles todo lo que hay en mi agenda hoy —le dije a mi secretaria—. No quiero que me molesten bajo ninguna circunstancia, y no hay excepciones. El edificio podría estar ardiendo a mi alrededor, pero tú deja la puerta cerrada y el interfono apagado. Diablos, dile a la gente que me fui a casa lo que queda de día para que no te molesten, si eso ayuda. Ni John, ni Jordan, ni nadie más. ¿Entiendes?

—Sí, señor —dijo ella, mirándome con preocupación.

—Gracias —respondí, cerrando con llave la puerta del despacho.

Me senté y empecé a beber, pensando en lo que había dicho Lindsey y en todo lo que había

pasado con Amanda. Ella había venido y lo había hecho, al igual que John, plantando esa pequeña semilla de duda en mi mente. Nunca había oído hablar de que John se hubiera tirado a Sarah, y si se hubiera acostado con ella más de una vez, estaba seguro de que me lo habría contado. John no era el tipo de hombre que cubría su territorio dos veces, lo que me hizo creer que toda la historia era un montón de mierda.

Me senté de nuevo en mi silla y me bebí el vaso de whisky, mirando el fondo del vaso. Estaba completamente deprimido y podía sentir que me acercaba cada vez más a un colapso total. Todo aquello por lo que había trabajado y construido no significaba nada para mí en ese momento. Lo único que me importaba era la botella llena de whisky que había en la estantería. Me levanté y cogí la botella antes de acomodarme en la silla junto a las ventanas. Aquel día bebí hasta desmayarme, y me desmayé en la silla de mi despacho, intentando olvidar. Definitivamente, no era mi mejor momento.

Capítulo 19

Amanda

Sólo quedaban dos semanas para la boda y, por suerte, Lindsey se había asegurado de que todos sus contratos de modelo terminaran en ese momento. Estuvimos corriendo de un lado a otro, tratando de hacer los recados de última hora que había que hacer. Nos reunimos con el DJ para aprobar la lista de canciones, con la banda, para hablar de lo que iban a tocar, y con el violinista que tocaría la música cuando ella llegara al altar. Le enseñé a Lindsey la decoración de la mesa que había elegido para ella, y fuimos al lugar de celebración para dar un último paseo por la sala, imaginando el aspecto que tendría durante la recepción. Estaba agotada, caminando dos pasos detrás de ella en todo momento. Podía recordar una época en la que la dejaba atrás, pero con mi cuerpo enloquecido por este embarazo, sentía que podía echarme una siesta cada cinco segundos.

Cuando terminamos en el local, nos subimos a la parte trasera de la limusina y nos sentamos, ambas apoyando los pies. Todavía teníamos que ir a casa de los padres de Jordan y hablar de la cena de ensayo durante un almuerzo tardío, pero en ese momento, las dos estábamos despatarradas en el coche. Lindsey parecía estresada, y yo odiaba no poder hacer más para ayudarla. Al menos, las dos sabíamos que en dos semanas todo habría terminado, y ella estaría disfrutando de ser una nueva esposa, y se iría de luna de miel. Jordan había preparado la luna de miel para darle una sorpresa, y eso me hizo pensar en cómo a Nathan le gustaba hacer cosas para sorprenderme. Mi corazón seguía doliendo cada vez que pensaba en él.

—Sabes que fui a ver a Nathan —aseguró Lindsey, observando mi cara al otro lado del coche.

—¿Lo hiciste? ¿Qué dijo?

—No me escuchaba —dijo ella—. Me enfadé y me frustré mucho con él, estoy casi segura de que estuvo a punto de echarme. Pero me fui antes de llegar a ese punto. Supuse que no quedaría bien para Jordan que su futura esposa agrediera a su jefe.

—Oh, Dios —afirmé—. Debe haber estado cabreado.

—Es el hombre más terco que he conocido —dijo ella—. Era obvio que se sentía miserable sin ti. Parecía que no había dormido en años. Estaba encerrado en su despacho, con la barba medio crecida y la corbata medio desabrochada.

—Pensaba que ya estaría de fiesta —aseguró con una mueca—. Ya sabes cómo son los chicos cuando pasan por una ruptura. Encuentran a la primera chica a la que se pueden tirar y la utilizan para superar a la chica que les rompió el corazón. No puedo creer que ni siquiera atienda a razones. Sabe lo de Sarah. Le dije lo que ella hizo en el pasado.

—Sí, bueno, este asunto lo tiene tan metido en la cabeza que no puede pensar con claridad —dijo ella—. Me acusó de estar en una especie de plan para robar su dinero. Me sentí un poco ofendida, ya que tengo mi propia cuenta bancaria, pero lo dejé pasar, sabiendo que sólo estaba herido. Además, el lugar olía a alcohol, y estoy bastante segura de que estaba borracho.

—¿Borracho? ¿En mitad del día en su oficina?

—Había una gran botella de whisky detrás de él en la barra, y olía a alcohol —afirmó ella, encogiéndose de hombros—. Por supuesto, podría haber sido una borrachera de la noche anterior. Jordan me dijo que había estado bebiendo mucho. Al parecer, una noche se peleó con John en un pub, gritando a todo el bar antes de salir a trompicones hacia su coche. Me dijo que John no lo ha visto salir desde entonces, pero que sigue viniendo al trabajo con un aspecto horrible y oliendo como un chico de fraternidad todos los días, así que suponen que está bebiendo en casa.

—John debería estar ahí para él —dije enfadada—. Si creen que se está haciendo esto a sí mismo, entonces ¿por qué John no lo detiene? Se preocupó lo suficiente como para arruinar su relación conmigo, pero no lo suficiente como para evitar que se arruine a sí mismo.

Estaba realmente preocupada por Nathan. Sabía que si estaba bebiendo todos los días y con ese aspecto en la oficina, entonces realmente estaba en aprietos. No tenía a nadie con quien hablar y, por lo que parecía, no quería hablar con su mejor amigo, John. Intenté no enfadarme con John. Fue coaccionado por esa perra, y sólo trataba de proteger a su mejor amigo. Aun así, debería estar haciendo de equipo de limpieza y poniendo a Nathan en pie.

—¿Has hablado con Sarah?

—Diablos, no —dijo Lindsey—. Esa perra puede besar mi trasero. Puede que seamos hermanas, pero eso no me obliga a actuar de forma agradable. La trataré como a cualquier otra perra loca que intente hacer una mierda como la que hizo.

—¿Crees que intentará presentarse a la boda, aunque le hayas dicho que no lo haga?

—Puede que lo intente, pero ninguno de nosotros se enterará —aseguró ella—. Les conté a mis padres todo lo que hizo, justo después de golpearla. Quería que supieran lo que había pasado antes de que ella fuera y contara sus pequeñas mentiras. Todos sabemos que estaba enferma de pequeña, y eso hizo que mis padres la mimaran mucho, pero ya es hora de que empiece a enfrentarse a las consecuencias de las cosas que hace. Mis padres tampoco quieren hablar con ella, así que han contratado a los de seguridad para que se pongan delante y la intercepten si intenta entrar.

—Vaya, eso es fuerte —dije con una sonrisa de satisfacción—. Siento que esté haciendo todas esas cosas. Sé que debe ser duro para ti y tus padres. Sé que no he hecho nada para que se sienta así conmigo, pero no puedo evitar sentirme ligeramente responsable de todo lo que está pasando. Debería haberte dejado al margen hasta después de la boda. Entonces, cuando estuvieras de vuelta y relajada, podría habértelo contado.

—¿Estás loca? —preguntó ella—. Entonces habría sido completamente ajena a la desviación de mi hermana. ¿Y si intentaba acostarse con Jordan o algo así? Acabaría matándola, y sabes que nunca sobreviviría en la cárcel. Terminaría siendo la mascota de alguien y maquillando a todos. Sólo pensar en comer puré de patatas instantáneo todos los días me mantiene en el camino recto.

—Eres muy tonta. —Me reí, sintiendo lo agradable que era reírse de verdad otra vez—. ¿Crees que Nathan vendrá a la boda?

—No lo sé —dijo Lindsey, encogiéndose de hombros—. Me tomé la libertad de alejar su asiento del tuyo, por si acaso. Así no te sentirías incómoda y él no se emborracharía y te diría algo desagradable.

—Gracias. —Suspiré—. Realmente me gustaría que fuera diferente. Aunque me siga odiando, me gustaría que no estuviera tan enfadado conmigo. Yo no lo hice, pero en su mente, soy una buscadora de oro mentirosa y tramposa. Me rompe el corazón imaginar que piensa tan mal de mí.

—Lo sé, cariño —dijo Lindsey, inclinándose hacia delante—. Pero tienes que dejar eso atrás.

Tienes que dar un paso atrás y recordar que tienes algo grande en tu vida. Todo este estrés y esta ansiedad no son buenos para ti, ni para el bebé. Sé que es más fácil decirlo que hacerlo, pero tal vez sea hora de que pienses en seguir adelante. Podríamos preparar un nuevo plan para ti en el futuro y conseguir que te entusiasme ser madre, porque sé que a mí me entusiasma ser tía, y empezar a refrescar un poco tu vida.

—Quizá cuando vuelvas de tu luna de miel podamos sentarnos y hacer todo eso —dije con una sonrisa.

—Bien —respondió ella, mirando hacia afuera mientras nos acercábamos a la casa de los padres de Jordan—. ¿Estás lista?

—Claro —dije con una sonrisa.

Después de la comida, terminamos todas las otras pequeñas cosas que teníamos que hacer y nos reunimos con Jordan para cenar. Me senté en silencio, viendo a los dos reír y hablar de sus días. Casi había olvidado lo que era ser tan feliz y estar tan enamorado. Cuando terminó la cena, me dejaron en mi casa, ambos me dieron grandes abrazos antes de que entrara en casa. Dejé mi bolsa junto a la puerta principal y arrastré mi cuerpo cansado hasta las escaleras. Me desvestí en silencio, preparé la ropa para el día siguiente y me metí en la cama. Me tapé con las sábanas y apoyé la cabeza en la almohada, dejando que mi cuerpo se relajara por completo. Con esa relajación se rompió la contención, derramando lágrimas por mis ojos y por mis mejillas. Me llevé las manos a la cara y sollocé, dejando salir toda la angustia contenida que había guardado durante todo el día.

Estaba tan alterada que ni siquiera podía respirar profundamente para calmarme. La visión de Nathan torturándose, bebiendo hasta desmayarse, despertando y haciéndolo de nuevo, me perseguía. Lo hacía porque pensaba que yo había hecho algo terrible. Sabía que no era mi culpa, sabía que era inocente, pero eso no me facilitaba las cosas. Me sentía culpable por haberle hecho sentir así, por no haber luchado más para hacerle ver la verdad. Sarah había arruinado todo en mi vida, y me sentía como si estuviera repitiendo momentos del pasado de nuevo. Tenía algo que era maravilloso y emocionante, y ella me lo arrancó de las manos. De lo que no se daba cuenta era de que, mientras obtenía la satisfacción de hacerme daño, en el fondo estaba haciendo daño a otras dos personas.

Nathan estaba angustiado, incapaz de superar lo que había sucedido. Ella le había arruinado por completo y me había echado toda la culpa a mí. Nunca superaría esta traición y nunca tendría la alegría de conocer a su hijo. Nos apartaría a los demás mientras viviéramos. Estaba segura de ello. Mi hijo, que crecía con fuerza en mi vientre, llegaría a un mundo lleno de amor, pero en el que faltaría su padre, algo que nunca podría sustituir. Había destruido la vida de tres personas, y no tenía ningún remordimiento por ello.

Mis lágrimas brotaban cada vez más rápido, y me senté en la cama tratando de recuperar el aliento. Las hormonas de mi embarazo no me estaban facilitando nada esto. Sabía que me estaban clavando aún más la estaca en el corazón. Sin embargo, Lindsey tenía razón. Necesitaba encontrar la paz en mi propia vida. Necesitaba mantener la calma y superar todo esto porque ahora era responsable de la vida de otro ser humano. No era bueno que me alterara tanto por nada, y sabía que le estaba causando todo tipo de estrés al bebé.

Me acerqué y cogí el agua de la mesita de noche y tomé un trago, con la respiración agitada en la garganta. Tragué con fuerza y me apoyé en el cabecero de la cama, cerrando los ojos. No había nada que pudiera hacer para evitar lo que estaba sucediendo, y tenía que recomponerme si quería volver a sentirme normal.

Capítulo 20

Nathan

Levanté los pies del suelo y los apoyé en la silla que tenía delante. Me senté y di un largo trago a mi cerveza, jugueteando con el vaso que acababa de vaciar. Estaba en el *Regency Hyatt* con John, Jordan y algunos otros compañeros de trabajo, celebrando una despedida de soltero para Jordan. Los chicos se lo estaban pasando en grande y nadie me molestaba, lo cual era perfecto. Por supuesto, intentaba hacer algo bueno por Jordan y demostrarle que no le guardaba rencor por la irrupción de su futura esposa en mi oficina, pero también tenía una intención oculta. Era una excusa para beber, no es que necesitara una excusa en estos días, pero al menos no me sentía culpable al hacerlo en una habitación llena de chicos borrachos que se estaban divirtiendo mucho. Nunca entendí las despedidas de soltero. Eran una excusa para hacer cosas que podías hacer en cualquier momento, pero te sentías cohibido de hacerlas.

Esta fiesta, sin embargo, se estaba volviendo bastante salvaje. Me había asegurado de reservar el ático para que ninguno de los otros huéspedes fueran molestados. También quería asegurarme de que ninguno de los chicos se mezclara, completamente borracho, entre el público en general. Por el estruendo de la música y el hecho de que dos de los chicos llevaban la corbata alrededor de la cabeza y no llevaban camisa, había hecho una muy buena elección. Encargué el catering y compré más alcohol del que podríamos beber durante cinco fiestas como esa. Los chicos estaban tan emocionados que apenas trabajaron en la oficina durante el día.

—Hola, guapo —dijo una de las strippers, acercándose a mí—. ¿Por qué no te unes a la fiesta?

—No me interesa, cariño, esos tipos son los que tienes que entretener, para eso te estoy pagando —dije, dando un trago a mi cerveza.

Había contratado a media docena de strippers para que corrieran sin ropa y jugaran con los chicos. Jordan se estaba portando bien, lo que me hacía pensar que aún quedaba un tipo decente en el planeta. Tenía cero interés en las chicas que podía encontrar cualquier noche en el bar local. Me contentaba con sentarme y beber, no me sentía mejor que antes, pero al menos no estaba solo. Había derrochado en una botella vintage de mi whisky favorito, y descubrí que un lugar cómodo para sentarse, un cubo de hielo y mi botella de whisky era todo lo que necesitaba en el mundo. John sabía que era difícil para mí, sentado allí celebrando la felicidad de otra persona, pero también sabía que no debía presionarme. Sólo se alegró de que saliera con ellos, mostrándole a mi pálida piel algún tipo de iluminación diferente a la de mi salón.

Asentí con la cabeza cuando John me miró, dejando la lata de nata montada con la que se burlaba de las strippers y acercándose a mí. Le serví un trago de mi whisky y se lo di. Tomó un trago y cerró los ojos, saboreando el sabor.

—Hiciste todo lo posible. —Se rio—. Esto es algo realmente bueno.

—Lo sé, ¿verdad?

—Entonces, ¿dónde has estado últimamente? —preguntó—. Todos hemos estado

preocupados por ti. ¿Qué te ha pasado últimamente?

Vi a las chicas bailar alrededor de Jordan, riéndose de su cara. Tomé un trago de mi whisky y pensé cómo responder a esa pregunta. No necesitaba otro sermón suyo, pero sentía que no podía escapar de él. Me giré y le miré, dándome cuenta de que me estaba mirando fijamente y esperando una respuesta.

—Creo que sabes la respuesta a eso, John —dije con una sonrisa falsa.

—¿Hablas en serio? ¿Todavía estás destrozado por esa chica? Realmente pensamos que les había pasado algo a tus padres o algo así.

—No, están bien —aseguré—. Realmente sentí una conexión con Amanda. No es algo que se pueda apagar sin más. No importa cuántas botellas de whisky beba o a cuántas mujeres me folle, no es que me haya follado a ninguna, pero aun así, no importa. Ella sigue estando ahí en mi mente. Ojalá hubieras vivido algo así en algún momento para que pudieras entender de dónde vengo.

Los dos levantamos la vista mientras las chicas animaban y reían. Jordan finalmente había cedido, poniéndose de pie en la silla y dejando que las chicas bailaran alrededor de él. Me reí y levanté mi vaso hacia él, viéndolo sacudir la cabeza y poner los ojos en blanco.

—Es un buen tipo —dije—. Y también tiene una gran chica.

—¿Lindsey?

—Sí —afirmé, mirando hacia él.

—Es una buena chica —dijo—. De hecho me he enrollado con su hermana Sarah unas cuantas veces. Es una salvaje. Ella es la única razón por la que descubrí a Amanda desde el principio. Tenía algunas cosas realmente desagradables que decir sobre ella. Fue entonces cuando supe que estarías mejor sin ella.

—Espera, ¿te acostaste con Sarah?

—Sí, es un encanto, realmente quería cuidar de ti porque eres mi mejor amigo —dijo—. Tendré que presentártela algún día.

—No te molestes, por desgracia he tenido el placer de conocerla —dije poniéndome de pie y cogiendo mi abrigo.

—¿Qué significa eso?

—No conoces a esa chica en absoluto —comenté, señalándole—. Créeme. Ella no es lo que parece. Tío, sabía que tenía que haberte preguntado de dónde habías sacado esa información. Soy un maldito idiota.

—Problema o no, ella me dio ese documento de matrimonio —dijo, encogiéndose de hombros.

Me aparté de él, terminando mi bebida, con una sensación de malestar instalándose en mi estómago. Toda esta gran historia sobre las mentiras de Amanda estaba girando en torno a Sarah. No podía creer lo que acababa de decirme. Podría haber jurado que Lindsey no sabía de qué estaba hablando. Había echado de mi vida a Amanda, la mujer de mis sueños, y posiblemente todo había sido para nada. Podría haber sido la víctima de los retorcidos planes de esta chica, y yo lo empeoré al no creerla.

—Oye, ¿a dónde vas? —preguntó John.

—Ya he tenido suficiente de esta fiesta —afirmé—. Las llaves están en el mostrador. La habitación está reservada hasta mañana por si os quedáis. Asegúrate de que no se rompa nada.

Me di la vuelta y me dirigí hacia la puerta, pasando a hurtadillas entre los chicos y cerrándola tras de mí. El silencio del pasillo era relajante, y me quedé allí un segundo, buscando mi

teléfono. Quería llamar a Amanda, para saber si todo lo que Lindsey había dicho era verdad, pero no me atrevía a hacerlo. Volví a meter el teléfono en el bolsillo y subí al ascensor. Todo apuntaba a Sarah, mirara por donde mirara, pero seguía sin saber a quién creer. Tenía ese documento, pero Lindsey tenía razón. Parecía totalmente falsificado cuando lo escudriñé. Mi cerebro trató de desechar esas coincidencias, pero seguía sin poder quitarme de encima la sensación de que me habían engañado de alguna manera.

Salí del ascensor y me dirigí a uno de los coches que esperaban fuera. Pensé en ello durante todo el camino a casa, dándome cuenta de que estaba más borracho de lo que pensaba. Tal vez fue bueno que no la llamara. No sonaría muy convincente arrastrando las palabras. Cuando llegué a casa, dejé mis cosas junto a la puerta y fui al dormitorio. Me desnudé y encendí la ducha, pues necesitaba quitarme el olor a cigarro y a prostituta de la ropa.

Mis pensamientos pasaron rápidamente de las strippers desnudas a Amanda y a lo sexy que era su cuerpo. Era real, hasta la pequeña marca de nacimiento en forma de estrella que tenía en la parte baja de la espalda. El sexo que tuvimos fue de otro mundo. Dejé que el agua caliente rodara por mis tensos músculos mientras me inclinaba hacia delante y cerraba los ojos.

En mi mente, estaba en la cama con Amanda, pasando mis dedos por su espalda, sintiendo su suave piel en las yemas de mis dedos. Bajé la mano hasta mi polla y me agarré con fuerza a mi erección, ya dura por imaginarme a Amanda allí conmigo. Volví al dormitorio en mi mente, volviendo a ver el cuerpo de Amanda.

Ella me miró desde la cama, pasando su mano por mi estómago y agarrándose a mi polla. Le sonreí y me agaché, dejando que me sacudiera la polla por un momento. Su pequeña mano palpitaba contra mi pene mientras lo subía y bajaba, mordiéndose el labio inferior. Se inclinó hacia delante y pasó sus labios por la punta, sonriéndome antes de abrir la boca y hundir sus cálidos labios por el eje, hasta la base. Gemí con fuerza, sintiendo que chupaba con fuerza mientras empezaba a mover la cabeza hacia arriba y hacia abajo. Subí mi mano y empujé ligeramente su cabeza, sujetándola por un momento antes de ver cómo se deslizaba de nuevo hacia arriba. Me miró con los ojos llorosos, y yo me vine abajo, necesitando sentir su coño envuelto en mi polla.

La agarré por la cara y le levanté la cabeza antes de empujarla hacia la cama. Ella soltó una risita mientras rebotaba en el colchón, con sus perfectas tetas sacudiéndose por todas partes. Me imaginé arrastrándome hacia ella mientras separaba las piernas, dejando al descubierto su hermoso y rosado coño. Le pasé los dedos por el vientre y le metí dos, viéndola lamerse el labio inferior y gemir de placer. Le metí los dedos con fuerza y rapidez allí mismo, queriendo ponerla a tono, queriendo que su coño estuviera bien mojado cuando la follara a fondo. Cuando la llevé al punto en que me rogaba por mi polla, saqué mis dedos y se los metí en la boca, sintiendo cómo lamía sus jugos de mi mano.

Agarré mi polla y me moví hacia delante, deslizándola a través de sus pliegues y luego empujando profundamente y con fuerza, sintiendo cómo mi polla la llenaba. Ella arqueó la espalda y gritó, con el cuerpo tenso por la expectación. La agarré por las caderas y empecé a empujar, follándola profunda, lenta y constantemente. A medida que sus gemidos aumentaban, también lo hacía mi ritmo, y en poco tiempo la estaba penetrando con tanta fuerza que la cama se golpeaba contra la pared. Ella movía la cabeza de un lado a otro, gimiendo y riendo de placer. Me incliné hacia delante y seguí follando con ella, empujando y sacando con fuerza. Mis manos se deslizaron hacia las suyas y ella me miró profundamente a los ojos, con la boca abierta mientras respiraba con dificultad. Mis manos se aferraron más a su cintura mientras empujaba

más, metiéndola hasta el fondo y volviéndolo a hacer.

—Voy a correrme —gimió, haciendo estallar el fuego dentro de mí.

Empujé mis caderas más rápido, nuestros cuerpos chocando el uno con el otro. Ella levantó la mano y me agarró los hombros, arqueando el pecho y echando la cabeza hacia atrás mientras todo su cuerpo empezaba a temblar. Sentí cómo su coño palpitaba y se tensaba en torno a mi polla, y cuando sus jugos estallaron en torno a mi vástago, gemí y me corrí con fuerza dentro de ella.

Abrí los ojos mientras mi semilla caliente salía a chorros de mi miembro rojo y palpitante, cayendo en la bañera y lavándose con el agua. Estaba de vuelta en mi propia casa, y Amanda no aparecía por ningún lado.

Capítulo 21

Amanda

Lindsey bajó por la calle vestida con un vestido largo y rosa, una diadema y un fajín en el que se leía «Novia». Ya estaba brindando con el champán en la limusina. Sonreí y me reí viendo cómo rodeaba a sus primas con los brazos y hablaba emocionada de casarse con Jordan. Estaba celosa. No podía evitarlo. Cada vez que pensaba en la boda, pensaba en Nathan y en la oportunidad que había perdido. Estaba sola, embarazada y con el corazón roto, lo que decidí que era una de las peores combinaciones que se le podrían haber ocurrido a alguien. Todo el tiempo que pensé que el universo me estaba dando señales, en realidad estaba jugando conmigo. Pero tuve que dejar de pensar en ello, estaba en la despedida de soltera de Lindsey.

Sólo faltaba una semana para la boda, y como Jordan se iba a su despedida de soltero del trabajo, o así lo llamaba él, estábamos de fiesta con Lindsey. Todo el mundo a mi alrededor se estaba emborrachando, especialmente la novia, pero yo estaba sentada sin emborracharme. Se suponía que las noches como esta debían ser un alboroto, beber mucho y volverse salvaje. Desgraciadamente, con el bebé en el vientre, no podía darme el gusto, lo que no servía más que para darme cuenta de que mis tiempos salvajes estaban llegando a su fin. Odiaba ser egoísta, pero era increíblemente deprimente saber que me estaba convirtiendo en una madre aburrida mientras todos los demás vivían su vida felizmente.

Una vez que estuvimos en el bar, Lindsey levantó su copa en alto y brindó por su próxima boda. Todo el mundo en el lugar vitoreó, y yo me senté de nuevo en mi silla, sacudiendo la cabeza y riendo. Se merecía soltarse, sobre todo después de haber trabajado desde los dieciséis años y haber pasado por el estrés de planear una boda monstruosa. Yo, por el contrario, estaba agotada como siempre, y podía sentir cómo mis pantalones se ajustaban a mi cintura. Realmente esperaba que mi vestido de dama de honor me quedara bien. De lo contrario, iba a tener que comprar un chal para tapar mi barriga, lo que sería tan revelador como si simplemente luciera la barriga redonda que acabaría teniendo. Sin embargo, esperaba que llegara más pronto que tarde.

Miré hacia abajo y me encontré revolviendo mi vaso lleno de zumo de naranja y refresco. Era un hábito que no había abandonado, pero estaba bien. De todos modos, me lo bebía para que las chicas no me molestaran. No quería que la gente supiera que no estaba bebiendo. Levantaría demasiadas sospechas, sobre todo porque conocía a la mayoría de estas chicas de toda la vida, y ellas sabían que de todas nosotras yo era la que más bebía.

—Esto es muy divertido —dijo una de sus primas, acercándose a trompicones—. ¡Salud!

Levanté mi vaso en el aire y golpeé el suyo, sonriendo mientras tomaba un trago. No era muy frecuente que estuviera sobria mientras todos los demás estaban borrachos, y me pregunté si actuaba así cuando estaba intoxicada. Quizá era bueno que me obligaran a dejar de beber. Así se reduciría mi vergüenza al mínimo. Lindsey se bajó de la silla y se arrastró hacia mí, poniendo cara de agotamiento. Se sentó en la silla junto a mí y me apretó la pierna.

—Esto es muy divertido —aseguró—. Gracias por organizarlo.

—Por supuesto —dije—. Siento no poder ponerme salvaje contigo.

—Sí, ¿qué estás bebiendo?

—Zum de naranja y sprite —susurré.

—Buen toque —indicó ella, acercando su vaso al mío.

—Bueno, ¿cómo te sientes? —preguntó—. No me he fijado en ti para nada esta noche. Quiero decir, ¿te encuentras mejor con tu estómago y todo eso? No tengo muchas ganas de que esto ocurra cuando Jordan quiera formar una familia.

—Honestamente, todavía me siento mal —dije.

—Oh, no —hizo un puchero—. ¿Cuándo se supone que todo mejorará?

—En dieciocho años —aseguré, riendo.

—Eso ha sido una broma terrible, de persona mayor —dijo ella, estallando en risas—. No me digas que ya te estás convirtiendo en una persona mayor.

—No —suspiré—. Sólo una persona perdida en la vida, tratando de darle sentido a todo. El médico dijo que debería empezar a sentirme mejor en el segundo trimestre.

—Para eso no falta mucho —dijo—. Entonces podremos empezar a dar paseos y a hacer que te levantes y te muevas. Espero que para entonces te sientas mejor. Si no, voy a tener una charla con ese bebé. Tiene que darte un pequeño respiro.

—Es la venganza por todo el estrés que le he puesto en las últimas semanas —afirmé.

—¿Sigues vomitando?

—Dios, sí —dije—. Las náuseas matutinas, que por cierto tienen un nombre falso, parecen empeorar cada día. La medicación sólo funciona a veces, y ahora, me encuentro mal aleatoriamente durante todo el día. Tengo miedo de ir al supermercado porque estoy demasiado lejos del baño.

—Podrías haberte quedado en casa esta noche —comentó—. Lo habría entendido.

—No pasa nada. Mi médico me dijo que duplicara la dosis esta noche para poder pasar la noche. —Me reí.

—Tal vez levantarse y hacer algo de yoga o salir a caminar ayude —dijo—. El ejercicio es como una cura para mí. Cuando estoy enferma, salgo a correr, aunque tenga que arrastrarme fuera de la cama para hacerlo. Para cuando vuelvo y me ducho, ya he sudado la enfermedad.

—No creo que pueda sacarme el bebé sudando —aseguré riendo—. Tal vez cuando esté llegando a mi fecha de parto, pero definitivamente no ahora. El médico me tiene en régimen de trabajo ligero hasta que llegue a mi segundo trimestre. No quiere que haga nada extenuante.

—Podríamos conseguirte uno de esos *buggies* motorizados para pasear. —Se rio.

—No te rías —dije—. Estoy bastante agotada desde que sale el sol hasta que se pone. Puede que te suba al *buggy*. Puedes ir en la parte de atrás y hacer de copiloto.

—Eso sería increíble. —Se rio—. Aterrorizaríamos esta ciudad, una milla por hora sin parar.

—Mi concentración está completamente arruinada —aseguró—. El otro día intenté leer y acabé teniendo un sueño diurno que se convirtió en un sueño real cuando me quedé dormida en la mesa de la cocina. También puse mis llaves en el congelador y mi bolso en la estantería de la despensa el otro día. Tardé una eternidad en encontrar las llaves. Me sentí como una idiota al encontrarlas metidas entre los guisantes.

—Mi abuela solía hacer eso, pero tenía demencia —dijo Lindsay, riéndose.

—Me siento así —aseguré—. Y no hablemos de emociones. Ahora mismo soy como la reina de las emociones. Lloro por todo, y cuando vale la pena llorar, sollozo. A veces, ni siquiera puedo recuperar el aliento, estoy muy alterada. Esta noche me senté en la cocina, preocupada

porque la gente se iba a enterar de que estaba embarazada del tipo que me acababa de dejar, y lloré a mares. A veces siento que me estoy volviendo loca.

—Está bien —dijo ella—. Llorar es bueno para ti. Nunca llorabas cuando crecíamos. Estás sacando todas las lágrimas acumuladas de tu sistema.

—No creo que funcione así. —Me reí.

—¿Recuerdas la vez que te caíste del árbol y te rompiste el brazo? —preguntó Lindsey—. No derramaste ni una lágrima. El de emergencias pensó que estabas en shock.

—Me envolvió en esa manta térmica y sudaba como un cerdo —Me reí.

—Dijiste: «Disculpe, señor, pero me estoy friendo como el tocino aquí dentro» —dijo, riendo histéricamente.

—Dios —dije, riendo—. Echo de menos ser una niña. La vida era mucho más sencilla. Incluso mi vida. No tenía que preocuparme por chicos estúpidos o corazones rotos. Sólo me preocupaba por levantarte y ponerte en marcha durante el día porque dormías como un maldito tronco.

—Todavía lo hago —Ella soltó una risita—. Roncando y todo eso. Si mis fans supieran lo horrible que es dormir a mi lado, ninguno querría acostarse conmigo.

—Aun así lo harían. —Me reí.

—Lo siento —dijo Lindsey, apoyando su cabeza en mi hombro—. No he estado ahí para ti como debería. Me necesitas ahora mismo, y yo estoy en «La La land», bebiendo, de fiesta y trabajando.

—Y siendo una prometida y planeando una boda —afirmé—. Soy yo la que debería disculparse. Siento que me quedo justo antes de la línea de meta, dejándote para barrer los pedazos.

—Ves, por eso no te merezco como amiga —comentó.

—¿De qué estás hablando?

—Eres tan desinteresada —respondió ella—. Estás pasando por un infierno ahora mismo, y todo lo que puedes pensar es en estar ahí para mí porque me voy a casar. Todo lo que puedo pensar es en lo mucho que quiero comer mi pastel de boda.

—En tu defensa, esa cosa era increíble —dije—. He estado soñando con comer esa cosa, incluso cuando me siento como el culo. En la boda, voy a robar una capa entera y tomármela en la parte de atrás.

—Soy una amiga tan terrible —aseguró, empezando a llorar.

—No, no lo eres —dije—. Eres la mejor amiga. Me proteges, irrumpes en los despachos de los multimillonarios y les dices lo que piensas, y siempre me das los mejores consejos.

—Pero estás embarazada y sola —se lamentó—. Me necesitas más que yo a ti.

—Te quiero —afirmé, sintiendo que las hormonas empezaban a hacer efecto—. Nos turnamos para necesitarnos.

—Y es tu turno, y se me ha caído la pelota —dijo, secándose las lágrimas—. La he dejado caer justo en un torbellino de planes de boda, restregándote mi felicidad en la cara mientras mi hermana destroza tu final feliz. Ojalá estuviera aquí ahora mismo. Le daría una patada en el culo en la maldita calle.

Me reí entre lágrimas y me senté, rodeando a Lindsey con el brazo. Ella apoyó su cabeza en mi pecho y lloró, sorbiendo su bebida entre sollozos. Parecíamos absolutamente locas sentadas en medio del bar, teniendo completos colapsos emocionales. Esta chica significaba el mundo para mí, y nunca podría enfadarme o disgustarme con ella. A veces me ponía verde de envidia,

ya que ella tenía la vida perfecta, al menos desde donde yo estaba sentada, pero nunca podría disgustarla.

Varias personas pasaron por allí, mirándonos como si estuviéramos locas. Cogí una servilleta de la mesa y se la di a Lindsey. Ella se sentó y se secó los ojos, moqueando mientras me miraba.

—Tenemos que recomponernos —dije—. La gente nos está mirando.

—Oh, que se jodan. —Se rio—. Sólo están celosos porque no te tienen como su mejor amiga.

—Estás llorando porque estás borracha. —Me reí—. Y yo estoy llorando porque mis hormonas me atacan como un ejército. Somos un completo y total desastre.

—Sí, pero no querría ser un desastre con nadie más que contigo —dijo.

—Y con Jordan —señalé.

—No, lo dejaría por mi mejor amiga en cualquier momento —dijo, abrazándome.

— Por alguna razón, creo que eso es una mentira, pero voy a fingir que es la verdad —afirmé, riendo—. Algún día nos pondremos de acuerdo.

—Pronto —dijo, señalándome y aclarando su llanto—. Ahora mismo, sin embargo, tengo que tomarme unos chupitos y tú tienes que pensar en cosas buenas.

Asentí con la cabeza y la vi salir disparada hacia la barra. Era un desastre, pero no sabía cómo habría sobrevivido a todo sin ella.

Capítulo 22

Nathan

Llevaba oyendo hablar de la despedida de soltero desde el día siguiente a la fiesta. Recibí una llamada de los chicos para informarme de que habían llevado a la stripper desmayada al ascensor normal y habían limpiado los restos de la fiesta. Agradecí su intento de salvar las apariencias, pero estaba bastante seguro de que el hotel sabría exactamente de dónde había salido la stripper desmayada. Sin embargo, me alegré de haber terminado con eso, y no podía esperar a que todo el asunto de la boda acabara. Justo cuando pensaba eso, Jordan apareció en mi puerta, sonriendo.

—Hola, tío —le dije.

—Hola —respondió él.

No había tenido ocasión de hablar con Jordan desde la despedida de soltero. Había oído historias sobre un concurso de baile que hizo y sobre el hecho de que se negaba a que las strippers hicieran algo más que bailar alrededor de él, pero había intentado evitar hablar con él en persona. Los chicos eran geniales, pero él estaba enamorado, y el amor me revolvió el estómago en ese momento. Sólo quería sentirme mejor, pero sabía que eso requeriría mucho más alcohol.

—No he tenido la oportunidad de hablar contigo desde el viernes —señaló—. Quería pasarme por aquí y darte las gracias por organizar la fiesta. Mi padrino estaba desanimado por no poder estar aquí para hacerlo. Te lo agradezco de verdad.

—¿Dónde está tu padrino?

—Oh, él juega al béisbol en los *Dodgers* —dijo—. No pudo dejar la liga para venir a la fiesta. Iba a organizar una cuando llegara, pero Lindsey se empeñó en que no tuviera resaca en la boda.

—Comprensible. —Me reí.

—Eso sí, fue una explosión —afirmó—. No me he divertido tanto en mi vida.

—Me alegro mucho de que te divirtieras —dije, riendo—. Realmente no fue para tanto. Quería asegurarme de que tuvieras una última salida. Las strippers fueron añadidas en el último momento cuando John me lo pidió. Iba a hacer una noche de chicos.

—Nunca he estado rodeado de strippers. —Se rio—. Definitivamente eran interesantes. Fue una suerte que hubiera tanto alcohol para nosotros. Definitivamente necesitaba soltarme para acostumbrarme.

—Las strippers siempre hacen que la gente se sienta así. —Me reí—. Eran un poco exageradas para mi gusto, pero ese consolador con correa en la frente era definitivamente interesante. Creo que nunca podré borrar esa imagen de mi cerebro.

—Sí —dijo, haciendo una mueca de dolor—. Esa fue probablemente la parte más aterradora antes de que te fueras. Después de irte, se volvió demasiado extraño para mí. Me alegré cuando se desmayaron.

—¿Fue entonces cuando empezó el concurso de baile? —pregunté.

—Mierda —soltó, frotándose la cara—. Sí.

—Siempre podemos hacer otra fiesta si te divertiste tanto. —Me reí.

—No, no —aseguró Jordan, riendo—. Creo que es suficiente para el resto de mi vida. Si John se casa alguna vez, no participaré en su despedida de soltero.

—Probablemente sea una buena elección. —Me reí.

—Oye, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro, tío, ¿qué pasa?

—Sé que han pasado muchas cosas en tu vida últimamente —dijo, bajando la voz—. Sólo quería asegurarme de que estabas bien. Lindsey me contó lo que pasó, y no voy a añadir mi opinión personal a esto, pero quiero que sepas que estoy aquí si alguna vez quieres hablar o simplemente sentarte a beber.

—Gracias, tío —dije, estirándome—. Definitivamente han sido tiempos difíciles. Aprecio el hecho de que te hayas dado cuenta. Definitivamente te tomaré la palabra en lo de la bebida, aunque no soy muy hablador.

—¿Pero estás seguro de que estás bien? —preguntó.

No estaba seguro de por qué me presionaba tanto. Sabía que me veía hecho una mierda, pero había empezado a convertirme en un depresivo funcional, engañando a la gente para que pensara que estaba bien. Tal vez no era tan hábil como creía.

—Sí —afirmé—. Estoy realmente bien. Lo prometo.

Se quedó parado durante un minuto, como si estuviera peleando consigo mismo por algo. Me senté pacientemente, sabiendo que tenía las mejores intenciones. Realmente esperaba que no estuviera a punto de hablarme de Amanda. Lo último que necesitaba era volver a empezar esa conversación. Cuando pensé que estaba a punto de irse, se detuvo y señaló en mi escritorio una botella de whisky abierta y medio vacía. Suspiré y la miré por un segundo, dándome cuenta de que esa cosa se había convertido en un elemento básico de mi existencia últimamente. Me aclaré la garganta y me levanté, tapando la botella y llevándola al bar. Me quedé allí un segundo, sin saber qué decir. Si era honesto y le decía que estaba bebiendo hasta el cansancio, me presionaría aún más para que tuviera esa charla con él. No quería hablar. Sólo quería que todos me dejaran en paz.

—Traje el resto de la botella de whisky que compré para la fiesta y llené el recipiente — dije, tratando de quitarle importancia—. No quería que se desperdiciara, y a veces, a los accionistas les gusta tomar un trago después de nuestras reuniones.

—Claro —respondió, pareciendo que me creía a medias—. Estoy seguro de que estarán encantados de tenerlo. Es un buen material.

—¿Quieres un trago? —le pregunté.

—No —aseguró—. Gracias. Probablemente me quedará dormido en mi escritorio si lo hago.

—Sí, yo también estoy bastante cansado hoy —afirmé, volviendo a la silla.

—Ah, y Lindsey quería que me asegurara de que todavía ibas a venir a la boda —dijo—. Hemos cambiado la disposición de los asientos para evitar cualquier cosa incómoda. No sería lo mismo sin ti. Nos conocemos de toda la vida.

—Nos conocemos media vida, ¿verdad?

—Desde aquel evento durante la universidad —comentó—. Supe que tendrías éxito desde la primera vez que te conocí.

—Y yo sabía que tú nos ayudarías a conseguirlo —dije con una sonrisa—. Aunque me alegro de que hayas decidido superar esa fase de cuadros que atravesaste. Estoy bastante seguro de que Lindsey no habría pasado de una cita si hubieras llevado esa terrible corbata que no dejabas de lado.

—La tela escocesa estaba de moda —comentó.

—No, los cuadros escoceses nunca estuvieron de moda. —Me reí—. Pero en cuanto a tu boda, por supuesto, estaré allí. No me la perdería por nada del mundo.

—Genial —dijo—. Muy bien, te dejaré volver al trabajo.

Asentí con la cabeza y sonreí mientras se alejaba, pensando ya en las excusas que podría poner para no asistir a la boda. Por desgracia, estaba tan cerca del novio que haría falta una neumonía o una estancia en el hospital para que me perdonaran por faltar. Podría fingir una caída y tener que ser atendido de inmediato, pero sabía que John me llamaría la atención en un santiamén. Él a veces era un imbécil. La realidad era que no quería ver a Amanda. Eso no era cierto. Realmente quería ver a Amanda, que era exactamente la razón por la que no debía estar allí con ella. La echaba de menos más de lo que podía expresar, y aunque seguía sintiendo que había cometido un error, esa molesta vocecita en el fondo de mi cabeza seguía poniendo otra semilla de duda en mi mente. Todavía existía la posibilidad de que John diera en el clavo con todo lo que me había dicho, y que ella realmente hubiera ido detrás de mí por mi dinero.

Podía recordar las mariposas que solía tener, esperando en su puerta. Me emocionaba y me ponía nervioso al verla, pero en cuanto la tenía delante, todo eso se desvanecía y me sentía más cómodo que nunca. Esta vez, estaba nervioso, pero no era por verla. Era por no querer dejarla ir. Estaba nervioso por si me volvía a enamorar de ella, o por si me emborrachaba y decía cosas que no quería decir. No sabía si el control era algo que iba a poder ejercer, y no quería montar una escena en la boda de Jordan.

Lo único que sabía con certeza era que el banquete iba a tener barra libre. Me apoyaría en el taburete y me limitaría a beber hasta que terminara el evento. Eso podría alejar mi atención de Amanda durante un tiempo, pero sabía que no era un plan infalible. Sabía que iba a tener que enfrentarme a ella en la boda, y probablemente también a Sarah. Me pregunté cómo de incómodo sería eso. Tal vez me animaría a preguntarle a Sarah sobre lo que le había dicho a John, aunque dudaba que me dijera la verdad si era una persona tan manipuladora. Lo que realmente tenía que hacer era dejar de ser un cobarde y llamar a Amanda. Necesitaba hablar con ella de todas las cosas y averiguar si lo que Lindsey me había contado era la pura verdad. Ni siquiera sabía en ese momento si ella aceptaría una llamada mía. Había dejado más que claro que la quería fuera de mi vida. Probablemente me colgaría, y eso era lo último que necesitaba en mi vida.

Todo era siempre tan jodidamente complicado. No entendía por qué la gente no podía ser sincera con los demás. Mientras estaba sentado contemplando el papel de Sarah con atención, John asomó la cabeza por la puerta.

—Hola, amigo —dijo.

—Hola —respondí, haciéndole un gesto para que entrara—. Tengo una pregunta.

—¿Qué pasa?

—¿Va a venir Sarah a la boda?

—En realidad la llamé ayer para saber exactamente eso —dijo—. Pensé que ella sería una buena cita para el evento. Dijo que se había metido en una especie de pelea enorme con Amanda y su hermana. Dijo que su hermana le dio un puñetazo en la boca y que ahora la ha alejado de la familia.

—Vaya, ¿por qué?

—Dijo que estaban enfadadas con ella por contarme la verdad sobre Amanda —aseguró.

—¿Por qué Lindsey la golpearía en la cara por decir la verdad? Es su propia hermana pequeña.

—No lo sé, tío —afirmó él, frunciendo las cejas—. ¿Por qué quieres saberlo, de todos modos?

—Pensé en hablar con ella sobre lo que te dijo —dije.

—Tío, en serio, tienes que superar esta mierda —comentó, poniéndose de pie—. Ya es suficiente. Tienes que ponerte las pilas y dejar de beber tanto, o vas a arruinar la empresa y todo lo que nos ha costado tanto conseguir. No quiero ser duro, pero creo que todo ha llegado a un punto en el que alguien tiene que decirte cómo son las cosas.

—Sabes, tal vez tengas razón —señalé, poniéndome de pie y cogiendo mi chaqueta—. No, en realidad, tienes que ocuparte de tus malditos asuntos y largarte.

—Como quieras —dijo, dándose la vuelta y saliendo de la habitación.

Sacudí la cabeza y suspiré, dando una patada al cubo de basura vacío que había junto a mi mesa. Salí de la oficina y le dije a mi secretaria que hoy me iba temprano. Me fui directamente a casa y me serví una copa. Si iban a pelearse conmigo a cada paso, más valía que me quedara solo. Solo yo y mi botella de whisky.

Capítulo 23

Amanda

Estaba muy contenta de que Lindsey se quedara a dormir en mi casa. Hacía años que no nos quedábamos a dormir una en casa de la otra, a no ser que contara las numerosas veces que me desmayé borracha en su sofá después de una noche en el club. Había pedido comida para llevar y había traído sidra espumosa para beber mientras ella disfrutaba del champán que habían traído sus padres. Parecía muy pacífica y tranquila, y me pregunté si la idea de estar nerviosa el día de antes de la boda era algo que alguien inventó para calmar los nervios de la gente cuando sabían que estaban cometiendo un error. En cualquier caso, ella no tenía nada de eso en ese momento.

Al día siguiente era la boda, y estábamos emocionadas porque por fin había llegado el día. Lindsey quería seguir al pie de la letra todas las tradiciones de la boda, incluida la de no verse antes de la boda. Por eso se quedaba en mi casa. Jordan le había ofrecido alquilar el ático de uno de los hoteles, pero ella dijo que quería sentirse como en casa y estar a solas con su mejor amiga. Me hizo sentir bien saber que todavía era importante para alguien. Nathan me había hecho sentir que no valía nada, y ese era un sentimiento muy difícil de quitar.

—¿Recuerdas cuando éramos niñas y planeábamos los días de nuestra boda?, —preguntó.

—Sí —Me reí—. Ibas a casarte con John Stamos.

—Sigue estando bueno. No me importa lo que digan los demás. —Se rio—. Habías decidido que querías casarte en el bosque en un día de otoño, solo conmigo y con tu novio. Te negaste a ponerle nombre porque pensabas que daba mala suerte.

—Oh, sí —dije, riendo—. Aun así sería una boda estupenda y nada estresante de planificar.

Nos sentamos a reír y a hablar, pero yo seguía sin sentirme yo misma. Sentía el cuerpo tenso y estresado, y las náuseas llegaban en oleadas que no podía distinguir hasta que estaban encima de mí. Sin embargo, traté de olvidarme de todo eso y disfrutar de la noche con mi mejor amiga. Probablemente sería la última vez que hiciéramos algo así.

—Nathan le dijo a Jordan el miércoles que definitivamente estaría en la boda —dijo Lindsey, mirándome desde lo alto de su copa de champán—. No quise decírtelo entonces, preferí esperar hasta que no pudieras echarte atrás en ser mi Dama de Honor.

—No cantes victoria —señalé, sintiendo que se me caía el estómago—. Todavía hay mucho tiempo para que me eche atrás.

—Oh, no, no lo harás —afirmó ella—. ¿Por qué crees que estoy pasando aquí la noche? Quiero asegurarme de que no huyas.

—¿No es ese mi trabajo para tí?

—No, se supone que debes ayudarme a correr si decido hacerlo. —Ella se rio.

—Siempre me confundo con eso —Sonreí—. En cuanto a Nathan, no sé qué decir al respecto. Supongo que debería haber sabido que había una posibilidad de que estuviera allí. Es decir, no estoy segura de lo que se supone que debo hacer.

Me senté moviendo las palomitas de mi bol, pensando en la idea de ver realmente a Nathan al

día siguiente. Lindsey tenía razón. Quería huir, pero sabía que tenía que afrontarlo. Al menos, me consolaba saber que probablemente sería el último evento en el que tendría que enfrentarme a él.

—Nunca se sabe lo que puede pasar —afirmó—. Quizá a estas alturas se haya calmado y haya pensado en lo que le dije. Tal vez los dos podáis sentaros y hablar de todo. Es un espacio seguro. Si uno de los dos se enfada, puede marcharse y el estado de ánimo será positivo. Además, mi hermana no estará allí para estropear nada.

—Casi siento que sería mejor que ella estuviera allí porque podría llamarle la atención delante de él —aseguré—. Pero creo que estás loca al pensar que él hablará conmigo lo más mínimo. No estabas aquí cuando rompió conmigo. Estaba muy enfadado y no atendía a ninguna razón.

—No, no estaba aquí, pero estaba en su oficina viéndolo marchitarse con una botella de whisky, tratando de olvidarte —dijo ella—. Y por lo que dice Jordan, aún no ha conseguido su objetivo. Tal vez, como está agotado de echarse de menos, sea capaz de abrirse y escuchar lo que tienes que decir. Y si no, sólo tiene que bailar toda la noche y comer una capa de mi pastel, y se olvidará de todo.

—Realmente quiero un poco de ese pastel de boda —aseguré—. Gracias por meterme eso en la cabeza. Voy a tener un orgasmo delante de tu abuela mañana cuando le dé un mordisco.

—Bueno, teniendo en cuenta que murió hace varios años, eso podría ser raro. —Ella soltó una risita.

—Mmm, he visto cosas más locas —aseguré, riendo.

—Me gusta que incluso después de todo esto, sentada en el suelo, embarazada, con el corazón roto y bebiendo zumo de uva espumoso, sigas teniendo sentido del humor —dijo, sonriendo—. Yo estaría comiendo mi peso en carbohidratos y luego llorando hasta caer en un coma alimentario cada noche. Sería realmente horrible.

—Eso sería terrible —afirmé, arrugando la nariz—. Realmente no me apetece la comida en este momento.

—¿Ya sabe Nathan lo del bebé?

—No —señalé—. Nadie más que tú y mi médico saben que estoy embarazada. Ni siquiera se lo he dicho aún a mi padre porque no quiero decirle que el padre del bebé se separó. Se sentirá muy decepcionado conmigo.

—Dile que no sabes quién es el padre. —Lindsey se rio—. Entonces apártate y mira cómo se le salen los ojos de la cara.

—Oh, Dios. —Me encogí—. Se volvería súper loco conmigo, peor que la vez que nos pilló a Billy y a mí escondidos en la casa del árbol. Se acercó cuando Billy me cogía la teta. Fue humillante, y pensé que mi padre se iba a desmayar allí mismo.

—Qué asco —dijo Lindsey—. Me acuerdo de Billy. Lo vi hace unos dos meses. El tiempo no ha sido benévolo con él ni con sus entradas.

—Oh, qué asco —aseguré.

—En lo que respecta al bebé, realmente creo que deberías decírselo, tanto si quiere escucharte como si no —dijo—. Sé que todo esto es muy duro para ti, y que no sabes exactamente qué hacer, pero puedo prometerte que te sentirás mejor al tener todo terminado y resuelto. Pasarás página, y creo que eso es lo que necesitarás para seguir adelante en tu vida.

—Gracias, Dr. Phil. —Me reí—. Hay un grave problema con todo eso.

—¿Qué?

—¿Cómo se supone que voy a decirle algo si no puedo acercarme lo suficiente a él para

siquiera hablarle? Si rechaza mis llamadas e ignora mis mensajes, ¿qué te hace pensar que se quedará quieto el tiempo suficiente para que le diga que voy a tener su bebé? —Me crucé de brazos y me senté—. ¿Y quién sabe lo que hará después de que se lo diga? Puede que se vuelva loco y empiece a gritarme, a insultarme y a perder la cabeza en un arrebato de whisky.

—Entonces lo golpearía con una silla y arrojaría su cuerpo al guardarropa. —Lindsey se rio—. Allí habrá suficientes hombres para levantar su cuerpo. Luego, puedo dejar que los vagabundos de fuera le roben los bolsillos.

—¿Cómo hemos pasado de hablarle del bebé a agredirlo y entregarlo a los vagabundos? Creo que tienes que dejar el champán.— Me reí.

—Creo que si decide ahogarse en alcohol y gritarle a una chica embarazada a la que abandonó porque no puede pensar por sí mismo, entonces se merece el tratamiento de vagabundo —dijo, asintiendo con la cabeza.

—Estás muy peleona esta noche —Me reí—. ¿Qué te pasa?

—Es que estoy cansada de verte herida —aseguró—. Quiero verte feliz de nuevo, como eras hace un par de meses. Esa era la Amanda que yo recordaba cuando crecí. No esta chica enfermiza y deprimida que necesita charlas de ánimo. Y no es que me importe darlas.

—Lo sé —suspiré—. Tienes toda la razón. No sé cómo salir de esto. Me siento miserable todo el tiempo, y pienso en Nathan el noventa por ciento del día. No sé cómo dejé que un hombre me afectara tanto.

—Bueno, creo que el primer paso es hacerle saber que estás embarazada —dijo ella—. Sé que se ha portado como un gilipollas, pero aun así se merece saber que vas a traer un hijo a este mundo con su ADN.

Sabía que tenía razón. Sabía que Nathan merecía saber lo del bebé. No se lo estaba ocultando a propósito, pero no respondía a mis llamadas ni a mis mensajes. Tenía demasiado miedo de ir a su oficina y enfrentarme a él, así que me senté y me sentí miserable. Lo que me hizo me dolió mucho, y no sabía si podría soportar que me abandonara de nuevo, sabiendo que también estaba abandonando a su hijo. No sabía si podría soportar que me degradaran por algo que nunca hice ni tenía intención de hacer. Mis hormonas estaban tan desquiciadas que incluso existía la posibilidad de que estallara contra él, o simplemente de que rompiera a llorar, perdiendo mi dignidad en su silla de oficina.

Todavía no entendía cómo un hombre que decía sentir tanto por mí podía creer las mentiras que le decían con tanta facilidad. No vino a mi casa para hablar conmigo de ello, para intentar verlo desde mi punto de vista. Vino a romper conmigo. No escuchó nada de lo que le dije porque ya había tomado una decisión. Sarah había envenenado a John, y luego John envenenó a Nathan. Simplemente siguió avanzando hasta que aterrizó en mi maldita puerta.

Yo nunca habría reaccionado así. Habría hablado con él y le habría dado la oportunidad de explicarlo todo. El daño estaba hecho, y no era sólo un rasguño o un golpe. Había hecho saltar por los aires nuestra relación. No tenía ni idea de cómo se podían arreglar las cosas después de que se sentara allí y me dijera que era una cazafortunas. No puedes querer pasar tu vida con alguien un minuto y al siguiente reñirle y llamarle mentiroso. Se suponía que era mi mejor amigo, la persona con la que caminaba por mi vida, pero se convirtió en mi enemigo de un momento a otro. Era realmente desconcertante y me hacía querer estar lo más lejos posible de él en la boda.

Después de que Lindsey bebiera su última copa de champán, nos retiramos, queríamos dormir bien antes de la boda. Teníamos las primeras horas del día ocupadas con peluquería, maquillaje y

un desayuno con champán antes de ir al evento. Lindsey se acostó en la habitación que tenía libre y yo me metí en mi cama, tumbada mirando por la ventana hacia la oscuridad. Debí pasarme horas allí tumbada antes de quedarme dormida, pensando en las cosas que diría si me encontrara cara a cara con Nathan. Estuve dando vueltas en la cama toda la noche, sin apenas poder dormir. Un hermoso evento era ahora un lugar en el que no quería estar en absoluto.

Capítulo 24

Nathan

Cada vez que había algo importante en mi vida, llegaba más que tarde. La boda de Jordan probablemente ya estaba empezando, y yo estaba aparcando el coche. Parecía que no podía organizarme ni siquiera un día, y sabía que todo se debía a que tenía que ver a Amanda ese día. Mis nervios estaban por las nubes y mi estómago estaba mareado por el alcohol que intentaba sacar de mi organismo.

Salí del coche y me saqué el camal del pantalón del calcetín, metí la mano y cogí el café. Me lo tomé de un trago, tratando de recuperar la sobriedad lo más rápido posible. Tiré la taza vacía en el asiento trasero y miré mi reflejo en el espejo. Me alegré mucho de haber decidido afeitarme, aunque mi cuello parecía haber sido atacado por una manada de lobos.

Esa mañana no había bebido. Bueno, no bebí mucho esa mañana, pero mezclado con lo que había bebido la noche anterior, me costaba mantenerme erguido y caminar en línea recta. Sabía que estaría mal presentarse borracho en la ceremonia, así que me di dos duchas frías, comí una tonelada de comida frita y me bebí unas seis tazas de café. Definitivamente me sentía más sobrio que antes, y ahora, estaba despierto por la cantidad de cafeína que corría por mis venas.

Atravesé rápidamente el aparcamiento, parando y siguiendo las señales hasta la entrada del lateral. No quería hacer una gran entrada por las puertas principales, así que me colé por la puerta lateral y me arrastré por los bancos hasta encontrar un asiento. Lindsey me miró desde el frente y puso los ojos en blanco, y yo la saludé sonriendo. Miré al frente y allí estaba ella, de pie junto a Lindsey y Jordan. Amanda estaba impresionante, pero hizo todo lo posible para evitar el contacto visual directo conmigo.

La ceremonia fue larga y católica, y me senté allí completamente absorto por la visión de Amanda. Me quedé mirándola todo el tiempo, pasando mis ojos por las curvas que mostraba con el ajustado vestido de dama de honor color rosa que llevaba. Mantenía las manos firmes delante de su cuerpo, agarrando su ramo de rosas. Me sentía tan atraído por ella ahora como cuando estábamos juntos. Había algo en ella que simplemente brillaba. Su piel parecía sonrosada y brillante, y sus ojos brillaban bajo las luces de la sala. No estábamos en una iglesia, pero Lindsey la había decorado para que pareciera una, incluyendo una hermosa vidriera de color colgando del techo.

Amanda sonreía con cada palabra que Lindsey y Jordan se decían. Parecía tan feliz que me pregunté si ahora era más feliz sin mí en su vida. Tal vez el hecho de que yo me hubiera ido había sacado a relucir algo en ella que la hacía estar radiante, o tal vez era así como siempre la veía y simplemente lo había olvidado en la neblina de la bebida en la que me encontraba desde que rompí con ella. Dirigí mi atención a la feliz pareja mientras recitaban sus votos.

—Lindsey —dijo Jordan—. Prometo amarte, cuidarte y velar por ti todos los días de tu vida. Prometo ser fuerte para ti y estar ahí cuando el amor sea sencillo y cuando sea un reto. Prometo tenerte en mis brazos todas las noches y agradecer a Dios por el regalo de gracia que me ha dado.

—Ante la gracia de Dios y de la Iglesia católica, os declaro marido y mujer —anunció el sacerdote—. Puede besar a la novia.

Todos se pusieron de pie y aplaudieron, viendo a la feliz pareja abrazarse. Una vez terminada la ceremonia, nos dirigimos al vestíbulo y al salón de baile, que estaba muy bien decorado. Al entrar, pude ver a Amanda de pie, sola, a un lado, junto a la puerta que daba al salón trasero. Sabía que era ahora o nunca, así que me acerqué a ella, esperando que estuviera dispuesta a hablar conmigo.

—¿Podemos hablar? —le pregunté.

—Claro —dijo ella, llevándome a la habitación del fondo que daba al vestíbulo—. Eres un gilipollas.

Miré a mi alrededor, pero estábamos solos. Asentí con la cabeza pero no dije nada. Me di cuenta de que tenía muchas cosas que soltar y necesitaba desahogarse.

—¿Cómo pudiste creer esas mentiras sobre mí, y nunca me diste la oportunidad de explicarme? —preguntó—. Eran mentiras descaradas e hirientes, Nathan. Te di mi corazón y mi confianza, y tú la aplastaste en un instante.

—Lo sé —aseguré—. Y lo siento mucho. No tenía ni idea de que Sarah estaba detrás de todo. No tenía ni idea de que Sarah conocía a John. Todo empezó a encajar después de que Lindsey se presentara en mi despacho, pero para cuando lo até todo, temí que fuera demasiado tarde para compensarte. Entré en pánico, debería haber sido un hombre mejor.

—Sarah ha estado detrás de cada cosa mala en mi vida desde que era adolescente —aseguró—. Ella ha manipulado mi vida hasta el punto de que todo sea un desastre. Se acostó con mi ex, y luego esto. Es decir, esto va más allá de lo que yo creía que una persona era capaz de hacer. Hizo que un hombre falsificara un documento y luego hizo que tu mejor amigo te convenciera de que estaba casada y sólo buscaba tu dinero. Lo cual, quiero añadir, es una completa locura. Nunca, ni siquiera una vez, he pedido dinero prestado a ningún hombre, incluido mi propio padre. De hecho, nunca he pedido dinero prestado a nadie, excepto un dólar en tercer grado a Lindsey para comprar una piruleta, ¡y se lo devolví con intereses! Eso me demostró lo poco que me conocías. Me demostró que querías conocerme, pero que cuando se trataba de lo más importante, de lo más difícil, no querías darme la oportunidad de explicarte. Querías retorcerte en tu miseria.

—Tal vez tengas razón —señalé.

—Sé que tengo razón —respondió ella—. He trabajado muy duro durante mucho tiempo para construir mi sueño desde cero. Podría coger el dinero de mis abuelos, pero entonces no lo habría hecho yo. Quiero hacerme un nombre en la comunidad médica que sea positivo y brillante. No quiero lanzarme a algo para lo que no esté preparada para darlo todo. Por eso aún no había abierto mi clínica, no por el dinero.

Estaba muy enfadada y yo quería calmarla, pero sabía que necesitaba sacar todo lo que estaba pensando. Sabía que lo había reprimido desde que me fui de casa, y era justo que pudiera decir lo que quisiera. Le debía mucho más que eso.

—En cuanto a lo del matrimonio —dijo—. Si estuviera realmente casada, nunca habría hablado contigo. Nunca sería una mujer que traicionaría la santidad del matrimonio. Claro, hubo varias noches que no pude verte. Pensé que era normal. No sabía que salir contigo significaba que tenía que saltar cuando dijeras que saltara. De todos modos, que no estuviera disponible todas las noches no significaba que estuviera con un marido secreto, por el amor de Dios. Estaba ayudando a Lindsey a planear esta boda. Todo lo que está aquí, lo monté yo. Hice casi todo por

ella. Así que sí, estaba muy ocupada cuando querías verme. Lamento que tus expectativas fueran otras.

—Amanda — dije — . Me merezco algo mucho peor de lo que me estás dando ahora. Fui un idiota, un niño asustado que salió corriendo en cuanto pensé que había una posibilidad de que me hicieran daño. Ignoré todas las señales evidentes de que lo que me decían era mentira. Lo siento mucho.

—Nathan —me llamó ella—. Hay algo más.

—¿Qué? —pregunté—. Por favor, lo que tengas que decir, dilo. No te reprimas.

—Estoy embarazada —confesó, mirándome.

Inmediatamente, mi corazón dejó de latir y todo el alcohol que corría por mis venas se desintegró. Esperaba que me regañara, no que me dijera que estaba embarazada. Ni siquiera sabía qué decir a eso. Me quedé completamente sin palabras. Todo lo que había hecho que se desmoronara mi mundo durante estas semanas desapareció cuando esas palabras salieron de sus labios. Me adelanté y la agarré por los brazos, mirándola profundamente a los ojos.

—¿Hablas en serio? ¿Estás embarazada de mi hijo?

Ella me miró, encogiendo los hombros, y las lágrimas se formaron en sus ojos. Era la mujer más hermosa que había visto nunca, y saber que mi hijo estaba creciendo en su vientre la hacía aún más hermosa para mí. Era tan obvio que todo lo que me habían dicho era mentira, y nunca entendería cómo podía pensar algo diferente de ella. Era tan preciosa y tan perfecta en ese momento.

—Sí —dijo en voz baja, asintiendo—. Hablo en serio.

—¿Vienes conmigo a un lugar privado para que podamos hablar?

—Sí —respondió.

La agarré suavemente de la muñeca y tiré de ella por el vestíbulo hasta el ascensor de la Suite Presidencial. Metí la llave y subí, sintiéndome más que nervioso por lo que estaba pasando. Estaba embarazada, algo que no creía que fuera a escuchar en mi vida. Me alegré mucho de haber alquilado la suite, aunque ahora no la utilizaría para emborracharme y desmayarme después. Cuando entramos, la acompañé hasta el sofá y tomé sus manos entre las mías, mirándola profundamente a los ojos.

—Siento mucho todo —le aseguré—. Te quiero más que a nadie en el mundo y quiero estar ahí para ti y para este bebé.

—¿Lo quieres? —preguntó.

—Por supuesto que sí —afirmé—. ¿Puedes perdonarme?

—Sí —dijo con lágrimas cayendo por sus mejillas—. Por supuesto, puedo perdonarte.

—No puedo creer que vaya a ser padre —comenté, con lágrimas en los ojos—. Debería haberte devuelto la llamada todas las veces que tú me llamaste. Me aterraba la idea de que si volvía a hablar contigo descubriría que John tenía razón. Notaba en la boca del estómago que todo era mentira, pero no sabía qué hacer.

—Tenías miedo —dijo ella, secando una de mis lágrimas.

—Tenía miedo porque nunca había amado a alguien tanto como a ti — dije, atrayéndola hacia mis brazos.

—Yo siento lo mismo —confesó ella, abrazándome con fuerza—. He sido una miserable sin ti.

—Yo he sido otra persona sin ti —respondí, retirándome y tomando su rostro entre mis manos.

Había mucha emoción fluyendo a nuestro alrededor, pero entrelazado con esos sentimientos estaba el deseo. Me incliné hacia delante y presioné mis labios suavemente contra los suyos, respirando el dulce aroma de su perfume. Ella me rodeó el cuello con sus brazos y se inclinó hacia mí, con sus dedos enroscados en mi pelo. Inmediatamente sentí que el éxtasis se apoderaba de nosotros, y nuestro beso pasó de ser suave a ser lujurioso y apasionado. La amaba y no podía esperar a demostrarle cuánto.

Capítulo 25

Amanda

El calor entre los dos era intenso, tanto que podía imaginar una niebla flotando a nuestro alrededor. Llevábamos tanto tiempo separados, deseándonos, necesítándonos, y ahora que estábamos juntos, no queríamos desperdiciar ni un momento. Había aceptado el bebé sin ni siquiera preguntar, y se había dado cuenta de lo mucho que había metido la pata. Sabía que nunca podría alejarme de él, y soñaba con que volviera a estar entre mis brazos. La intensidad entre nosotros era aún mayor que antes de nuestra ruptura, y sentía que mi corazón iba a explotar. Todo el cansancio, la ansiedad y los sentimientos de malestar desaparecieron inmediatamente cuando sus labios se apretaron contra los míos. Oírle decir que me amaba fue un revulsivo, y sentí que volvía a estar completa, sin miedo ni necesidad de nada.

Me resultaba increíble lo que esta persona podía hacer por mi alma, pero mientras estaba allí, pasando mis manos por su cara, supe que el universo no me había fallado después de todo. Necesitaba conocerme a mí misma, dejarme llevar por completo y ser vulnerable para poder apreciar de verdad lo que teníamos los dos. Él era el amor de mi vida, y con su hijo creciendo dentro de mí, seríamos una familia como había querido desde el principio.

Se levantó del sofá y se agachó para tomar mi mano y ponerme de pie. Me rodeó la cintura con la mano y me levantó, abrazándome mientras mis pies colgaban del suelo. Nuestras miradas se mantuvieron fijas mientras él caminaba por la habitación hasta el dormitorio. Una vez dentro, me puso de pie y caminó detrás de mí, retirando mi pelo y besándome la nuca. Sus dedos encontraron la cremallera del vestido y lo bajó lentamente, cogiéndome de la mano mientras me lo quitaba. Me desabrochó el sujetador sin tirantes y lo tiró al suelo, dio la vuelta para ponerse al frente y comenzó a frotar sus manos sobre mis pezones.

Le desaté la pajarita y le desabroché la camisa, abriéndosela de par en par y pasando mis manos por su pecho. Le quité la camisa y la chaqueta, tirándolas sobre la silla de al lado. Desabroché la hebilla de sus pantalones y bajé la cremallera, dejando que sus pantalones cayeran al suelo. Se quitó los zapatos y los pantalones, avanzando y besándome apasionadamente. Gemí mientras me hacía retroceder. Las mariposas que me habían atormentado antes volvieron con fuerza. Me senté en el extremo de la cama y le miré fijamente mientras me echaba hacia atrás y apoyaba la cabeza en la almohada que tenía detrás.

Se arrastró hacia mí, manteniendo su mirada firme, sus movimientos fluidos y decididos. Separé las piernas y vi cómo me bajaba las bragas y las tiraba a un lado. Bajó la mirada hacia mi húmedo y palpitante montículo y se lamió los dedos antes de deslizarlos por mis pliegues. Incliné la cabeza hacia atrás y gemí, sintiendo cómo me empujaba ligeramente. Se tumbó sobre su vientre y me lamió el clítoris, presionándolo con la lengua y moviéndose en círculos. Podía sentir la intensidad creciendo en mi estómago mientras él continuaba comiéndome, empujando sus dedos dentro y fuera de mí.

Cada sensación de su lengua me recorría como un fuego salvaje. Había echado mucho de menos su boca en mi cuerpo. Las hormonas del embarazo habían hecho que todo mi cuerpo estuviera súper sensible, y gruñí con fuerza cuando su lengua se arremolinó alrededor de mi clítoris. Dios, se sentía tan bien. Me agaché y toqué la parte superior de su cabeza, levantando mis caderas hacia arriba y rechinando contra su boca. Deslizó dos dedos dentro de mí y yo me agarré a las mantas, arqueando el pecho en el aire.

Cuando el fuego que había en mí se liberó, grité y todos los nervios de mi cuerpo se pusieron de punta. Mi cuerpo se agitó y tembló mientras el orgasmo que ni siquiera sabía que estaba esperando golpeaba mi cuerpo. Él sonrió y me miró mientras yo me relajaba en la cama, sorprendida por lo sensible que era mi cuerpo. Me senté y lo empujé hacia atrás, poniéndome a cuatro patas y arrastrándome hacia él. Agarré su pene y sonreí, empujando mi boca sobre la cabeza y chupando su polla hasta la garganta. Gruñó de asombro cuando moví la cabeza hacia arriba y hacia abajo, queriendo saborearlo, necesitando sentirlo profundamente. Luchó consigo mismo durante un momento y luego se quedó quieto, observando cómo lo chupaba rápida y duramente.

Quería saborearlo, sentir su eje empujando mi garganta, haciendo que se me llenaran los ojos de lágrimas. Giré la cabeza de un lado a otro cuando llegué al fondo de su eje, gimiendo con la boca llena de su polla. Estaba acalorada, pero era sensual de un modo que nunca había imaginado. Pasé mis manos por su estómago, sintiendo los músculos de su pecho sobresalir mientras succionaba con fuerza con la parte posterior de mi garganta. Cuando mis manos volvieron a bajar, arrastré las uñas por su piel hasta llegar a sus muslos. A partir de ahí, moví mi mano, acunando sus pelotas y moviendo mi cabeza cada vez más rápido. Sus muslos se estremecían a mi alrededor mientras su pene palpitaba dentro de mi boca. Me levanté, liberando su polla de mi agarre, sin querer que se corriera todavía. Echaba mucho de menos estar con él, y definitivamente no iba a salir de esta habitación hasta tenerlo completamente dentro de mí.

Se sentó y me besó la boca apasionadamente antes de ponerse detrás de mí y levantarme a cuatro patas. Me mordí el labio y le miré mientras se acariciaba la polla, mirándome el culo. Lo moví hacia arriba y hacia abajo y sonreí tímidamente, viéndolo entrar, empujando su gran polla a través de mis jugos y profundamente dentro de mí. Gemí, girando la cabeza hacia delante y mirándolo en el espejo. Se agarró a mis caderas, sus músculos se tensaron y se soltaron cuando empezó a empujar. Grité de placer, sintiendo cómo se adentraba más y más mientras su cuerpo penetraba en mi culo. Deslizó su mano hacia abajo y agarró la mejilla de mi culo, apretándola con fuerza mientras se deslizaba sin esfuerzo dentro y fuera de mis jugos.

Sus ojos miraron al espejo y captaron mi mirada, con una sonrisa de satisfacción en sus labios. Se adelantó y me puso de rodillas, con su polla todavía dentro de mí. Una de sus manos se deslizó hasta mi clítoris y sus dedos lo frotaron en círculos, mientras la otra recorría mi pecho y me masajeaba los senos. Apoyé la cabeza en su hombro mientras él empujaba hacia arriba, entrando y saliendo de mí. Gemí, cerrando los ojos y sintiendo cada remolino de sus dedos. A medida que mi voz se hacía más fuerte, sus movimientos se hacían más rápidos y de su garganta escapaban silenciosos gruñidos con cada empujón. Me agaché y repetí el movimiento de sus dedos, gritando de placer mientras desbordaba el acantilado del éxtasis. Mi coño se contrajo alrededor de su eje una y otra vez mientras mis jugos fluían hacia abajo, goteando sobre sus pelotas. Mi cuerpo se estremeció, sintiendo la sensación del orgasmo a través de mis venas.

Cuando me hube calmado, se retiró lentamente, besando suavemente mis labios y tirando de mí, tumbándome de espaldas. Se arrastró hacia adelante sobre mí y pasó sus manos por mis

brazos, entrelazando sus dedos con los míos. Bajó la mano y empujó su polla dentro de mí, con la boca abierta y tocando la mía. Podía sentir el calor de su aliento fluyendo sobre mi cara mientras empujaba hacia delante lentamente, llenándome de nuevo. Subí mis piernas por sus costados, la pasión entre nosotros se arremolinaba en la habitación. Con cada empujón hacia delante, él respiraba con más fuerza hasta que presionó su boca contra la mía.

Nos besamos salvajemente mientras nuestros cuerpos se retorcían uno encima del otro. Sus movimientos se habían vuelto sensuales y lentos, disfrutando de cada momento de nuestra conexión. Gemí en su boca, sintiendo que su cuerpo se apretaba profundamente contra el mío, y que sus caderas se movían lenta y brevemente en su interior. Abrió los ojos y se quedó mirando los míos, sus labios apenas me rozaban. Agarró con fuerza mi mano y susurró.

—Te quiero.

Sonreí y volví a apretar mi boca contra la suya, levantando mis caderas mientras él empujaba profundamente dentro de mí, manteniéndolo allí por un momento antes de soltarlo. Sacó las piernas por detrás de mí y desenganchó una mano de las mías, rodeándolas y sujetándome por la cintura. Rodó hacia la izquierda y me puso encima de él. Levanté las rodillas y me coloqué a horcajadas sobre él, empujándome hasta quedar sentada y gimiendo con fuerza mientras él se hundía más dentro de mí. Inmediatamente, empecé a apretarme contra él, manteniendo su polla enterrada en lo más profundo. Apoyé las palmas de las manos en su pecho y empujé mis caderas hacia abajo y de nuevo hacia arriba, con los ojos clavados en los suyos. Me miró con ojos intensos y deslizó su mano por delante de mí, obligándome a ponerme recta. Incliné la cabeza hacia atrás y cerré los ojos, sintiendo su piel rozar mis pezones. Cogió dos dedos y me hizo girar los pezones, haciendo que la electricidad recorriera mi cuerpo.

Luego deslizó sus manos hasta mi cintura y me agarró con fuerza, empujándome más abajo mientras yo agitaba mis caderas como el océano sobre su cuerpo. Cada una de las sensaciones que provocaba el roce de nuestras pieles me excitaba más y más. Gemí con fuerza y empecé a moverme más rápido sobre él. Deslicé mi cuerpo por su eje y luego me senté lentamente, sintiendo las arrugas de su polla rozar el satén del interior de mi coño. Él gruñó y se aferró con fuerza a mis nalgas, su mandíbula empezó a tensarse. Le sonreí, deseando correrme y queriendo sentirle llegar al orgasmo con fuerza.

Deslicé mi cuerpo por su polla y me giré lentamente, montándolo en vaquera invertida. Me incliné hacia delante y le agarré los tobillos, sintiendo cómo sus manos se deslizaban por mi culo. Empecé a mover el culo hacia arriba y hacia abajo, follando su polla con fuerza y rapidez. Él gimió, agarrando mis nalgas y ayudando al movimiento. Podía oír cómo nuestra piel se conectaba, el sonido del sudor y el sexo resonando en las paredes del ático. Mientras lo cabalgaba con fuerza, sentía que el fuego empezaba a aumentar en mi vientre. Eso me hizo empujar más rápido y con más fuerza. Mi respiración comenzó a aumentar, los sonidos de mis gemidos se sincronizaban con mis caderas.

—Me voy a correr —gemí.

—Sí —gimió él—. No pares.

Apreté sus tobillos y me moví más rápido, ahora follándole a un ritmo febril. Él gimió con fuerza mientras mi cuerpo empezaba a temblar. Levanté la cabeza y grité con fuerza, alcanzando mi clímax y estallando sobre su polla. Empujó con fuerza la parte baja de mi espalda, moviendo sus caderas hacia arriba y gimiendo profundamente mientras explotaba dentro de mí. Podía sentir las ráfagas de semen que salían de su polla palpitante mientras mi coño se tensaba en torno a su eje. Gimió varias veces, empujando hacia arriba y luego se desplomó en la cama. Me aparté de él

y me puse a su lado, apoyando la cabeza en su pecho.

Lo había echado tanto de menos y, ahora que lo tenía, no quería separarme de él. Fue una noche increíble, y ni siquiera había estado en el banquete.

Capítulo 26

Nathan

El sonido de la alarma de mi teléfono me despertó del sueño. Me acerqué con la mano libre y pulsé el botón, gimiendo al recordar que no estaba en casa. Me giré rápidamente y vi a Amanda tendida en mis brazos, sonriéndome. Había pensado que todo era un sueño, pero allí estaba, sana y salva, envuelta en las mantas y aferrada a mí. Eso era mejor que cualquier botella de whisky.

Gimió suavemente y bostezó, rodando hacia un lado y estirando los brazos por encima de la cabeza. El sol brillaba con fuerza en el exterior, como la mayoría de los días en Los Ángeles, y yo no podía imaginarme estar en otro lugar en ese momento. Se volvió hacia mí y se acurrucó, gimiendo, sabiendo que no podíamos quedarnos así para siempre. Podía sentir que el amor entre nosotros brotaba de nuestra piel. No sólo volvíamos a estar juntos, sino que íbamos a convertirnos en una familia, con un niño que había sido concebido con total amor y que sería criado en un hogar con mucho amor también.

Me agaché y la agarré por la cintura, levantándola para que su cabeza descansara en la almohada junto a mí. Nos pusimos frente a frente, con las manos entrelazadas entre nosotros y los ojos clavados en el otro. Cuando la miraba a los ojos, era como si pudiera ver todo en mi vida, desde el pasado hasta el presente, e incluso el futuro. Sentía su vientre apretado contra mi costado y pensaba en la pequeña vida que llevaba dentro y que crecía cada día. Era mi hijo, el niño que sería tan parte de mí como de ella. Esperaba que le llegara al corazón porque no conocía a nadie tan cariñoso y atento como ella.

—Quiero decirte otra vez lo mucho que lo siento —susurré—. Eres lo más valioso de mi vida, y llevas a nuestro hijo. Es muy hermoso, y ojalá me lo hubieras dicho antes. Nunca te habría rechazado, por muy dolido o enfadado que pareciera. Este niño es la encarnación de nuestro amor. Es un símbolo de todo lo que es hermoso en este mundo. Todo lo que es bello en ti y en nosotros.

—Intenté decírtelo varias veces —dijo ella—. De hecho, te llamé en cuanto me enteré, sentada en el aparcamiento de la consulta del médico, pero siempre rechazabas mis llamadas. Pensé en ir a tu oficina, pero me daba miedo ser rechazada en público. Me sentía expuesta y vulnerable, así que me hice a la idea de criar a este bebé yo sola. No quería hacerlo, quería que estuvieras con nosotros, pero nunca pensé que fuera a ser posible. Pensé que te había perdido para siempre, y que no había nada que pudiera hacer o decir para hacerte cambiar de opinión. Era una sensación muy estresante.

—Lo sé —aseguré, besándola en la frente—. No sabía qué hacer, qué creer o qué decir. Estaba completamente ahogado en una botella de whisky y en mi propia autocompasión. Odiaba a John por ser quien me lo dijo, odiaba a Jordan por ser tan feliz y odiaba a todas las personas que veía vivir su vida por amor. Cada vez que llamabas, luchaba conmigo mismo, tratando de decidir si contestar o no contestar. Mi miedo ganaba cada vez. Te prometo que no volveré a descartar tus llamadas.

—No soy una chica con muchos enemigos; soy muy amable con todo el mundo —dijo, haciéndome sonreír—. Pero a veces, no puedes controlar a quién le gustas o no le gustas. Lo que hizo Sarah nunca lo había visto hacer a otro ser humano, pero ahora que sé de lo que es capaz la gente, sé que tengo que protegerme mejor. Necesito que me prometas que la próxima vez que oigas algún rumor raro, por muy hiriente o condenatorio que sea, vendrás a mí y me hablarás de ello. Dame la oportunidad de limpiar mi nombre antes de condenarme a esa triste existencia en la que nos encontramos.

—Ver lo que hizo Sarah también me abrió los ojos —afirmé—. Ver lo manipuladora que fue, poniendo a mi mejor amigo en una posición en la que nos hizo daño a mí y a ti porque confió en alguien que nunca debió hacerlo, me hizo darme cuenta de que las cosas no son siempre tan simples como parecen. El tiempo que pasé sin ti fue el peor de toda mi vida. Quería meterme en un agujero y morirme, y lo único que tenía que haber hecho desde el principio fue abrir los ojos y los oídos y observar lo que me rodeaba. Te prometo que si vuelvo a oír algo sobre ti, bueno o malo, iré a verte y te lo contaré. Te presumiré inocente, en lugar de asumir tu culpabilidad.

—Oh —dijo ella, emocionada—. Ahora que estás de vuelta, puedo hablarte del médico. Tuve mi primera revisión en la que me dijeron que estaba embarazada, y programé mi próxima visita, mi primera visita real, para dentro de una semana. Lo más probable es que me hagan una ecografía y podamos ver al bebé por primera vez. Me hicieron una cuando fui por primera vez, pero el bebé era demasiado pequeño para verlo. También deberíamos poder oír los latidos de su corazón. Va a ser muy emocionante.

—Eso suena increíble —aseguré.

—¿Te gustaría venir conmigo y vivir todo esto en familia? —preguntó—. Podrás conocer al médico y saber todo lo que nos espera en los próximos meses. Por primera vez desde que me enteré de que estaba embarazada, me siento emocionada. También es la primera vez desde que me enteré que no me he despertado con el estómago revuelto.

—No me lo perdería por nada del mundo —dije, besándola suavemente.

Nos quedamos tumbados un rato más y luego nos levantamos de la cama. Por suerte, los dos habíamos traído una bolsa por si queríamos cambiarnos en la boda, así que no tuvimos que bajar a desayunar con nuestra ropa elegante. Cuando estuvimos vestidos, nos dirigimos al restaurante para el brunch con los novios antes de que se fueran de luna de miel. Nos habíamos perdido todo el banquete, pero estaba bastante segura de que, al faltar nosotros dos, ellos sabían exactamente lo que estaba pasando.

—¡Hurra! —chilló Lindsey, saltando de su asiento y corriendo hacia Amanda—. Estoy muy contenta de verte, pareces muy feliz.

—Te lo contaré todo cuando vuelvas —susurró ella con una sonrisa.

—Más te vale —aseguró ella—. ¿Lo sabe él?

—Sí —dijo ella, sonriendo alegremente y volviéndose hacia John, Jordan y los primos de Lindsey—. Y supongo que ya es hora de que todos lo sepan. ¿Nathan?

—Sí, sí —afirmé, sonriendo—. Amanda y yo estamos esperando un bebé.

Todos vitorearon y aplaudieron, realmente felices de que los dos estuviéramos de nuevo juntos y más fuertes que nunca. Nos sentamos y empezamos a comer, dándonos cuenta de lo hambrientos que estábamos después de perdernos la cena. Lindsey me sonrió mucho al otro lado de la mesa y se volvió hacia Nathan.

—Entonces, señor Robertson —dijo Lindsey, aclarándose la garganta—. Me gustaría pedir algo.

—¿Qué es?

—Si vuelves a oír cosas raras sobre Amanda, quiero que me creas cuando te digo que son una completa mierda —afirmó—. Conozco a Amanda de toda la vida y la conozco mejor que nadie. Si necesitas saber la verdad sobre algo, puedes acudir a mí y te la diré directamente. Se acabaron los juegos de adivinanzas, y menos con gente como mi hermana que anda por ahí causando todo tipo de problemas.

Sonreí a Amanda y le froté la pierna, sintiéndome querido por todos los presentes. Siempre tomé a Lindsey con pinzas y la traté con el máximo respeto. Era algo que a Amanda le encantaba de mí. Sabía lo importante que era esta chica para ella, y nunca lo estropearía.

—Bueno, siempre confiaré en Amanda cuando me diga la verdad sobre algo —indicé besando su mejilla—. Pero te prometo que si necesito acudir a ti, tomaré tu palabra como la verdad.

—Bien —dijo ella, sonriendo. Miró a John y se aclaró la garganta.

—Y yo tengo que ser un buen hombre aquí —comentó John—. Quiero decirles a los dos lo mucho que lamento haber traído esa carga de mierda a sus vidas y haberlos destrozado de esa manera. Si hubiera utilizado mi gran cerebro y no mi pequeño cerebro, me habría dado cuenta enseguida de la clase de mujer con la que estaba tratando. Pero no lo hice, y espero que vosotros dos podáis perdonarme. Nathan es como mi hermano, y podía ver cada día lo mucho que le destrozaba estar sin Amanda. Eso me hace sentir muy mal.

—Por supuesto, hermano —dije, acercándome y estrechando su mano.

—Actuaste buscando el mejor interés de Nathan —afirmó Amanda—. Y aunque tus verdades estaban equivocadas, me hace sentir bien saber que un hombre de carácter tan fuerte está a su lado, velando por él. Creo que podrás enseñarle a nuestro hijo algunas cosas fantásticas sobre cómo ser un amigo íntegro. Espero que algún día me cubras las espaldas como lo haces con él. Es un chico muy afortunado. Así que, por supuesto, acepto tus disculpas. Estamos juntos de nuevo, y eso es lo único que importa al final.

—Gracias —señaló con una sonrisa.

—Y en cuanto a Sarah, créeme, sé lo manipuladora que puede llegar a ser la chica —aseguró Amanda—. Ha cogido a algunas de las mejores personas que conozco y las ha convertido en monstruos. Odio que se haya apoderado de ti de esa manera, y lamento que te haya utilizado. Sé que no te sientes bien. Sólo espero que hayas aprendido la lección en todo esto. Aléjate de esa chica, y trata de no juzgarlas por su apariencia. Puede que sea bonita por fuera, pero está podrida por dentro.

—Créeme, no volveré a ver a Sarah nunca más. —Se rio—. Definitivamente aprendí la lección. De hecho, voy a empezar a ser un poco más selectivo con las mujeres que traigo a mi vida.

—Vaya —solté, sacudiendo la cabeza—. Parece que esta boda ha cambiado todo tipo de cosas, incluso a las personas que estaba escrito en piedra que serían imbéciles para toda la eternidad.

—Oye, oye —dijo—. Me lo merecía, pero todo el mundo puede cambiar.

—Bueno, aquí hay esperanza —comentó Lindsey, levantando su mimosa en el aire.

—Aquí, aquí —repitieron todos entre risas.

Me senté de nuevo en mi silla y observé cómo todos hablaban y bromeaban. Las chicas se abrazaban y susurraban, la comida estaba caliente y las mimosas burbujeaban en los vasos. Mis ojos se encontraron con los de Amanda y ella sonrió, inclinándose y besándome en la mejilla.

Sentí que no había sido feliz en mucho tiempo, pero allí, sentado con las personas que más me importaban, pude sentir que la depresión se evaporaba. Amanda había hecho algo increíble en mi vida, y pasaría el resto de ella demostrándole lo mucho que la amaba a ella y a ese bebé en su vientre.

Capítulo 27

Amanda

Me acerqué y tomé la mano de Nathan entre las mías, apretándola con fuerza y sonriéndole. Mis piernas colgaban sobre el borde de la mesa de exploración. Estábamos en la primera cita con el médico, esperando a que entrara el técnico de la ecografía. Estaba muy nerviosa, al emocionarme ver a nuestro bebé por primera vez. Nathan había estado hablando de ello toda la mañana y me parecía adorable lo bien que se había adaptado a la idea de ser padre. En ningún momento se detuvo y se metió de lleno en el asunto, investigando, buscando en Internet y averiguando todo lo que necesitaría saber en los próximos meses. Fue la primera persona que se despertó esa mañana y me sacó de casa a toda prisa porque estaba emocionado por ver al bebé.

Levantamos la vista cuando se abrió la puerta y una mujer pequeña y mayor entró en la habitación. Nos sonrió amablemente a los dos y se dirigió al fondo, cogiendo mi expediente. Miré a Nathan y volví a apretarle la mano, dedicándole una sonrisa de emoción.

—Buenos días —dijo—. Me llamo Eleanor y hoy seré su ecografista. Esta es tu primera visita de rutina, ¿correcto?

—Sí, señora —afirmé, sonriendo.

—Es emocionante —comentó ella—. Podrán ver al bebé por primera vez y, con suerte, escuchar el latido del corazón.

—¿Dolerá esto? —pregunté.

—No. —Sonrió—. Seré súper suave. Sólo tienes que tumbarte en la camilla y te prepararé.

Encendió la máquina y preparó el ecógrafo. Me reí para mis adentros, viendo cómo los ojos de Nathan se agrandaban mientras ella hacía rodar un condón por la varita y lo lubricaba. Una vez que estuvo dentro, lo movió bastante, midiendo diferentes cosas y tomando fotos de mi interior. Finalmente, nos tocó a nosotros. Giró el monitor hacia nosotros y señaló lo que parecía una pequeña habichuela retorciéndose en la pantalla.

—Ahí está el bebé —indicó emocionada.

Al instante, todo mi cuerpo se calmó y miré a Nathan con lágrimas en los ojos. Él también había llorado y se agachó, cogió mi mano y la besó. Vimos cómo la pequeña vida que había dentro de mí se movía al ritmo de su propio tambor. Pulsó un botón y pudimos oír un suave latido.

—Y ese es el latido de su corazón —dijo, sonriendo—. Muy fuerte.

—¿Oyes eso? —pregunté entre lágrimas.

—Lo oigo —susurró—. Es perfecto.

Hizo un par de fotos del bebé y las imprimió para nosotros. Nos sentamos mirando al pequeño bebé en el papel. Terminó de tomar todas las medidas y luego me limpió, haciéndome saber que podía vestirme y prepararme para la siguiente parte. Me subí a la mesa de exploración y Nathan se levantó, trayendo mi ropa y ayudándome a vestirme. Siempre era muy cuidadoso y atento conmigo, y me di cuenta de que iba a ser un padre increíble.

Después de vestirme y lavarme las manos, me senté en la silla junto a él y miré las fotos con asombro. Ninguno de los dos podía creer el milagro que suponía estar embarazada. Todo parecía tan real en ese momento, pero en lugar de estar nerviosa o asustada, estaba realmente emocionada.

—¿Te puedes creer que vayamos a tener un bebé? —preguntó moviendo la cabeza—. Parece muy gracioso, pero ya me encanta. ¿Cuándo sabremos si es niño o niña?

—No hasta dentro de unos meses —dijo—. Aunque todo el mundo dice que el tiempo pasa volando.

—Seguro que sí —afirmó—. Sólo quiero disfrutar de cada momento contigo.

Sonreí y me incliné hacia él, dándole un beso. Miré hacia la puerta cuando la enfermera asomó la cabeza y sonrió. Nathan guardó las fotos en su cartera y me ayudó a levantarme de la silla. En ese momento era perfectamente capaz de funcionar sola, pero él estaba muy atento. Definitivamente me sería útil cuando fuera demasiado grande para levantarme de las sillas.

—¿Estás lista para que te saquen sangre? —preguntó la enfermera.

—¿Alguien está alguna vez preparado para las agujas? —Me reí nerviosamente.

—No te dolerá —dijo, y me condujo por el pasillo hasta otra sala.

La enfermera fue amable y rápida, y antes de que me diera cuenta, estábamos entrando para hablar con el médico. Nathan se presentó y estrechó la mano del médico con entusiasmo. El médico parecía satisfecho de que mi normalidad hubiera cambiado tanto desde la última vez que me vio. Nos informó de lo que podía esperar en las citas, de las diferentes pruebas que se podían realizar, y luego Nathan le hizo un aluvión de preguntas. Fue realmente adorable y aprecié lo mucho que quería participar. Quería saber todos los detalles de lo que debía hacer. Pude ver la diversión en la cara del médico. Terminó la conversación prometiendo a Nathan que le hablaría del parto en detalle cuando se acercara el momento.

Cuando terminamos, nos dieron un montón de material de lectura y fijaron nuestras próximas citas. Salimos de la consulta del médico en una nube y nos dirigimos a una cafetería de la calle para almorzar. Me moría de hambre cuando llegamos allí y me alegré mucho de haber recuperado el apetito. De hecho, lo había recuperado el triple. Nos sentamos y pedimos la comida, y Nathan volvió a sacar las fotos.

—No puedo expresar lo emocionado que estoy —dijo, radiante—. En serio, esto es lo mejor de la historia, aparte de ti, por supuesto.

—Gracias, cariño. —Sonreí—. Y realmente yo también estoy emocionada. Definitivamente es una experiencia diferente tenerte aquí conmigo.

—¿Has pensado en los nombres del bebé?

—En realidad no —aseguré—. Todavía estaba tratando de superar las náuseas cuando finalmente pude decírtelo. Siempre me han gustado los nombres Nicole o Ava para una niña.

—Me gusta Ava —dijo—. Es bonito, y Nicole también es genial. Siempre me han gustado Brant, Preston o Nicolás para nombres de chico. Siempre me han parecido chicos muy simpáticos y con la cabeza sobre los hombros.

—Me gusta mucho Nicolás —aseguré—. Ese era el nombre de mi bisabuelo.

—¿Qué tal Elva?

—Oh, Dios, no. —Me reí, pensando en el tipo con el que Lindsey me emparejó—. Eso parece un desastre a punto de ocurrir. También podrías llamarlo Brock si es un niño. Será un deportista con una gran cabeza.

Se rio y se atragantó con su café.

—Mi padre quería llamarme Brock, pero mi madre no quiso.

—Eso es porque aparentemente era una mujer muy inteligente —dije—. No creo que hubiera podido tomarte en serio si Brock fuera tu nombre.

—Eso es porque probablemente me babearía. —Se rio.

—Realmente creo que Ava o Nicolás podrían ser nuestros ganadores —indiqué, sonriendo—. Pensé que sería realmente difícil elegir nombres, pero parece que estamos de acuerdo como siempre. Bueno, excepto por lo de Elva, pero haré como si nunca hubieras dicho eso.

—Te lo agradezco. —Se rio—. Y estoy de acuerdo. Ava si es niña, y Nicolás si es niño.

—Bueno, ahora que eso está resuelto —comenté, riendo—. Dios, me muero de hambre. Quiero comer todo lo que hay en el menú.

—Eres la persona embarazada más adorable —dijo, sonriendo.

—Ni siquiera se puede decir que estoy embarazada todavía —dije, haciendo una mueca.

—No pueden notarlo, pero yo lo sé, y creo que es muy adorable —aseguró—. Puede que tenga que mantenerte embarazada.

—Oh, Dios, por favor, no —indiqué, tomando un trago de agua—. Entonces, ¿has pensado si quieres un niño o una niña?

—Un niño, por supuesto —se burló—. Quiero enseñarle todo sobre la vida, enseñarle a hacer cosas y hacer todo lo que hacen los niños normales. Por supuesto, también quiero que tome sus propias decisiones. No espero que se haga cargo de la empresa, pero puede hacerlo si quiere.

—¿Y si es una niña? ¿Puede ella hacerse cargo de la empresa?

—Por supuesto —aseguró—. Pero será un chico. ¿Y tú? ¿Quieres un niño o una niña?

Me quedé allí imaginando mi vida en ambos escenarios, tanto como madre de una niña como de un niño. Era la primera vez que me lo planteaba de verdad. No estaba segura de lo que esperaba, y entonces me imaginé cepillando el pelo de mi hija, viéndola acurrucarse con su papá y haciendo una vida con ella.

—Creo que espero una niña —afirmé—. Podéis hacer fiestas de té padre-hija y yo puedo trenzarle el pelo.

—Pero no sé nada de niñas —dijo, haciendo una mueca—. Sé un poco sobre las mujeres, pero lo que sé no será de ninguna ayuda a la hora de criar una. Encima, sé cómo piensan los chicos, y es probable que la empuje a ser monja.

—Eso es una tontería. —Me reí—. Si es como yo, nunca sobreviviría como monja. Sería demasiado desafiante y bocazas.

—Eso es muy cierto —dijo con los ojos muy abiertos—. Deberíamos tener dos. Uno de cada.

—Con tu suerte, serían dos hijas. —Me reí, viendo cómo el camarero dejaba nuestra comida frente a nosotros.

—En eso tienes más que razón —aseguró, sacudiendo la cabeza—. Estaría rodeado de mujeres todo el día.

—En realidad, me da igual que sea niño o niña, siempre que esté sano y sea feliz —afirmé, sonriendo antes de meterme un tenedor de tortitas en la boca.

—Estoy de acuerdo, pero espero que herede mis modales al comer. —Se rio, burlándose de mí.

—Soy muy educada —indiqué con la boca llena.

—Ya lo veo —dijo riéndose—. Sólo quiero que seamos una familia feliz, y sería súper afortunado si tuviera una niña que fuera tan increíble como su mamá. Mi vida estará completa de cualquier manera.

—Yo siento lo mismo por ti —conesé—. Este bebé, si se parece en algo a ti, será uno de los mejores hombres que conozco. Me siento muy feliz de que formes parte de mi vida y de que pueda contar con que seas un padre increíble.

—Voy a hacer todo lo posible —dijo sonriendo.

—Podemos aprender juntos —respondí.

Me puse a comer y seguimos hablando del bebé, de la guardería y de todas las cosas que íbamos a tener que comprar. Me sentía completamente en paz, sabiendo que Nathan iba a estar ahí para nosotros pasara lo que pasara. La vida había dado un vuelco y sabía que a partir de ahora todo iba a ser perfecto entre nosotros. Habíamos pasado por una tortura al ser separados por fuerzas que no vimos venir, y no dejaría que eso volviera a suceder. El mero hecho de oírle decir lo mucho que me quería, lo emocionado que estaba y lo agradecido que se sentía de que hubiéramos solucionado las cosas me hizo saber que tampoco iba a dejar que nos separáramos de nuevo.

Tal vez el amor verdadero era real, y yo sólo tenía que pasar por toda la mierda para finalmente darme cuenta. Una cosa sí sabía, por fin había conseguido mi propio final feliz, y era incluso mejor de lo que imaginaba. El amor era incluso mejor de lo que podía imaginar.

Epílogo

Nathan

Tres meses después

Acabábamos de salir de la consulta del médico y nos enteramos de que íbamos a tener un precioso niño. Pude verlo crecer y moverse dentro de ella a través de la ecografía, y estaba tan emocionado que apenas podía contenerme. Conseguí convencerla, aunque estaba cansada, de que debíamos salir a celebrarlo. Yo tenía que ir al trabajo para una reunión, pero le dije que estuviera lista cuando yo saliera. Se había mudado a mi casa poco después de su primera visita al médico. Nos dimos cuenta de que ninguno de los dos quería estar separado y de que sería más fácil hacer planes si estábamos en el mismo sitio. Mi casa era más grande, con más espacio para el bebé, así que lo embalé todo, puse su casa en venta y se mudó. Fue muy agradable estar los dos juntos en un solo lugar.

Cuando terminé de trabajar, me acerqué a casa para recogerla. Entré por la puerta y grité su nombre, deteniéndome al entrar en el salón. Estaba de pie, tirando de su vestido, que apoyaba sobre su barriguita y caía al suelo. No podía creer lo hermosa que era. Brillaba de dentro hacia fuera. Le di un beso en la frente y la acompañé hasta el coche. Nos metimos en la limusina, ya que no me apetecía luchar contra el tráfico de Los Ángeles, y nos dirigimos al restaurante. Por el camino, sonreí al escucharla hablar de la ropa de bebé que había enviado su padre. Estaba emocionado por ser abuelo.

Cuando el coche se detuvo en la acera, abrí la puerta y salí, agachándome y ayudándola a salir del coche. Ella se tambaleó un poco, tratando de recuperar su centro de gravedad. Cuando se enderezó el vestido y miró el cartel, soltó una risita al darse cuenta de que era el restaurante donde nos conocimos. No había vuelto allí desde que la conocí, y sabía que sería el lugar perfecto para venir.

—Ah —señaló ella, sonriendo—. El lugar donde empezó todo.

—En efecto, lo es —aseguré, guiándola hacia la puerta.

—Espero que hayas traído tus buenas frases para ligar porque esta vez no será tan fácil llevarme a casa —comentó, bromeando.

—Lo sé. No puedo emborracharte para que me lleves a tu casa. —Me reí.

—O viceversa —aseguró ella, moviendo las cejas.

Abrí la puerta y la sostuve para ella, viendo como me sonreía al pasar por la entrada. Me quedé allí mientras ella hablaba con la camarera, pidiendo una mesa para dos. El local no estaba tan lleno como la última vez, pero aun así, los nervios se apoderaron de mi pecho. Tuve que respirar hondo mientras nos dirigíamos a nuestros asientos. Este era un día realmente especial para nosotros.

Me adelanté a Amanda y le acerqué su silla, empujándola mientras se sentaba. Pedimos la

comida y charlamos animadamente sobre la noticia del sexo del bebé. Ya no tenía que llamarlo «eso», y el nombre Nicolás me parecía cada vez más perfecto a medida que pasaba el tiempo. Cuando terminó la cena, el camarero trajo un postre que ella no había pedido. Sonreí al ver la confusión en su rostro.

Se quedó quieta un momento, observando cómo el personal recogía la mesa, sin mirar realmente su postre. Finalmente, se puso las manos en el regazo y miró hacia abajo, con los ojos muy abiertos ante el brillante diamante que había sobre el trozo de tarta. Era un anillo de compromiso, y lo había preparado a la perfección para que ella estuviera más que sorprendida. Definitivamente, parecía estar funcionando. Levantó las manos de su regazo y se las puso sobre la boca. Se volvió hacia mí y jadeó, viéndome arrodillarme.

—Amanda, eres lo más increíble que me ha pasado nunca —le dije—. He sentido desde el primer día que el universo nos unió. Pasar el resto de mi vida contigo es la única opción que tengo. Es la única opción que siempre querré. Eres el amor de mi vida. ¿Me harás el hombre más feliz del mundo y te convertirás en mi esposa?.

Asintió con la cabeza, con lágrimas en las mejillas. Extendió la mano y me cogió, poniéndome en pie. La rodeé con mis brazos y me incliné para besarla suavemente en los labios. Luego me retiré y le puse el anillo en el dedo.

—Te quiero mucho —le aseguré sonriendo. No tenía ni idea de lo mucho que me había enamorado de ella, pero al final lo entendería. Me aseguraría de ello.

—Yo también te quiero —sollozó—. Malditas sean estas hormonas.

Ambos nos reímos y nos abrazamos de nuevo, sintiendo la emoción que nos invadía. Había encontrado al amor de mi vida, y nunca iba a dejarla ir. Me aparté y me volví hacia el restaurante, aclarándome la garganta. Todo el mundo nos miraba con asombro.

—¿Puedo tener la atención de todos? —pregunté en voz alta—. ¡Ha dicho que sí! Y por eso, ¡la cena de todos corre de mi cuenta!.

Sonreí mientras el restaurante vitoreaba y aplaudía, saludando a Amanda con emoción. Me volví hacia ella y la atraje entre mis brazos de nuevo, sintiendo que mis hombros se relajaban. Se sentía como en casa, y esa era la mejor sensación del mundo entero.

—Siento haber tardado tanto en hacerte mi prometida —dije, sonriendo.

—Mientras no tengamos que celebrar una gran boda, todo está bien. —Se rio.

—No me importa si nos casamos en el supermercado, mientras estemos juntos —afirmó riendo.

Todo había salido como el universo quería. Tenía mi felicidad para siempre y la mujer más increíble del mundo. No podía pedir nada más.